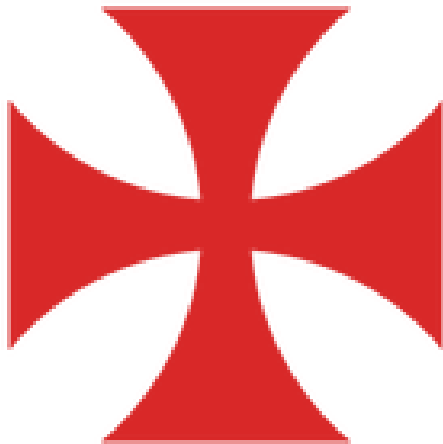
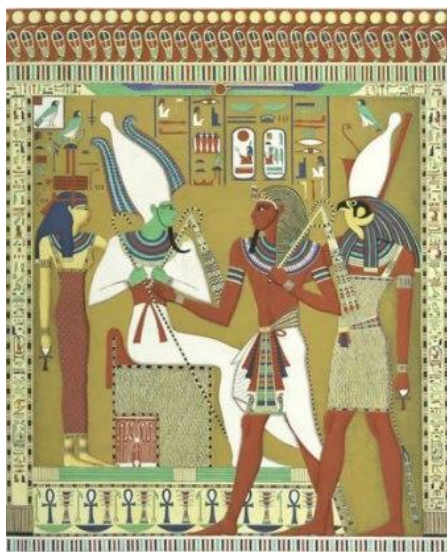


La Enigmática Orden del Temple



Tres de las más importantes sociedades secretas surgieron públicamente en el siglo XII. Todavía existen hoy y tienen entre sus miembros los principales personajes de la política mundial, la banca, los negocios, los militares y los medios de comunicación. Eran los Caballeros Templarios, los Caballeros Hospitalarios de San Juan de Jerusalén y los Caballeros Teutónicos. Los Caballeros Hospitalarios han cambiado

su nombre varias veces. Han sido los Caballeros de Rodas y hoy son los Caballeros de Malta en su forma católica y su versión protestante es conocida como los Caballeros de San Juan de Jerusalén. Como los Caballeros de Malta, su cabeza oficial es el Papa y sus oficinas centrales están en Roma. Asimismo, los Caballeros de San Juan están ubicados en Londres y su cabeza oficial es el Rey o Reina de Inglaterra. Las versiones, católica y protestante, son la misma organización al más alto nivel. Los Caballeros Templarios fueron constituidos aproximadamente al mismo tiempo, en 1118, aunque podría haber sido al menos cuatro años antes. Y fueron primero conocidos como los Soldados de Cristo. Los Templarios están rodeados de misterio y contradicción, pero es conocido que dedicaron la orden a la "*Madre de Dios*". Los Caballeros Templarios promovieron una imagen cristiana como una cobertura y por tanto la *Madre de Dios* se pensó que era María, la madre de Jesús. Pero para las sociedades secretas el término *la Madre de Dios* simboliza a Isis, la virgen madre del Hijo de Dios egipcio, Horus, y la esposa del dios del Sol, Osiris, en la leyenda egipcia. Pero veamos la historia de esta organización.



La Orden de los Pobres Caballeros de Cristo y del Templo de Salomón (en latín, *Pauperes commilitones Christi Templique Solomonici*), comúnmente conocida como los Caballeros Templarios o la Orden del Temple (en francés, *Ordre du Temple* o *Templiers*) fue una de las más famosas órdenes militares cristianas. En el año 1118 después de Cristo, los cristianos controlaban una vez más Tierra Santa. La Primera Cruzada había constituido un éxito clamoroso. Pero,

aunque los musulmanes eran derrotados, sus tierras confiscadas y sus ciudades ocupadas, no habían sido conquistadas. En vez de ello, permanecían en los límites de los recién establecidos dominios cristianos, haciendo estragos contra todos los que se aventuraban a ir a Tierra Santa. La peregrinación segura a los lugares santos era una de las razones de las Cruzadas, y los peajes de ruta eran la principal fuente de ingresos para el recién constituido Reino Cristiano de Jerusalén. Los peregrinos acudían a diario a Tierra Santa, llegando solos, por parejas, en grupos o, a veces, como enteras comunidades desarraigadas.

Desgraciadamente, los caminos no eran nada seguros. Los musulmanes permanecían al acecho, los bandidos vagaban libremente, incluso los soldados cristianos constituían una amenaza, ya que el pillaje era, para ellos, una forma normal de proveerse. Hay varios escritores que han escrito interesantes obras sobre los templarios, tales como Fernando Diez Celaya, Javier Sierra, Robert Ambelain, Juan Atienza. Lynn Picknett y Clive Prince, entre otros. Para este artículo me he basado parcialmente en las obras de estos autores, sobre todo en la obra “*Los Templarios*”, de Fernando Diez Celaya.

Según Juan Atienza, todas las noticias que tenemos de estos monjes guerreros vienen, con muy pocas excepciones, de su tierra originaria.

Los investigadores franceses han entrado a saco en la orden, la han desmenuzado, la han transformado a su imagen y semejanza, y la han

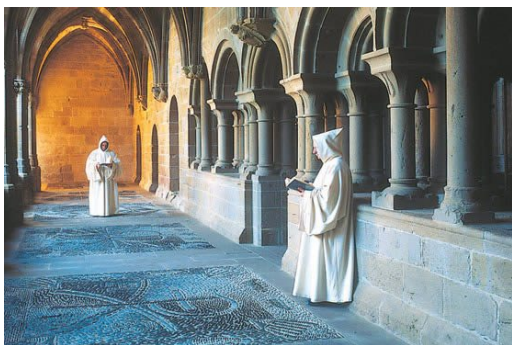


convertido en materia de uso prácticamente exclusivo. Sin embargo, los templarios fueron, de hecho, una especie de compañía multinacional esotérica, que había nacido de padres franceses muy lejos de Francia -en Jerusalén- y que se extendió rápidamente, en la medida de sus fuerzas y del tiempo que se les concedió, por todo el mundo conocido y hasta, en parte, por ese otro mundo que aún estaba por conocer. La península ibérica y las islas que forman parte de su territorio nacional fueron una de sus metas; en apariencia simples metas

de poder económico y territorial. Pero, si nos detenemos a meditar en la circunstancia templaria, tenemos que preguntarnos: ¿fueron únicamente eso? la presencia templaria no fue sólo un acontecimiento político, guerrero o religioso -a nivel de religión oficial, se entiende-, sino una eclosión de auténtico esoterismo institucionalizado, que se cubrió, mientras pudo, de apariencias ortodoxas, mientras en la intimidad y en el secreto de las bailías y encomiendas se fraguaba una postura distinta que, a través de la influencia política y de la capa de obediencia a las instituciones religiosas y al papa, buscaba nada menos que otro saber. Y, a través de él, otro poder también, porque en la historia de la eterna búsqueda del hombre por el conocimiento se esconde - ¡siempre! - un ansia de poder que coloque al que sabe por encima del que ignora. Saber y poder han marchado siempre unidos en la historia desconocida del hombre. Y, en este sentido, los templarios constituyen un ejemplo que pervive, aunque el tiempo y sus detractores hayan hecho secularmente todo lo posible por borrarlos del recuerdo.

La Orden del Císter, fundada por San Roberto en la abadía de Citeaux, Francia, en 1098, como renovación y recuperación de los ideales benedictinos y pureza de la regla original, intervino directamente en la creación de la Orden del Temple. Ya san Bernardo, abad de Claraval, presunto fundador o, al menos, inspirador de la orden, redactó sus estatutos y animó a sus familiares, sobre los que al parecer ejercía un gran ascendente, que a la sazón eran condes de Champagne o vivían

en dicho condado, para que participasen directamente en la fundación de la orden, se vincularan a ella o la favorecieran con donaciones y legados. El trovador Albrecht Von Johansndorf canta: *«Me he hecho cruzado por Dios (...). Que Él me cuide para que vuelva, pues una dama tiene gran pena por mí (...). Pero si ella cambia de amor, que Dios me permita morir»*. Y el emperador Enrique VI en un rapto de amor cortés: *«Saludo con mi canción a mi dulce amada / a la que no quiero ni puedo abandonar»*, versos que sin duda no dedicó a su esposa, la reina Constanza de Sicilia, a cuya familia mandó asesinar ante sus propios ojos. Hugues de Payans, el primer gran maestre del Temple, es señor feudal de un territorio cercano a Troyes y está emparentado con los condes de Champagne; André de Montbard, uno de los *nueve caballeros*, es tío del propio San Bernardo. Y San Bernardo, como sabemos, es el abad fundador de la abadía de Claraval, perteneciente a la orden del Císter (y de otras 343 casas abaciales), orden que hasta la fundación del Temple era refugio de caballeros y trovadores cuando éstos, hastiados de las pasiones del siglo, se retiraban a la vida contemplativa y recoleta de sus claustros, con su divisa *ora et labora*.

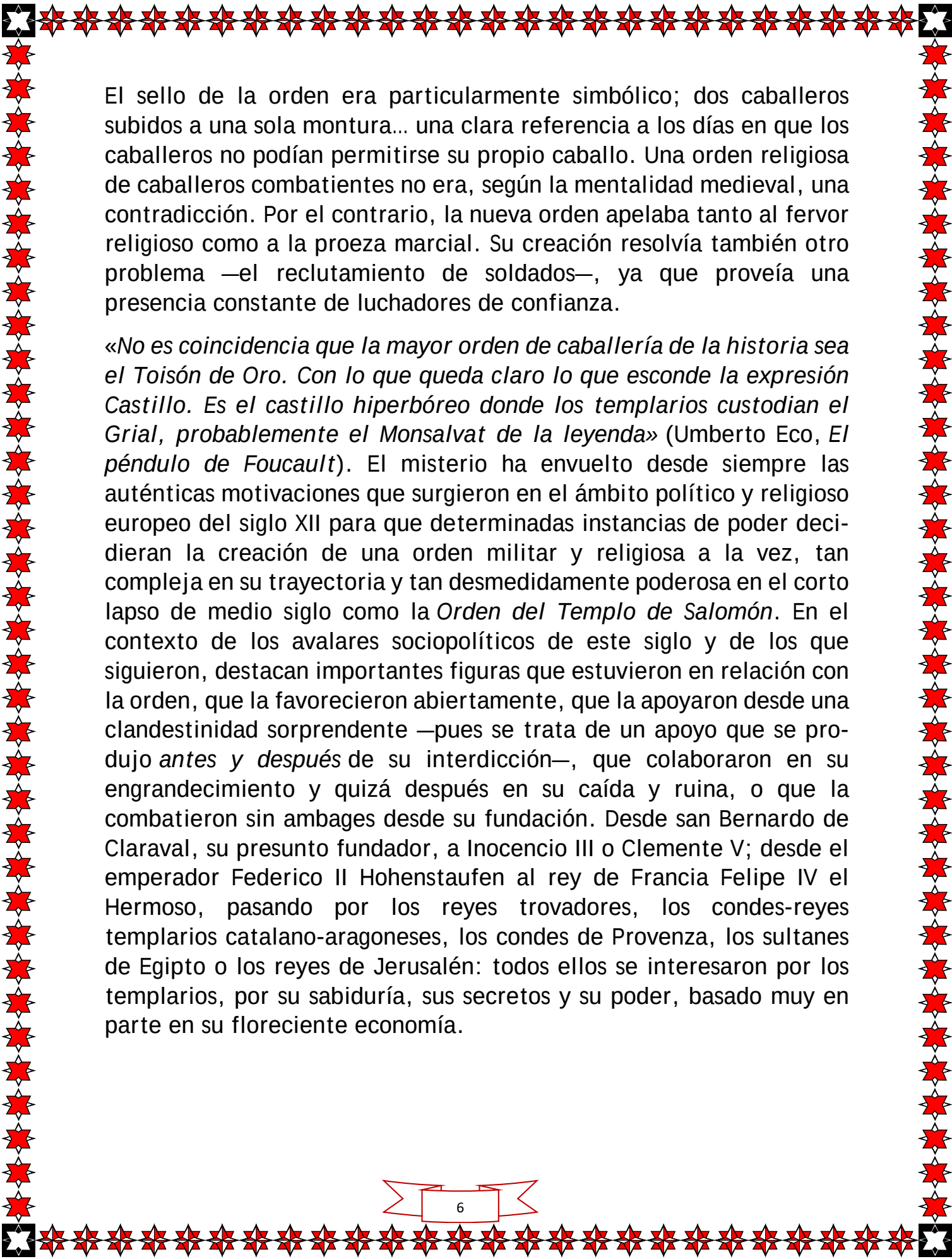


El movimiento renovador del Císter, apoyado en las abadías de Claraval, Citeaux. La Ferté. Pontigny y otras, recabó considerable poder y autoridad y desbancó a la antaño todopoderosa Orden de Cluny, de la que procedía y cuya regla enmendaba, en un intento por

regresar a las fuentes primigenias de la pobreza benedictina, sobre todo durante la titularidad de San *Esteban Harding* (1109-1134) como abad de Citeaux, quien encargó a sus monjes la ardua tarea de descifrar y estudiar los textos sagrados hebraicos hallados en Jerusalén, después de la toma de la ciudad en 1095, con ayuda de los sabios rabinos de la Alta Borgoña. El Císter participó en la fundación de la Orden del Temple y también en la creación de las Órdenes militares de Calatrava (1164), Alcántara (1213) y Aviz (1147), que, curiosamente, heredarían y serían, pese a todo, continuadoras del Temple tras su proscripción. Los privilegios de la Orden del Císter

encierran una fórmula que empleaban los caballeros templarios y en la que el neófito postulante, admitido a la orden, jura, además de los extremos relacionados con la fe, obediencia al gran maestro, defender a la Iglesia católica y no abandonar el combate aun enfrentado a tres enemigos. Y, por su parte, el juramento de los maestros templarios afirma, «según los estatutos prescritos por nuestro padre san Bernardo», que «jamás negaré a los religiosos, y principalmente a los religiosos del Císter y a sus abades, por ser nuestros hermanos y compañeros, ningún socorro...». Esta frase da pie a algunos estudiosos (Charpentier entre ellos) para afirmar que el Temple fue, en puridad, una hechura completa de la Orden del Císter y de san Bernardo en particular, quien encargó a hombres de su confianza, los *nueve caballeros*, una misión especial y secreta.

Esta misión ponía en juego el poder de la propia orden —que, curiosamente, a los pocos años resultó ser tan poderosa y acaudalada como la orden cluniacense que se había pretendido reformar mediante la pobreza—, perseguía al parecer el descubrimiento de secretos milenarios, como el paradero del arca de la alianza o del santo grial, y pudo ser la responsable directa de la aparición del arte gótico en Francia. Por desgracia, el misterio que ha envuelto desde siempre a la Orden del Templo de Salomón no ha arrojado luz alguna sobre estas hipótesis. De manera que cuando un caballero de la Champagne, Hugo de Payens, fundó con otros ocho caballeros una orden monástica de hermanos combatientes dedicada a facilitar el tránsito seguro de los peregrinos, la idea recibió una amplia aprobación. Balduino II, que gobernaba Jerusalén, concedió a la nueva orden refugio bajo la mezquita de Al Aqsa, un lugar que los cristianos creían que era el antiguo Templo de Salomón, de manera que la nueva orden tomó su nombre de su cuartel general: los Pobres Compañeros Soldados de Cristo y el Templo de Salomón de Jerusalén. La hermandad inicialmente se mantuvo pequeña. Cada caballero formulaba votos de pobreza, castidad y obediencia. No poseían nada individualmente. Todos sus bienes terrenales pasaban a ser de la orden. Vivían en comunidad y tomaban su comida en silencio. Se cortaban el pelo muy corto, pero se dejaban crecer la barba. Obtenían la comida y la ropa de la caridad, y el modelo de su monasterio procedía de san Agustín.



El sello de la orden era particularmente simbólico; dos caballeros subidos a una sola montura... una clara referencia a los días en que los caballeros no podían permitirse su propio caballo. Una orden religiosa de caballeros combatientes no era, según la mentalidad medieval, una contradicción. Por el contrario, la nueva orden apelaba tanto al fervor religioso como a la proeza marcial. Su creación resolvía también otro problema —el reclutamiento de soldados—, ya que proveía una presencia constante de luchadores de confianza.

«No es coincidencia que la mayor orden de caballería de la historia sea el Toisón de Oro. Con lo que queda claro lo que esconde la expresión *Castillo*. Es el castillo hiperbóreo donde los templarios custodian el Grial, probablemente el Monsalvat de la leyenda» (Umberto Eco, *El péndulo de Foucault*). El misterio ha envuelto desde siempre las auténticas motivaciones que surgieron en el ámbito político y religioso europeo del siglo XII para que determinadas instancias de poder decidieran la creación de una orden militar y religiosa a la vez, tan compleja en su trayectoria y tan desmedidamente poderosa en el corto lapso de medio siglo como la *Orden del Templo de Salomón*. En el contexto de los avalares sociopolíticos de este siglo y de los que siguieron, destacan importantes figuras que estuvieron en relación con la orden, que la favorecieron abiertamente, que la apoyaron desde una clandestinidad sorprendente —pues se trata de un apoyo que se produjo *antes y después* de su interdicción—, que colaboraron en su engrandecimiento y quizá después en su caída y ruina, o que la combatieron sin ambages desde su fundación. Desde san Bernardo de Claraval, su presunto fundador, a Inocencio III o Clemente V; desde el emperador Federico II Hohenstaufen al rey de Francia Felipe IV el Hermoso, pasando por los reyes trovadores, los condes-reyes templarios catalano-aragoneses, los condes de Provenza, los sultanes de Egipto o los reyes de Jerusalén: todos ellos se interesaron por los templarios, por su sabiduría, sus secretos y su poder, basado muy en parte en su floreciente economía.



Bernardo (1090-1153), fundador y primer abad de Claraval (Clairvaux, Francia), doctor de la Iglesia, ardoroso predicador de la II Cruzada, está considerado por muchos el verdadero fundador e inspirador de la orden. De hecho, su texto *De laude novae militiae* está dedicado a analizar las dificultades y contradicciones de una orden militar como la templaría, que pretende ser, por un lado, religiosa —y, por tanto, dedicada a la oración y a la

compasión— y, por otro, militar —abocada a la guerra y al homicidio—. Pero ya el santo varón se encarga de dejar claros los conceptos de homicidio penado y homicidio en nombre de Cristo, lo que disculpa e incluso ensalza. Éste es el fundamento de la «*guerra santa*», que tan conocida es en su versión musulmana. De cualquier forma, la figura de Bernardo se presenta como impulsor de la nueva orden y su carácter enérgico y decidido consigue que el proyecto sea aprobado y reconocido, para bien de la cristiandad, que necesita de los esfuerzos de estos *milites Christi*, «*soldados de Cristo*», un término ya controvertido en la propia época de la fundación de la orden, pues no en vano se alzan numerosas voces, sorprendidas por este nuevo ejército militante que no tiene reparo en recurrir a la espada para defender la fe por medio de la sangre. Hay que tener en cuenta que, hasta el momento, los enfrentamientos entre ambas religiones —el cristianismo y el islam— habían sido dirimidos mediante pacíficos acuerdos, allí donde coexistían ambas religiones, o mediante métodos más expeditivos —en cuestiones fronterizas o entre reinos—. Pero nunca se había visto que monjes profesos no tuvieran reparo en acudir a las armas para solventar las diferencias con otras religiones. Esto sentaba un peligroso precedente y creaba un vacío legal en la aplicación de la doctrina católica. Si los siervos de Cristo podían recurrir a la espada con toda impunidad, teniendo incluso el Paraíso por recompensa, como sucedía con los integristas musulmanes o los primitivos cultos germánicos, se violaba flagrantemente la ley mosaica.

De este modo, se santifica la guerra y la muerte violenta del enemigo, aunque san Bernardo trate de aclarar que «*se trata de enfrentarse sin miedo a los enemigos de la cruz de Cristo*», sin pararse a pensar que es precisamente Cristo el que renuncia, con su ejemplo personal, según los Evangelios, a utilizar la violencia de las armas contra los enemigos de la fe. Pese a la postura tan ortodoxa y tan en consonancia con la doctrina oficial de San Bernardo, no en vano *doctor Ecclesiae*, no faltan autores que sospechan intereses y motivaciones ocultas en su actuación y, quizá con exceso de imaginación, lo convierten en el misterioso abad de secreta conducta que, aparentemente hijo predilecto de la Iglesia romana, realiza toda una labor de zapa para, solapadamente, crear una orden de monjes-soldados cuyos estatutos les posibiliten poco a poco una independencia inusitada de la jerarquía eclesiástica. Monjes sujetos tan sólo al fallo del papa en última instancia y de cuya obediencia se pudieran desligar en un futuro gracias al inmenso poder de la orden, económico y, por tanto, también político y social. De ser cierto esto, Bernardo habría sido el artífice de un poderoso movimiento basado en postulados ideológicos y religiosos precristianos, encaminado a desarrollarse en el seno de la cristiandad, precisamente con el único fin de acabar con la hegemonía de ésta y de acelerar el advenimiento del *Reino de los Mil Días* que la Biblia preconiza.



Pero, más allá de las especulaciones, la doctrina y la figura de san Bernardo se conforman puntualmente a los patrones tradicionales de obediencia a la Iglesia, como demuestran sus escritos, pese a que en ciertas ocasiones tome la pluma para enmendar la conducta de algún

pontífice. Bernardo es, ante todo, un hombre de iglesia, devoto y estricto, que quizá no llega nunca a sospechar el poder inmenso y los tortuosos caminos que recorrerán dos siglos más tarde sus hijos predilectos, los *milites Christi*, los *soldados del Templo de Salomón* a los que ha prestado todo su apoyo y esfuerzos. La historia se perfila en

1118. Jerusalén está ya en manos cristianas, y dos órdenes militares de reciente creación -los Hospitalarios (1110) y los Teutónicos (1112)- se encargan eficientemente de proteger los Santos Lugares de cualquier intento de recuperación por parte de los árabes. Pues bien, justo por aquel entonces el conde Hugo de Champagne, uno de los hombres más influyentes de Francia, poseedor de más tierras y siervos que el propio Rey, recluta a nueve hombres de su absoluta confianza para cumplir una extraña misión. El conde tiene 41 años, ha viajado en varias ocasiones a Tierra Santa participando en la Cruzada que conquistó esos territorios en 1099, y muestra un especial interés en que sus caballeros se establezcan en la Jerusalén cristiana. El entonces rey de la Ciudad Santa, Balduino II, les cederá sin demasiadas contemplaciones la plaza más importante del burgo: el recinto de la *Cúpula de la Roca*. Los musulmanes habían edificado en aquel solar una suntuosa mezquita, levantándola justo sobre el emplazamiento donde un día estuvo el sancta sanctórum del Templo de Salomón, y bajo la cual dejaron al descubierto una gran roca que la tradición asegura que había sido el lugar en el que Abraham, siguiendo órdenes de Dios, había querido sacrificar a su hijo Isaac. Pero aquella roca significaba mucho más.

Para los árabes, justo sobre aquel suelo de piedra había descendido una misteriosa “*escala divina*” por la que el profeta Mahoma había logrado ascender en cuerpo y alma a los cielos. Fue aquel un viaje santo en el que dicen que el profeta comprendió la estructura de la creación por gracia del propio Alá, convirtiendo la ciudad en el tercer lugar santo del Islam después de La Meca y Medina. El relato, idéntico en muchos aspectos al que la Biblia atribuyó siglos antes a Jacob -que también contempló otra de esas “*escaleras al cielo*” camino de Harrán (Génesis, 28)-, debió excitar la imaginación de los cruzados. Si aquella roca era lo que decían los infieles, allí debía esconderse una especie de “*mecanismo*” capaz de conectar cielo y tierra. Una especie de “*ascensor*” sobrenatural al reino de Dios. Fuera o no por esa razón, lo cierto es que los templarios se asentaron en la Roca -*Haram es-Sharif* la llaman los árabes- entre 1118 y 1128. Su misión: proteger el lugar y las rutas de los peregrinos que quisieran alcanzarla como meta espiritual. Paradójicamente, pese a su condición de caballeros,

durante esos diez años de reclusión en la ciudad los hombres del conde Hugo no libraron ni una sola batalla. Sus espadas no se unieron a las fuerzas de ocupación cristiana de Jerusalén para luchar en los frentes abiertos desde Antioquía a Tiberiades, ni tampoco se preocuparon por reclutar a nuevos caballeros para su causa. Por el contrario, todo parece indicar que se concentraron únicamente en la excavación y desescombrado sistemático de los establos del antiguo *Templo de Salomón*, descubriendo unas gigantescas bóvedas subterráneas, demasiado grandes para albergar a unos pocos hombres y su séquito. Un cruzado alemán llamado Juan de Wurtzburgo, dijo que aquellos sótanos *“eran tan grandes y maravillosos que podía albergarse en ellos más de mil camellos y mil quinientos caballos”*. Y la duda, naturalmente, no tardó en saltar: ¿buscaban algo en particular aquellos hombres? ¿*“Algo”* quizá relacionado con la intensa historia de aquel pedazo de tierra?



Muchos estudiosos de este periodo histórico, como Louis Charpentier, Robert Ambelain o más recientemente Michel Lamy, sostienen que durante aquellos trabajos los templarios pudieron dar con alguna reliquia o quizás con documentos históricos importantes que les hicieron tremendamente fuertes a ojos del

Papa y las monarquías de su época. Pero en 1945 surgió una nueva pista. Este año se descubrieron en Qumrán, junto al Mar Muerto, en Israel, algunos manuscritos antiguos de la época de Jesús. Uno de ellos, el llamado *Rollo del Cobre*, describía un fabuloso tesoro formado por la *“vajilla sagrada”* de Salomón, que debía estar enterrado en el subsuelo de aquel lugar desde el siglo IX a.C. ¿Buscaron los templarios ese tesoro? Si hemos de creer en lo que dice la Biblia, el ajuar del Templo debió ser fabuloso: un altar de perfumes de oro macizo, una mesa para los panes de la proposición de cedro y oro, copas, braseros y lámparas de metales nobles adornaban una estancia en la que se guardaba el tesoro de los tesoros, *“el Santo de los Santos”*: el *Arca de la Alianza*. Si descubrieron el depósito que cita el *Rollo del Cobre* o

no, es probable que nunca lo sepamos, pero lo cierto es que en el año 1125 el mentor de aquella expedición de los primeros templarios, el conde Hugo, abandonó familia y posesiones en Francia y se apresuró a unirse a sus caballeros. ¿Para qué? Su precipitada salida de Troyes demuestra, sin duda, que el noble recibió noticias de algún descubrimiento fundamental que requería de toda su atención...



Fuera lo que fuese lo que hallaron los templarios, tres años después, al regreso de la campaña de Jerusalén, le sigue la fulgurante ascensión de esta organización. Se convoca el concilio de Troyes sólo para respaldar a la nueva milicia del conde Hugo. San Bernardo, en

1130, redacta los estatutos de la organización, y en 1139, en un tiempo récord, el papa Inocencio III concedía a los templarios unos privilegios exorbitantes para la época, haciéndoles independientes hasta de la propia Iglesia, y obligándoles tan solo a rendir cuentas al pontífice en persona. A partir de ahí, todo lo relacionado con el Temple se convierte casi en leyenda. Ningún documento histórico da fe de qué pudo convertir un grupo de nueve expedicionarios en toda una fuerza militar, religiosa y política de la época. Y los historiadores, casi a la fuerza, se han visto obligados a desembarcar en la literatura de aquel periodo para buscar respuestas. En los albores del siglo XIII un poeta y caballero teutónico llamado Wolfram von Eschembach escribe un abigarrado texto -titulado *Parsifal* - en el que afirma que los templarios son los custodios del Santo Grial. Pocos años antes, en otro texto escrito por un poeta de la región gobernada por el conde Hugo, un tal Chretien de Troyes, mencionó esa reliquia por primera vez, describiéndola no como la copa utilizada por Jesús durante la Última Cena, sino como una especie de bandeja o losa sagrada. ¿Habían descubierto los templarios el Grial? ¿Y qué era ese Grial del que nadie se había preocupado hasta ese momento?

Wolfram von Eschenbach (Eschenbach, actual Baviera, 1170 - 1220) fue un caballero y poeta alemán, reconocido como uno de los mayores poetas épicos de su tiempo. Como Minnesinger, también compuso poesía lírica. Nació en una familia noble y perteneció a la corte de Hermann de Turingia. Su máximo logro poético lo obtuvo con la célebre epopeya *Parzival*, de 25 000 versos rimados, cuyo tema procede del *Perceval o el cuento del Grial* francés, de Chrétien de Troyes. Eschenbach convirtió el poema en una verdadera epopeya, en la que el héroe asume el sentimiento de culpa propiciado por sus acciones desmedidas, iniciando posteriormente la búsqueda de la gracia mediante un camino de noble penitencia. Es éste el trasfondo básico que, ya en el siglo XIX, Wagner recogería para componer su famosa ópera del mismo nombre, *Parsifal*. Compuso diversas poesías líricas de tradición cortesana, así como dos epopeyas más, ambas inacabadas: *Titurël*, dedicada al tema de la fidelidad, y *Willehalm*, sobre el personaje de Guillermo de Aquitania. En su obra se observa gran admiración al conocimiento basado en la experiencia y una crítica a la erudición obtenida sólo a través de la lectura. Este trovador alemán, este Minnesänger, es una pieza clave para encumbrar el mito de Parzival. Fue de los más importantes trovadores de Wartburg y sus obras fueron muy apreciadas. Al parecer, fue un caballero a la manera de Ramón Llull. No se sabe a ciencia cierta cuándo nació, pero se cree que a finales del siglo XII. Su patria natal fue Baviera y Eschenbach su pueblo. Vivió gran parte de su vida en Ansbach. Su pueblo natal recibió hace poco el nombre de Wolframs-Eschenbach en su memoria, y se le erigió un monumento.

Lo más curioso es que Wolfram von Eschenbach no sabía ni leer ni escribir. Al parecer se hacía leer las obras y poseía una prodigiosa memoria. Era una mezcla de caballero medieval, poeta, monje y guerrero, «reunía en su persona elementos caballerescos y populares, laicos y eclesiásticos; tenía por única riqueza el arte que le dio Dios por única fuente de sustento, el canto; respiran sus poemas la fresca atmósfera del bosque y de las montañas». Se supone que concibió *Parzival* a principios del siglo XIII en el castillo de Wartburg —mítica cuna de poetas y trovadores— y lo finalizó en 1215. En este castillo, donde estos maestros cantores, cuyas tres reglas principales,

carrera como clérigo en la Corte de María de Francia, quien le habría encargado algunas obras, y, más tarde, a la de Felipe de Alsacia, conde de Flandes, a quien está dedicado *Perceval o el cuento del Grial*. Fundamentándose en su nombre Chrétien, algunos creen que era un judío converso, tesis defendida por Philippe Walter. Sus narraciones transparentarían así una inspiración cabalística. Según otros su inspiración deriva del catarismo. Sea como fuere, sus orígenes, sin duda modestos, permanecen oscuros. Su fuente de inspiración se encuentra en la tradición celta y en las leyendas bretonas (la llamada *matière de Bretagne*, en castellano materia de Bretaña). Pero él confiere a estos materiales una dimensión cristiana nueva, fuertemente impregnada por los cantares de gesta en lengua d'oïl de la segunda mitad del siglo XII. El secreto de su arte reside en su capacidad de operar, según sus mismas palabras, la buena *conjointure*,

esto es, la alianza sabiamente dosificada entre la forma y el fondo. Considerado como uno de los primeros autores de libros de caballerías, donde mito y folklore se unen admirablemente para formar narraciones de encuesta, restringe el recurso a los elementos sobrenaturales, que él subordina a la descripción refinada de los sentimientos humanos, e incluso a la denuncia de iniquidades o injusticias sociales.

Es uno de los iniciadores de la literatura cortesana en Francia, aunque rinde cuentas al deseo y la sexualidad, al encuentro de los autores que desarrollaron el género tras su muerte. Cinco de sus novelas han llegado hasta nosotros: *Érec et Énide*, *Cligès*, *Lancelot ou le Chevalier de la charrette*, *Yvain ou le Chevalier au Lion*, *Perceval ou le Conte du Graal*. *Guillaume d'Angleterre*, novela que le es a veces atribuida, es de autenticidad dudosa. *Lancelot* e *Yvain* aparecen como sus novelas más célebres y complementarias, tanto por su tema como por su factura. Chrétien de Troyes las habría compuesto hacia 1175. En la primera, trata de la oposición moral entre el sentido del honor y la pasión adúltera; en la segunda, de la dificultad de conciliar la aventura caballeresca y el amor conyugal. De forma muy original, las intrigas de estas dos novelas se van entrelazando y el narrador no necesita enviar al lector de una a la otra. Habiendo inspirado a numerosos poetas en toda Europa, Chrétien de Troyes puede ser considerado como uno de los creadores de la novela medieval, sobre todo por la riqueza de sus obras y por la psicología compleja de sus personajes. Su genialidad e inventiva es notable, fue el primer autor en escribir sobre el Grial en una novela. Su larga notoriedad en una Europa medieval, donde los clérigos permanecen muy a menudo anónimos, subraya el valor excepcional de su talento y creatividad. La temática gira alrededor del ciclo bretón o leyenda del Rey Arturo y sus caballeros de la Mesa Redonda. Es muy probable que haya conocido la *Historia de los reyes de Britania*, de Godofredo de Monmouth y que la obra le haya servido de fuente de inspiración.



Aunque tradicionalmente se crea que el Grial fue la copa empleada por Jesús antes de ser sacrificado, o incluso el recipiente empleado por José de Arimatea para recoger la sangre del Mesías en la cruz, este objeto no se cita específicamente en ningún pasaje de la Biblia y no comenzará a hablarse de él hasta bien entrado el siglo XII. Graham

Hancock, un escritor experto en enigmas históricos, avanzó en 1993 la hipótesis de que aquellas primeras alusiones al Grial de De Troyes y Von Eschembach escondían en realidad una clara referencia al *Arca de la Alianza*. Según explicó Hancock en su ensayo *Símbolo y Señal*, el hecho de que ambos poetas se refirieran al Grial como una losa podría estar haciendo alusión al contenido sagrado del Arca: *las Tablas de la Ley*. Hancock, además, encontró abundantes referencias iconográficas al Arca de la Alianza en las primeras catedrales góticas construidas en los alrededores del Condado de Champagne a partir del siglo XII. Capiteles, estatuas y vidrieras de Chartres, Amiens, París o Reims aludían al Arca y a su salida del *Templo de Salomón*, como si los constructores de estos templos supieran a dónde fue a parar tan codiciada reliquia. ¿Pero quiénes fueron esos constructores? Increíblemente, tampoco sabemos demasiado de ellos. Surgen en las tierras del conde Hugo poco después del regreso de los primeros templarios de Jerusalén y manejan técnicas de construcción inusitadas para un tiempo en que la arquitectura se reducía al tosco y monolítico arte románico. Aun así, después del año 1000 Europa vivirá un fervor constructivo sin precedentes: en apenas trescientos años -entre 1000 y 1300- se levantaron “*todas las catedrales, monasterios e iglesias mínimamente importantes que hay en Francia*”, dice Louis Charpentier en su obra *Los misterios templarios*. Los números son impresionantes: son 1.108 las abadías construidas a partir de 950, a las que en el siglo siguiente se sumarán 326, y otras 702 durante la centuria posterior.

Esta última expansión coincide, curiosamente, con algunos de los privilegios que se conceden a la Orden, cuando una bula papal de 1163,

conocida como *Omne Datum Optimun*, otorga a los templarios la capacidad de conservar íntegros los botines capturados a los sarracenos, les exige de pagar el diezmo por sus propiedades aunque podrán recibirlo de otros, les facilita tener sus propios capellanes -impidiendo que nadie externo a la Orden controlara sus movimientos- y les permite incluso construir sus propias capillas e iglesias. De hecho, no en vano algunos historiadores creen que tras la financiación y diseño de las primeras catedrales góticas se encontraban los templarios. Sólo así se explica la aparición de una técnica constructiva con elementos tan innovadores -a la vez que arabizados- como el arco ojival, o la inclusión de complejos cálculos matemáticos y físicos en la ejecución de unas obras en piedra que parecían desafiar a la gravedad. Pero, de ser cosa de los templarios, ¿de dónde obtuvieron los conocimientos necesarios para ese nuevo modelo de arquitectura? Según Javier Sierra, las *Tablas de la Ley* no son las primeras piedras inscritas que entrega una antigua divinidad a los humanos. Mucho antes de que Moisés recibiera en el Sinaí tan valioso documento, el dios de la sabiduría egipcio *Toth* entregó a los hombres unos textos -las “*tablas esmeralda*”- en los que se contenían “*todos los secretos del cielo y la tierra*”. Imhotep, el arquitecto que se supone construyó la primera pirámide durante el reinado del faraón Zoser de la III Dinastía, se dice que recibió los planos de su edificio en una de esas tablas.



Es más, la idea de las mismas se helenizó con la llegada de los faraones ptolemaicos al país del Nilo, convirtiendo a *Toth* en *Hermes Trimegisto*, y acuñando el mito del saber inscrito en piedra de forma tan profunda que hasta el Renacimiento llegarán los buscadores de esas “*tablas esmeralda*”. No es, por tanto,

demasiado osado establecer una relación entre las piedras de Toth y las tablas de Moisés, sobre todo si pensamos que éste último, si hemos de creer lo que dice la Biblia, fue príncipe de Egipto. Además, de esa forma se explicarían las conexiones arquitectónicas, de proporciones

matemáticas y hasta de distribución que existen entre algunos templos del Antiguo Egipto y las catedrales de los templarios. Y sigue diciendo Javier Sierra que su investigación en este terreno ya ha arrojado sus primeros resultados. La existencia de un “*saber religioso*” nacido en Egipto y adoptado por los constructores de catedrales se demuestra en los paralelismos existentes entre ciertas imágenes del *Libro de los Muertos* y la estatuaria de los tímpanos de algunos de estos recintos cristianos. En arquitectura, se denomina tímpano al espacio delimitado entre el dintel y las arquivoltas de la fachada de una iglesia o el arco de una puerta o ventana. También es el espacio cerrado delimitado dentro del frontón en los templos clásicos. Se encuentra en el Antiguo Egipto en la primera mitad del siglo III a.C. Más tarde se encuentra en la arquitectura griega, luego en la cristiana y en la arquitectura islámica. El tímpano se presenta decorado con relieves como ocurre en los templos griegos, donde solía contener escenas mitológicas, o en las iglesias y catedrales del románico y del gótico, en las que solía contener escenas y motivos religiosos.

Según Javier Sierra, en Vézelay o en la catedral de Notre Dame de París, pueden verse en sus tímpanos principales una escena del llamado “*Juicio Final*” en la que un ángel pesa el alma de los difuntos y decide si condenarlos a ser engullidos por un monstruo con cabeza de cocodrilo o enviarlos al descanso eterno. Pues bien, el “*Libro de los Muertos*” egipcio -un texto que se cree tiene más de 5.000 años de antigüedad- describe cómo el dios Anubis pesa el alma del faraón en una balanza y decide si salvarlo o condenarlo a ser devorado por una criatura con cabeza de cocodrilo y cuerpo de león. ¿Casualidad? ¿Una improbable coincidencia de conceptos barajada por artistas de tiempos y estilos bien distantes? ¿O tal vez fruto de una transmisión de conocimiento del que los templarios fueron sus últimos depositarios? Los primeros en construir monumentos imitando la disposición de ciertas estrellas fueron los egipcios. Las tres grandes pirámides de la meseta de Gizeh, en El Cairo, imitan la disposición de las tres estrellas centrales de la constelación de Orión. Una constelación que para los faraones era la contrapartida celestial del dios Osiris. Los llamados *Textos de las Pirámides* lo explican: porque esas tres estrellas eran lo que llamaban el Duat, la “*puerta celeste*” a

la que debía dirigirse el alma del faraón muerto antes de entrar al más allá. Ellos creyeron que imitando esa “puerta” en el suelo podían preparar mejor su viaje al Más Allá. Si tomamos las primeras grandes catedrales góticas -Amiens, Chartres, Reims, Bayeux y Evreux- y las situamos sobre un mapa de Francia, veremos que la figura resultante recuerda la forma de la constelación de Virgo. Quizá eso explique porque todos estos templos se consagraron a la Virgen, pero desde luego parece tener que ver con una idea del templo sagrado que nos remite a época de las pirámides.



Ciertos grupos musulmanes, como los yezidís, construyeron en Irak templos imitando la forma de la Osa Mayor. En Angkor Wat, Camboya, el conjunto de templos del lugar parece que pretendió imitar la constelación del dragón. Es decir, fue una idea que se extendió por África, Asia y

Europa pero que nadie hasta hoy parece haber “visto”. Ha sido necesario que arqueólogos y astrónomos amateurs se dieran cuenta de esas similitudes para que otros comenzaran a estudiarlas. La antigua religión egipcia y el cristianismo no tienen tantas divergencias como parece. Ya San Agustín decía que los egipcios eran el pueblo que más fe tenía en la resurrección de la carne, como lo demuestran sus momias. Hasta ambos credos tienen sus propias cruces como símbolo de vida o renacimiento. Por no hablar de que el propio dios Osiris volvió a la vida tres días después de ser sacrificado por culpa de alguien de confianza. En Tierra Santa los templarios no sólo encuentran al infiel contra el que combatir, sino un marco adecuado para entrar en contacto con las doctrinas y filosofías propias de las civilizaciones de Asia Menor y Oriente. Así ocurre, en efecto, a decir de muchos autores, que suponen a los caballeros del Temple un conocimiento y una *hermandad* deliberada con sufíes y más tarde cabalistas e incluso *ashashins*. Esta teoría, que se basa en un sincretismo entre las religiones monoteístas fundamentales y sus respectivas tradiciones

esotéricas —en las que coincide el fondo—, hace sospechar a muchos, que los acusan de haberse contaminado, de seguir conductas permisivas con la religión de los *infieles*, precisamente con todo lo que están llamados a erradicar. Estas sospechas tomarán cuerpo de nuevo y con más fuerza durante el proceso de 1307, aunque, al decir de algunos, son infundadas, pues los templarios demuestran ser, a lo largo de su historia, mayoritariamente un «*grupo de fanáticos*» incapaces de comprender determinados problemas teológicos en cuestiones de matiz espiritual.

Se bastan a sí mismos con la regla, en francés, pues muchos ni siquiera conocen el latín, cosa propia de la gente de armas del Medioevo y de la baja nobleza, que despreciaba la cultura y veneraba la espada, con el culto a *Nuestra Señora*, de la que tan devota es la orden por influencia benedictina y con sus misas privadas. Lo que muchos historiadores no contemplan cuando se refieren a los templarios es que, de haber existido secreto alguno, una *regla secreta* y una *orden* detrás de la orden, estos misterios no habrían obrado en conocimiento de muchos, sino de unos pocos: los iniciados. Se habla de ceremonias iniciáticas, de extrañas conductas. ¿Acaso no hay escalafones en todas las órdenes secretas? ¿No hay jerarquías en las cofradías francmasónicas y en las órdenes militares, en las compañías religiosas? La Orden puede perfectamente ocultar lo que deseen sus altos cargos, porque es poderosa y se relaciona directamente con los poderosos de la Tierra. ¿Conocía el caballero, por más que asistiera éste de vez en cuando a ceremonias, los profundos motivos de la Orden para apoyar, ora al emperador, ora al papa? ¿Sostienen a los cataros — como creen muchos— durante la cruzada de exterminio, mientras fingen fidelidad a la Iglesia? Supongamos un núcleo de elegidos, pertenecientes a determinados grados de iniciación, como ocurre en ciertas logias, ¿podría este reducto haber estado en contacto profundo con los cabalistas, con los teóricos sufíes y con los *ashashins*, tanto como para que sus respectivos presupuestos filosóficos se plasmasen en las prácticas de la Orden? Para algunos estudiosos es perfectamente plausible, puesto que, en definitiva, los místicos cristianos, sufíes (musulmanes) y judíos (cabalistas) beben de las mismas fuentes y, además, existe una cultura soterrada compartida por «*las gentes del*

Libro» (la Biblia), comunidades encargadas de conservar, transmitir y velar por la pureza de esos conocimientos, como pueden ser los ashashins, los esenios y, en este caso, los templarios, que se erigen en continuadores de esa tradición. Los famosos versos del poeta sufí Ibn Arabi (1164-1240) resuelven mediante la compasión y la belleza los antagonismos entre las tres religiones: «Mi corazón lo contiene todo: / una pradera donde pastan las gacelas, / un convento de monjes cristianos, un templo para ídolos, / la Kaaba del peregrino, los rollos de la Torah / y el libro del Corán (...).».



Salomón es un personaje, descrito en la *Biblia* como el tercer y último rey del Israel unificado (incluyendo el reino de Judá). Es célebre por su sabiduría, riqueza y poder, pues *La Biblia* 'lo considera el hombre más sabio que existió en la Tierra. Logró reinar cuarenta años y su reinado quedaría situado entre los años 970 a.C. y el 930 a.C. aproximadamente. Construyó el Templo de Jerusalén, y se le atribuye la autoría del Libro de Eclesiastés, libro de los Proverbios y Cantar de los Cantares, todos estos libros recogidos en la Biblia. Es el protagonista de muchas leyendas posteriores, como que fue uno de los maestros de la Cábala. En el *Tanaj* (libro hebreo, a una versión del cual los cristianos llaman *Antiguo Testamento*) también se le llama Jedidías. En la *Biblia* se dice del rey Salomón que heredó un considerable imperio conquistado por su padre el rey David, que se extendía desde el Valle Torrencial, en la frontera con Egipto, hasta el río Éufrates, en Mesopotamia. Tenía una gran riqueza y sabiduría y administró su reino a través de un sistema de 12 distritos. Poseyó un gran harén, el cual incluía a «la hija del faraón». Honró a otros dioses en su vejez y consagró su reinado a grandes proyectos de construcción. La Biblia dice del rey Salomón que era «el más sabio de los hombres», que podía pronunciar un discurso sobre la biodiversidad de todas las plantas, «desde los cedros del Líbano hasta el hisopo que crece en los muros, y animales, y pájaros, y cosas que se arrastran, y peces».

Según el Éxodo, Dios ordenó a Moisés que construyera un Arca. Las instrucciones que Moisés recibió, y que no debieron ser únicamente orales, por cuanto dice: *“Mira bien y hazlo fabricar según el diseño que se te ha propuesto en el monte”*. El Zohar, obra principal de la Cábala, dedica al *Arca de la Alianza* casi cincuenta páginas, y ha consignado hasta los más mínimos detalles que pasaron inadvertidos a los ojos de otros narradores. A primera vista podrá sorprender que el Zohar hable del *Arca de la Alianza* bajo el epígrafe de «*El Antepasado de los Días*». Pero es evidente que la descripción cuadra con el Arca. En el Zohar, los términos con que fue pasado el encargo del Arca coinciden con el testimonio de Moisés. Éste recibe de Yahveh, el Dios de Israel, instrucciones para la construcción de una caja según especificaciones exactamente detalladas, y con destino al «*Antepasado de los Días*». El recipiente debía acompañarle con el misterioso «*Antepasado*» en la travesía del desierto. Lo que sabemos es que el Arca existió. Sobre su tamaño hay diferentes versiones. Y lo que más se discute es su finalidad. Una de las primeras cosas que hizo el Rey David fue trasladar el *Arca de la Alianza* desde su última ubicación temporal hasta la capital, como preparativo para su emplazamiento en una Casa de Yahveh adecuada, que David planeaba erigir. Pero ese honor, según le dijo el profeta Natán, no sería suyo a cuenta de la sangre derramada por sus manos en las guerras y en sus conflictos personales. El honor, se le dijo, sería para su hijo Salomón. Todo lo que se le permitió hacer mientras tanto fue erigir un altar. El lugar exacto de ese altar se lo mostró a David un «*Ángel de Yahveh, de pie entre el Cielo y la Tierra*», que señalaba el lugar con una espada desnuda. También se le mostró un Tavnit, un modelo a escala del futuro templo, y se le dieron detalladas instrucciones arquitectónicas, que, llegado el momento, David le transmitió a Salomón en una ceremonia pública, diciendo: *“Todo esto, escrito por Su mano, me hizo comprender Yahveh, de todas las obras del Tavnit, se puede juzgar hasta dónde llegaban los detalles de las especificaciones para el templo y sus diversas secciones, así como los utensilios del ritual”*.



En el cuarto año de su reinado (480 años después del comienzo del Éxodo, dice la Biblia), Salomón comenzó la construcción del Templo, *«sobre el Monte Moriah, como se le había mostrado a su padre, David»*. Mientras

se traían maderas de los cedros del Líbano, se importaba el oro más puro de Ofir y se extraía y se fundía el cobre para los lavabos, había que erigir la estructura con *«piedras talladas y cinceladas, grandes y costosas piedras»*. Los sillares de piedra tuvieron que prepararse y tallarse, según el tamaño y la forma deseados, en otro lugar, ya que la construcción estaba sujeta a una estricta prohibición contra el uso de cualquier herramienta de hierro en el Templo. Así, los bloques de piedra tuvieron que ser transportados y ubicados en el lugar sólo para su montaje. *«Y la Casa, cuando estaba en construcción, se hizo de piedra, lista ya antes de ser llevada hasta allí; de modo que no hubo martillo ni sierra, ni ninguna herramienta de hierro en la Casa mientras se estuvo construyendo»* (Reyes). Llevó siete años finalizar la construcción del Templo y equiparlo con todos los utensilios del ritual. Después, en la siguiente celebración del Año Nuevo (*«en el séptimo mes»*), el rey, los sacerdotes y todo el pueblo presenciaron el traslado del *Arca de la Alianza* hasta su lugar permanente, en el *Santo de los Santos* del Templo. *«No había nada en el Arca, salvo las dos tablillas de piedra que Moisés había puesto en su interior»* en el Monte Sinaí. En cuanto el Arca estuvo en su lugar, bajo los querubines alados, *«una nube llenó la Casa de Yahveh»*, obligando a los sacerdotes a salir apresuradamente. Después, Salomón, de pie ante el altar que había en el patio, oró a Dios *«que mora en el cielo»* para que viniera y residiera en esta Casa. Fue más tarde, por la noche, cuando Yahveh se le apareció a Salomón en un sueño y le prometió una presencia divina: *«Mis ojos y mi corazón estarán en ella para siempre»*.

El Templo se dividió en tres partes, a las cuales se entraba mediante un gran pórtico flanqueado por dos pilares especialmente diseñados. La parte frontal recibió el nombre de Ulam (*«Vestíbulo»*); la parte más

grande, la del medio, era el Ekhal, término hebreo que proviene del Sumerio E.GAL («*Gran Morada*»). Separada de ésta mediante una pantalla, estaba la parte más profunda, el Santo de los Santos. Se le llamó Dvir, literalmente: El Orador, pues guardaba el *Arca de la Alianza* con los dos querubines sobre ella de entre los cuales Dios le hablaba a Moisés durante el Éxodo. El gran altar y los lavabos estaban en el patio, no dentro del Templo. Los datos y las referencias bíblicas, las tradiciones antiguas y las evidencias arqueológicas no dejan lugar a dudas de que el Templo que construyó Salomón (el Primer Templo) se levantaba sobre la gran plataforma de piedra que todavía corona el Monte Moriah (también conocido como el Monte Santo, Monte del Señor o Monte del Templo). Dadas las dimensiones del Templo y el tamaño de la plataforma, existe un acuerdo general sobre dónde se levantaba el Templo, y sobre el hecho de que el *Arca de la Alianza*, dentro del *Santo de los Santos*, estaba emplazada sobre un afloramiento rocoso, una Roca Sagrada que, según firmes tradiciones, era la roca sobre la que Abraham estuvo a punto de sacrificar a Isaac. En las escrituras judías, la roca recibió el nombre de *Even Sheti'yah*, «*Piedra de Fundación*», pues fue a partir de esa piedra que «*todo el mundo se tejió*». El profeta Ezequiel la identificó como el *Ombbligo de la Tierra*. Esta tradición estaba tan arraigada, que los artistas cristianos de la Edad Media representaron el lugar como el *Ombbligo de la Tierra* y siguieron haciéndolo así aún después del descubrimiento de América.



El Templo que construyera Salomón (el Primer Templo) lo destruyó el rey babilonio Nabucodonosor en 576 a. C, y lo reconstruyeron los exiliados judíos a su regreso de Babilonia 70 años después. A este respecto vale la pena resaltar que la tradición interna de la Orden Masónica afirma que Jacobo de Molay, el último maestre de los Templarios, hizo crear poco antes de ser quemado en la hoguera cuatro grandes logias masónicas.

Estos mismos rituales remontan a Salomón, el monarca israelita, los orígenes del Arte que ellos practican, pero afirman que este llegó a occidente a través de los *Caballeros del Templo de Salomón*. Es decir,

defienden que la masonería se había configurado en Tierra Santa por obra de las órdenes militares, especialmente la del Temple, y que fueron estas fraternidades de constructores llegadas a occidente las que habrían originado la francmasonería moderna. El profeta Samuel, que también fue juez y que, como tal, debía ser un buen observador, escribió: *“Ahora, pues, manos a la obra: haced un carro nuevo, y uncid al carro dos vacas recién paridas, que no hayan traído yugo... Tomaréis después el Arca del Señor y la pondréis en el carro; colocando a su lado en un cofrecillo las figuras de oro que le consagrasteis por el pecado”*. Y Samuel incluso nos habla de otro carro utilizado para el transporte: *Y pusieron el Arca de Dios en un carro nuevo, sacándola de la casa de Abinadab, que habitaba en una colina; siendo Oza y Ahio, hijos de Abinadab, los que iban guiando el carro nuevo... Y a cada seis pasos que andaban los que llevaban el Arca del Señor...»*. Pese al empleo de uno o varios carros y la tracción a cargo de dos vacas fuertes, el peso muerto no debió ser superior en ningún caso a unos trescientos kilos, aproximadamente, pues a veces el Arca es transportada y trasladada por los levitas, sacerdotes a cargo de los santuarios de Yavé: *“Y a cada seis pasos que andaban los que llevaban el Arca del Señor, inmolaban un buey y un carnero”*.

Pero, ¿qué era lo que transportaron a través del desierto los judíos, entre grandes trabajos y durante cuarenta años, ni más ni menos? Si tantas molestias les causaba, ¿por qué no podían desprenderse de ese objeto? Lazarus Bendavid (1762-1832), filósofo y matemático de Berlín, que dirigió la Academia libre judía, fue un *«judío ilustrado y conocido filósofo»*, el cual consiguió demostrar que *«el Arca de la Alianza de los tiempos mosaicos debió contener un grupo bastante completo de instrumentos eléctricos, cuyas influencias se hacían sentir en el exterior»*. Lazarus Bendavid no sólo fue un hombre sabio, sino que además se adelantó con mucho a su época. Sabía que el acceso al Arca de la Alianza estaba rigurosamente limitado a un círculo muy restringido de personas, y que ni siquiera los Sumos Sacerdotes podían acercarse al Arca todos los días, sin peligro de sufrir un terrible accidente. Dice Bendavid: *«La visita al Santo de los Santos, según testimonio de los talmudistas, iba siempre unida a un peligro mortal; los Sumos Sacerdotes se le acercaban siempre con cierto temor, y se*

juzgaban afortunados si conseguían alejarse de nuevo sin que les hubiese acaecido nada malo». Después de una guerra contra los israelitas, a los que vencieron, los filisteos, tribu hebrea de procedencia occidental, confiscaron el *Arca del Señor*. Habían observado que los israelitas concedían mucha importancia al misterioso artefacto y esperaban sacar beneficio de su posesión. Pero los filisteos no supieron qué hacer con él. En todo caso, tardaron poco en darse cuenta de que todas las personas que se acercaban al Arca enfermaban o morían. Entonces empezaron a trasladar su botín de un lugar a otro, pero en todas partes ocurrió lo mismo: los curiosos que se aproximaban demasido enfermaban con tumores y caída del cabello. Muchos padecían grandes vómitos, y algunos murieron de una muerte horrible.



Los *filisteos* fueron un pueblo de la Antigüedad, del cual existen testimonios en diferentes fuentes textuales (asirias, hebreas, egipcias) o arqueológicas. Ellos se mencionan en la genealogía de las naciones, donde juntamente con Caftorín, fueron descendientes de

Mesraín. Se hacen conjeturas que con bastante probabilidad habían venido de Creta, algunas veces identificada con Caftor y que no dejaban de ser gente más bien "*pirata*". Los filisteos aparecen en fuentes egipcias donde son presentados como los enemigos de Egipto venidos del norte, mezclados con otras poblaciones hostiles conocidas colectivamente por los antiguos egipcios bajo el nombre de *Pueblos del Mar*. Tras su enfrentamiento con los egipcios, los filisteos se establecieron en la costa suroeste de Canaán, es decir, en la región central de la actual Franja de Gaza. En contextos posteriores, este territorio sería denominado Filistea en época romana, antes denominado Judea Samaria. Sus ciudades dominaron la región hasta la conquista asiria de Tiglatpileser III en el año 732 a. C. Seguidamente, fueron sometidos a los imperios regionales y parecen haber sido

asimilados progresivamente. Las últimas menciones a los filisteos datan del siglo II a. C., en la Biblia. Y según dijo el profeta Samuel: *“Por lo cual hicieron que se juntasen todos los sátrapas de los filisteos, los cuales dijeron: Devolved el Arca del Dios de Israel, y restitúyase a su lugar; a fin de que no acabe con nosotros y con nuestro pueblo. Porque se difundía por todas las ciudades el terror de la muerte; y la mano de Dios descargaba terriblemente sobre ellas, pues aun los que no morían, estaban llagados en las partes más secretas de las nalgas; y los alaridos de cada ciudad subían hasta el cielo: Los filisteos estuvieron en poder del maldito objeto durante siete meses, al cabo de los cuales ya no pensaban sino en desprenderse de él. Cargaron la caja sobre un carro, le uncieron dos vacas y las arrearón a latigazos, entre mugidos, hasta el límite de Betsamés. Por la mañana, cuando los betsamitas salieron al valle para segar el trigo, repararon en el carro con el Arca. Inmediatamente sacrificaron las vacas y llamaron a los sacerdotes levitas, como únicos que sabían manejar el Arca. Lo horrible es que aún murieron setenta jóvenes, por desconocer la peligrosidad del Arca; ingenuos como niños, se habían aproximado demasiado al peligroso cargamento, y «el Señor los hirió con grande mortandad»”.*

En 1978 aparece en Londres el libro *“La máquina del maná”*, una obra escrita en colaboración por el naturalista George Sassoon y el ingeniero Rodney Dale. Los investigadores británicos se atuvieron a la descripción, más detallada, del Zohar, interpretándola y reconstruyéndola a la luz del saber técnico y biológico de nuestros días. Pretendieron demostrar que el *Arca de la Alianza* era un artefacto técnico —tal como sospechó Bendavid—, acarreado por los israelitas durante su viaje a través del desierto para que no les fallara la provisión de un alimento rico en proteínas: el maná. Parece ser que el *Arca de la Alianza* no era el *Santo de los Santos*, sino sólo el embalaje de una máquina que producía alimento. Sólo podían acercarse a la misma los «*elegidos*», es decir, aquellos que fuesen conocedores de su manejo. Las personas no iniciadas sufrieron lesiones, enfermaron o murieron porque la máquina irradiaba fuerte radiactividad. El maná, según el libro del Éxodo, era el alimento enviado por Dios todos los días durante la estadía del pueblo de Israel

en el desierto. Todos los días, menos el sábado, por lo cual debían recolectar doble ración el viernes. También se encuentran referencias en midrashes judíos que el maná tenía el sabor y la apariencia de aquello que uno más deseaba. *En el Arca de la Alianza* se conservaba una muestra. El maná también se menciona brevemente en el Corán, en las azoras *al-Baqara*, *al-Araf*, y *Ta-ha*, mencionando la fuente divina del maná como uno de los milagros con los cuales Dios favoreció a los israelitas. En el libro del Éxodo se le describe apareciendo cada mañana después de que el rocío hubiera desaparecido, y debía ser recogido antes de que el calor del sol lo derritiera. Según Números llegaba con el rocío, por la noche. Según la descripción bíblica, el maná se parecía a las semillas de coriandro, era de color blanco, y tras molerlo y hornearlo se parecía a las obleas con miel, aunque en Números se describe del mismo color que la mirra india, y añade que algunas de las tortas sabían a tortas aceitadas.



Los exégetas creen que estas diferencias se deben que el Éxodo es un texto yavista mientras el de Números es de fuente sacerdotal. El Talmud babilónico explica que las diferencias en la descripción se debían a que su gusto variaba según quien lo tomaba, miel para los niños, aceitunas para los jóvenes, pan para los mayores. La literatura rabínica clásica soluciona la cuestión de si el maná caía antes o después

del rocío, explicando que lo hacía entre dos capas de humedad. Por motivos desconocidos para nosotros, los “dioses”, probablemente seres extraterrestres, tuvieron interés en aislar a un determinado grupo humano respecto de su ambiente habitual, y mantenerlo durante más de dos generaciones apartado de todo contacto con el resto de la humanidad. A través de su mediador, un profeta, ordenaron la segregación del grupo elegido, alejándolo de la civilización. Moisés — aunque también pudo ser otro el elegido— condujo a los israelitas a través del desierto. Al principio estos “dioses” mantuvieron a raya a los enemigos del pueblo errante: Según el Éxodo, *“las aguas vueltas a su curso sumergieron los carros y la caballería de todo el ejército del Faraón que había entrado en el mar en seguimiento de Israel: ni uno tan siquiera pudo salvarse”*. Se argumenta, por ejemplo, que los israelitas habrían aprovechado el reflujo para vadear un estrecho cubierto de plantas acuáticas, mientras que los egipcios, al seguirles, habrían sido sorprendidos por el flujo o crecida de las aguas. Por muchas cualidades privilegiadas que atribuyamos al pueblo elegido, no podemos negarles a los egipcios, los primeros que calcularon la duración del año en 365 días, y precisamente gracias a la observación de las crecidas del Nilo, un conocimiento sobre los períodos de la bajamar y la pleamar por lo menos tan completo como el de los israelitas.

No parece que los egipcios corrieran a ciegas a su perdición. Fueron desorientados a *propósito* por unos misteriosos «ángeles» ... y mediante una columna de fuego. Según el Éxodo: *“En esto, alzándose el ángel de Dios que iba delante del ejército de los israelitas, se colocó detrás de ellos, y con él juntamente la columna de nube, la cual, dejada la delantera, se situó a la espalda, entre el campo de los egipcios y el de Israel; y la nube era tenebrosa (por la parte que miraba a aquéllos) al paso que (para Israel) hacía clara la noche, de tal manera que no pudieron acercarse los unos a los otros durante todo el tiempo de la noche”*. Esa nube no sería un meteoro casual, ya que Moisés manifiesta expresamente que la «columna de nube y fuego» era una señal de guía para los israelitas: *“E iba el Señor delante para mostrarles el camino, de día en una columna de nube y por la noche en una columna de fuego, sirviéndoles de guía en el viaje, día y*

noche". Nunca faltó la columna de nube durante el día, ni la columna de fuego por la noche delante del pueblo. Los fenómenos meteorológicos casuales son esencialmente transitorios; podrán presentarse durante minutos, o durante horas si se quiere, pero no a lo largo de meses y años. Tal explicación no resiste el más somero examen. Fue una aventura tremenda la de conducir a miles de seres humanos, mujeres, niños, ancianos, hombres y jóvenes por una región donde no hay frutos silvestres ni caza de que alimentarse. Los problemas de abastecimiento han hecho fracasar incluso a ejércitos modernos. Los naturalistas británicos George Sassoon y Rodney Dale reconstruyeron el '*Antepasado de los Días*' con arreglo a las descripciones del Zohar. Según su opinión, se trataba de una máquina capaz de producir un alimento albuminoide, el maná, por síntesis partiendo de algas irradiadas. En los desiertos cálidos, con su ambiente poco propicio al desarrollo de la vida, las temperaturas varían entre 58 grados centígrados y -10 grados centígrados. La precipitación media anual apenas llega a los diez centímetros. Allí la naturaleza no produce nada susceptible de aliviar el hambre de un grupo numeroso de gente. Y sin embargo, Moisés no tuvo reparos en lanzar a su pueblo a través del interminable desierto abrasado bajo el sol.



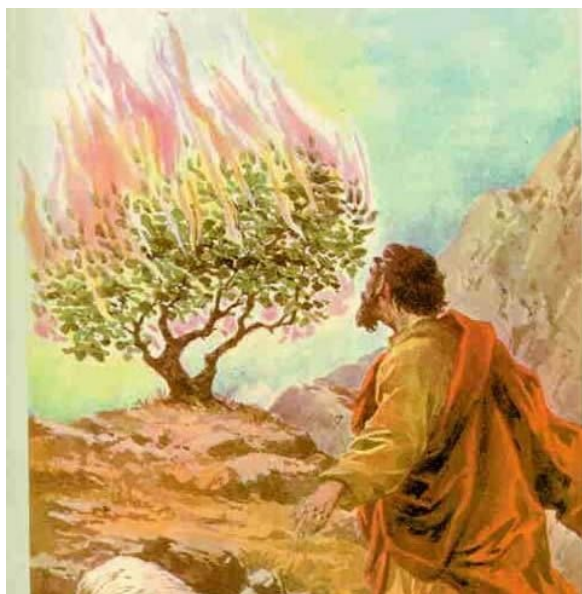
Parece que los "dioses" extraterrestres proveyeron de alimentos a los israelitas y Moisés lo sabía de antemano. Pues «el Señor» que se le había aparecido en medio de una «zarza ardiente» le facilitó una máquina maravillosa que iba a librarle del problema para todos los años que durase la migración. Según George Sassoon y Rodney Dale, durante la

noche almacenaba el agua recogida del rocío y la mezclaba con algas microscópicas del tipo *Chlorella* para producir cantidades ilimitadas de alimento. La síntesis de materia alimenticia a partir del agua y de las algas verdes se operaba por irradiación. Pero la irradiación supone que hay una fuente de energía. ¿De dónde sacarla en medio del desierto? Según las investigaciones actuales seguramente fue un

reactor nuclear en miniatura. El aparato mostrado por «el Señor» a Moisés en la montaña sagrada parece que no podía permanecer expuesto al aire libre. Quizá le perjudicasen las tempestades de arena del desierto, o las elevadas temperaturas del mediodía. También es posible que no conviniera permitir que el pueblo del éxodo viese la extraña fábrica de donde salía su alimento. Sea como fuere, el caso es que construyeron para la misma un Arca, es decir un recipiente seguro, realizado sobre prototipo y con arreglo a especificaciones definidas. Por consiguiente, el Arca *no era* la máquina del maná, sino sólo el contenedor que servía para guardarla y transportarla. Durante los descansos prolongados, la máquina se guardaba en una tienda. Dada la peligrosidad de la radiación, la misma no se alzaba nunca en medio del campamento: Moisés, también recogiendo el Tabernáculo, lo puso lejos, fuera del campamento, y lo llamó *Tabernáculo de la Alianza*. Uno de los conceptos más fundamentales que se desarrollan en toda la Escritura lo constituye el hecho de que Dios está preparando habitación para residir en medio del hombre: Dios viene. Las religiones en general se centran en ir a Dios. No obstante, la verdad bíblica nos asegura que Dios es el que viene a nosotros, es decir, a este mundo. El diseño del tabernáculo nos permite ver aspectos muy importantes de Su venida.

El Tabernáculo y sus detalles fueron revelados a Moisés en el Monte Sinaí (Éxodo). Pareciera que lo que Dios mostró a Moisés fue una visión del trono de Dios y de la “*Nueva Jerusalén*” para que Moisés hiciera un registro minucioso de lo observado. Este registro sirvió posteriormente para definir las especificaciones mismas del tabernáculo. El mensaje más importante arrojado en el estudio del tabernáculo es que nos habla del Camino hacia Dios. El tabernáculo o tienda de reunión se situaba en medio de las tribus de Israel. Tres tribus por lado acampaban alrededor del tabernáculo. Una pared hecha de cortinas separaba el tabernáculo del pueblo mismo. Dentro del área se encontraba el altar de bronce, el lavatorio y el “*Mikdash*”. El “*Mikdash*” se componía de dos recintos: el recinto más interno denominado *Lugar Santísimo*, y el externo llamado *Lugar Santo*. La presencia de Dios descansaba en el *Lugar Santísimo* o *Kadosh HaKadoshin*. Al *Lugar Santísimo* solo se podía llegar a través de la cámara externa o *Lugar Santo*. Para acceder al *Mikdash* debía primero

pasarse por el altar de bronce y el lavatorio. Según Sassoon y Dale, siguiendo las orientaciones del Zohar, el «Antepasado de los Días» funcionaba durante seis días seguidos en turno matutino, produciendo maná sin problemas de ninguna clase. El séptimo día aparentemente se destinaba al mantenimiento de la máquina. Estos trabajos de mantenimiento corrían a cargo de los levitas, instruidos por Aarón, el hermano de Moisés. Aarón había acompañado a Moisés en el Monte, y sin duda recibió instrucciones: *“Mas el Señor le dijo: Anda, baja; después subirás tú y Aarón contigo; pero los sacerdotes y el pueblo no traspasen los límites ni suban hacia donde está el Señor, no sea que les quite la vida”*. Parece que los acompañantes extraterrestres del pueblo israelita se propusieron separar de su medio a este grupo humano.



Cuando su vehículo espacial hubo aterrizado en la montaña, su comandante ordenó expresamente a Moisés que construyera una cerca alrededor del punto de aterrizaje, a fin de que nadie pudiese acercarse: *“Baja e intímale al pueblo que no se arriesgue a traspasar los límites para ver al Señor, por cuyo motivo vengan a perecer muchísimos de ellos...”*. Dijo entonces Moisés al Señor: *“No se*

atreverá el pueblo a subir al monte Sinaí, puesto que tú me has intimado y mandado expresamente: Señala límites alrededor del monte y santifícale”. El pequeño grupo de “dioses o ángeles” extraterrestres hizo demostración de superioridad mediante trucos técnicos: la columna dirigible de fuego, el exterminio del ejército egipcio. Las toberas de la nave espacial expelían gases ardientes y producían un estruendo ensordecedor: Todo el monte Sinaí estaba humeando, por haber descendido a él el Señor entre llamas; subía el humo de él como de un horno, y todo el monte causaba espanto. De la nave espacial fue descargada una máquina productora de alimento, y

entregada a Moisés y Aarón. Durante los transportes, la máquina era guardada en un recipiente, el *Arca de la Alianza*. Se cargaba en una carreta de bueyes, pero no debía pesar más de trescientos kilogramos, pues se citan algunos casos en que fue trasladado por hombres con ayuda de pértigas. Las personas que, por descuido, permanecían demasiado cerca del aparato, enfermaban, padecían vómitos y les salían llagas, escamas y eczemas. Nadie sabía lo que se transportaba en el Arca. Al pueblo sólo se le dijo que los alimentaba «el Señor». El Tabernáculo donde estaba el Arca servía para celar un secreto. Los levitas, después de recibir formación especial, atendían al servicio de la máquina revestidos con ropas apropiadas. Pero tampoco ellos conocían los principios en virtud de los cuales funcionaba. Tenían miedo de ella, y con buen motivo, pues en algunos de los accidentes también murieron sacerdotes.

La sociedad hebrea de la época de Jesucristo se dividía en cuatro castas o grupos sociales: *saduceos*, del que se reclutaban los sacerdotes, de carácter conservador; *fariseos*, interesados en la separación de los contenidos religiosos de la vida social y política; *zelotes*, interesados en la independencia del pueblo judío del yugo romano, y *esenios*, el grupo más radical y espiritual, que preconizaba el contacto con la naturaleza, el vegetarianismo, la imposición de manos terapéutica y otras prácticas acordes con las religiones sincréticas heterodoxas tradicionales. “*Los templarios, se dice en el proceso de 1307, se han contaminado de esas creencias y supersticiones de Oriente, han caído en el error que combatían, han caído en la herejía, han abominado de Nuestro Señor. Y por tanto son culpables*”. Su misión era luchar contra los *infieles*. Tanto para los musulmanes como para los cristianos, el término «*infiel*» (latín *infidelis*) se aplicaba en la Edad Media a aquellos que no creían en el islam o en el cristianismo respectivamente. En principio, el concepto no presupone traición a la fe, sino rechazo por desconocimiento de la misma. En los territorios sometidos por guerras de religión, los «*infieles*» eran obligados a abjurar de su fe y a abrazar la «*verdadera*», o sea, la impuesta por la fuerza de las armas. Los ejércitos de ocupación cruzados, durante la toma de Jerusalén (1099), hicieron tal carnicería entre los infieles que «*marchaban con la sangre hasta los*

tobillos». Por su parte, los sarracenos no perdonaban las vidas de los soldados cristianos, sobre todo templarios, quienes ya sabían la suerte que correrían si eran capturados, excepto si abjuraban de la fe (lo que a veces ocurría). La muerte que les estaba reservada era el degollamiento ritual.



Esto cuando no eran asaltados por un grupo de temibles guerreros musulmanes, los templarios del islam, pues ya desde 1090 (y hasta 1257) existía en los países musulmanes de Oriente Medio un cuerpo especial de monjes-soldados similar a lo que después serían los templarios y con presupuestos religiosos coincidentes en un esoterismo sincrético. Se denominaban *ashashins*, término que procede de la palabra «*haschís*», sustancia que al parecer consumían los adeptos con el fin de acceder a ciertos estados de conciencia antes de la lucha y que en las lenguas romances dio el actual nombre de «*asesinos*». Su fiereza en el combate era proverbial y su valentía extraordinaria, pues su orden les prohibía abandonar el mismo aun enfrentados al enemigo en proporción de uno contra siete. Habitaban en unas fortalezas denominadas *ribbats* que, según se afirma, fueron el origen de los castillos templarios. Aunque lo cierto es que, en la mayoría de las ocasiones, el Temple se limitaba a conquistar las ciudadelas que jalonaban las fronteras con el mundo musulmán, tanto en Tierra Santa como en España, señalizadas en los mapas con la leyenda *hic incipit leonis*, lo que sólo era cierto en Asia Menor y en África, con lo que ocupaba sus castillos fuertes, que eran poderosas edificaciones fortificadas, inteligentemente construidas, en las que se inspiraron a veces los arquitectos cristianos. El Temple, por su parte, poseía sus

castillos y fortalezas, algunos de ellos prácticamente inexpugnables, tales como Beaufort (Líbano), Safed, Tortosa o Château-Pélerin. Y la Orden del Hospital también tenía castillos, como el *Crac de los Caballeros*. La orden de los *ashashins* tenía un «*gran maestro*», el denominado «*Viejo de la Montaña*», que los dirigía desde un lugar secreto y que, al igual que el mayor jerarca del Temple, estaba en contacto con los monarcas de Oriente y, según se dice, con los de Occidente (a través del Temple).

Este juego político que se vieron obligados a representar los templarios —por lo menos los que participaron en los secretos de Estado y en el funcionamiento interno de la orden— fue en parte causante de su caída. Todavía no eran tiempos para un *orden sinárquico universal*, para el sincretismo de las religiones; ni para el ecumenismo en los albores del siglo XIV, aunque ya despuntase el Renacimiento. Jacques de Mahieu, un escritor francés especializado en la historia de los primeros pobladores de América, sostiene que la *Orden del Temple* trazó una ruta de navegación secreta entre Europa y el Nuevo Mundo para explotar las minas de plata del Yucatán y aún incluso de Perú y Bolivia. Mahieu trata así de develar el misterio de las enormes riquezas de las que parecía disfrutar la Orden, y aporta como pruebas algunos paralelismos iconográficos sorprendentes. Por ejemplo, ídolos de culturas precolombinas con cruces paté grabadas en el pecho, o incluso monolitos de piedra como “*El Monje*”, hallado en las ruinas altiplánicas de Tiahuanaco, que Mahieu cree que es idéntica, aparte del estilo, a uno de los apóstoles que luce la portada gótica de Amiens.

Ambos sostienen un libro con idéntico cierre y hasta el rostro presenta las mismas proporciones. Pero, ¿son válidas esas apreciaciones para decir que los templarios llegaron a América? Javier Sierra dedicó siete años a la documentación de otro caso histórico ciertamente singular. Se trata de los extraños episodios que rodearon la evangelización de Nuevo México, Arizona y Texas a manos de los franciscanos a principios del siglo XVII. Contrariamente a lo que sucedió en otros rincones de América, los españoles no sólo no encontraron resistencia alguna al bautismo por parte de los indígenas, sino que en muchos poblados éstos salían al paso de las caravanas de religiosos para pedirles con gestos la conversión.



Al parecer una misteriosa “*dama azul*” se había aparecido meses antes en aquellas regiones, anunciándoles el desembarco de los europeos. Tras descartar que fuera una aparición de la Virgen de Guadalupe -que se manifestó en México menos de un siglo antes-, los franciscanos llegaron a la conclusión de que aquella “*dama*” era una monja de clausura soriana que, sin salir

jamás de su convento a 11,000 kilómetros de allí, se había bilocado hasta Nuevo México para cumplir su misión evangelizadora. Sierra recogió estos datos en una novela que tituló *La dama azul*. Y Javier Sierra se plantea una serie de preguntas: ¿Por qué los templarios tuvieron como puerto principal de su flota La Rochelle, en la costa atlántica francesa, cuando en el siglo XIII el mar comercial por excelencia era el Mediterráneo?; ¿Por qué los templarios, a diferencia del resto de órdenes de caballeros de la época, mantuvieron tratos intensos con los árabes?; ¿Por qué las principales catedrales góticas en las que se cree que intervinieron los templarios tienen como elemento iconográfico dominante el *Arca de la Alianza*, que pertenece al Antiguo Testamento, y no muestran ni una sola escena con Cristo crucificado?; ¿Por qué el rey Felipe el Hermoso de Francia decide en 1307 acusar de herejía a la Orden del Temple y logra dismantelarla en un periodo de tiempo tan corto? En el siglo XII, hacia el año 1128, fecha en que se aprobó la creación de la *Orden del Temple* en el concilio de Troyes, la cuenca mediterránea se hallaba cada vez más sometida a la influencia del islam, que llegó en un avance incontenible hasta Occidente de mano de los diversos pueblos y naciones árabes que acabaron instalándose en las fértiles orillas de un mar al que los romanos llamaron *Mare Nostrum*.

El sur de la península Ibérica pertenecía a los príncipes omeyas de Córdoba y a otras familias de origen damasceno o simplemente



magrebí cuyos territorios degeneraron en los reinos de taifas. En esta época, los invasores almorávides y almohades se alzaron con el poder, al igual que en toda la costa norteamericana, y su influencia se extendió por el centro del territorio peninsular hasta abarcar los reinos moros de Valencia y Zaragoza, que lindaban peligrosamente con los territorios portugueses, castellano-leoneses y catalano-aragoneses. Y mientras que el sur de Francia ya se hallaba libre de los conquistadores musulmanes —pues éstos, en su avance, habían llegado hasta el Rosellón—, y lo mismo sucedía con la península Itálica, la amenaza y el empuje del islam continuaba siendo notable en el

archipiélago y la península helenos, sede del imperio bizantino de Constantinopla, en la península de Anatolia, donde triunfaba y se expandía cada vez más el imperio selyúcida de Bagdad, y en Egipto, donde reinaban fatimíes y ayubíes. Ya en el siglo XV, el cristianismo hispano-visigodo habría arrojado de la península Ibérica al último rey moro tras la toma de Granada (1492) y los Santos Lugares obrarían de nuevo en poder del sultán de Egipto. A mediados del siglo XVI el imperio otomano había tomado el relevo a la preponderancia árabe y dominaba toda la cuenca mediterránea, a excepción de la zona correspondiente a Europa occidental. Y un nuevo peligro se cernía sobre la cristiandad: los ejércitos del imperio turco llegarían hasta las puertas de Viena, para conmoción de Europa entera.

Pese a la conquista de los territorios palestinos en los que quedaban enclavados los Santos Lugares y la fundación del reino de Jerusalén, la seguridad de los pobladores cristianos era precaria, por lo que el rey Balduino realiza en 1115 un llamamiento a los cristianos de Oriente, petición que Balduino II reiterará en 1120, esta vez dirigida a Occidente. Más o menos en 1118, un caballero francés, *Hugues de Payns* (o *Hugo de Payens*) que, según algunos historiadores es catalán y su

verdadero nombre es *Hug de Pinós*. Y aquí nos tenemos que preguntar, ¿fue un catalán el primer gran maestro de la Orden del Temple? Una leyenda cuyo origen se remonta al siglo XVII pone de manifiesto que un caballero de nombre Hug de Pinós se convirtió en el fundador de la misteriosa congregación de monjes guerreros que combatieron en Tierra Santa durante la Edad Media. De ser cierta esta hipótesis, recogida en forma de manuscrito encontrado en la *Biblioteca Nacional de Madrid*, desterraría el mito que nos ha legado la historia y que sitúa al francés Hughes de Payns (1070-1136) como primer gran maestro templario. El manuscrito es revelador, ya que dice: "*Declaración de la inscripción griega de la cruz de la iglesia de San Esteban de Bagá, cabeza de la baronía de Pinós, quién participó de la armada que tomó Tierra Santa, año 1000*". Este manuscrito es obra del historiador catalán Esteban de Corbera y está dedicada al conde de Guimerá. La relación de este noble con las Cruzadas viene dada a través de su linaje familiar, originario de Bagá. Este pequeño municipio que se sitúa en las estribaciones del Pirineos, cerca de la frontera francesa, está rodeado de unos cuantos pueblos donde podemos encontrar iglesias de planta circular, vinculadas a la arquitectura de la orden, como La Pobla de Lillet y Santa María de Besora. Dos de los miembros de la dinastía Pinós, los hermanos Hug y Galcerán, hijos del Almirante de Catalunya, viajaron a Tierra Santa durante la I Cruzada, donde participaron los templarios en la toma de Jerusalén, para acompañar a nobles de los condados de la Cerdaña y el Rosellón. De allí Hug se trajo, al parecer, una extraña y milagrosa cruz patriarcal bizantina. Dicha cruz, fabricada en madera repujada en plata, es única en Catalunya por su forma y se creía que guardaba en su interior un trozo del sagrado *Lignum Crucis*.

En la toma de Jerusalén (1099), los hermanos Pinós lucharon y entraron por la puerta llamada de San Esteban y, posteriormente, el hermano mayor, Hug, se unió a otros caballeros cruzados para fundar una cofradía dedicada en cuerpo y alma a la protección de los peregrinos, a la que el rey Balduino II concedió como sede unos edificios situados en las dependencias del antiguo *Templo de Salomón*, por lo que los cofrades pasaron a llamarse templarios, mientras su fundador, convertido en líder de la naciente orden, cambiaba su apellido por el

del nombre de su pueblo originario, pasando a llamarse Hugo de Bagá, latinizado como Hugo de Baganis o Paganis, que los franceses rebautizarían como Hughes de Payons o de Payns. Él sería quien enviase a su propio hermano de vuelta a su tierra natal y con el encargo específico de, aparte de fundar la iglesia de San Esteban, comenzar el reclutamiento de caballeros para la orden que había fundado en *Tierra Santa*. Pero, en todo caso, su procedencia resulta de difícil determinación. Acude ante Balduino, rey de Jerusalén, y solicita, junto a otros ocho caballeros, al parecer franceses y flamencos, la aquiescencia real para defender a los peregrinos cristianos en su transitar por Tierra Santa. El rey accede, les concede privilegios y les entrega las edificaciones correspondientes al antiguo *Templo de Salomón* para que vivan en él, de lo que resulta que los nueve caballeros habitan prácticamente en el sagrado recinto cuya construcción y destrucción narra la Biblia. Nueve años más tarde, tras la previa incorporación a la orden del conde de Champagne (1126), Hugues de Payns y algunos de los caballeros templarios parten hacia Francia, donde expondrán, en el *concilio de Troyes* (1128), la necesidad de la incipiente Orden de obtener unos estatutos aprobados por la Iglesia; solicitar consejo a san Bernardo, abad de Claraval, sobre cuestiones preeminentemente de conciencia, estableciendo una diferencia entre «*guerra justa*» y «*guerra santa*», y reclutar frailes-soldados para *Tierra Santa*, pues cada vez son más necesarios. Así, pues, san Bernardo redacta los estatutos y participa directamente en la puesta en marcha de un proyecto al que, según parece, tampoco es ajena la Orden del Císter ni el abad de Citeaux, Esteban Harding.



El papa Honorio II (1124-1130) decide la aprobación de los estatutos de la orden y da su visto bueno al proyecto: la creación de una orden que proteja a los peregrinos en Tierra Santa y haga practicable las rutas que los conducen hasta el Santo Sepulcro. Quizá, y a decir de muchos, existen otros motivos soterrados para la fundación de una orden religiosa y militar que, en teoría, va a realizar las mismas misiones y prestar idénticos servicios que la ya existente de los hospitalarios. Se trata,

pues, de una misión aparente para defender peregrinos en el contexto de una *Tierra Santa* perennemente amenazada, durante los dos siglos de vigencia de la Orden, por conflictos bélicos y políticos. La propia Jerusalén cae varias veces en poder de los *infieles* y la ciudad se ve continuamente sometida a intercambios, negociaciones y tratados internacionales. Así pues, más allá de la protección de los peregrinos, los templarios se van a encargar de la defensa de los intereses de la cristiandad en Oriente, intereses tanto políticos como económicos, pero siempre vinculados a la política hegemónica de la Santa Sede.

Pues no en vano el Papa, de quien depende directamente la Orden y sus grandes maestros, es la máxima figura de la Iglesia, y a él deben obediencia no sólo las órdenes militares sino las principales jerarquías seculares. Y, a la cabeza de todas ellas, el *sacro emperador romano-germánico*. Los templarios, como monjes-soldados, luchan al lado de la cristiandad y de los ejércitos procedentes de Europa occidental; crean sus encomiendas, erigen sus poderosas fortalezas; intervienen en la redacción de las leyes, en los pleitos dinásticos, en la economía europea, trayendo y llevando, y prestando dinero, hasta edificar un imperio fabuloso, impensable algunas décadas antes de su fundación, un auténtico Estado dentro del Estado, como *cuerpo separado* del reino de Francia primero y de la jerarquía eclesiástica romana después.

Cuando la historia no aporta pruebas definitivas de los hechos, surge la leyenda y se crean diversas líneas de pensamiento. Entre ellas destacan las dos corrientes contrapuestas propias de toda situación

dual irresoluta. Algunos historiadores y estudiosos propugnan la teoría de que la orden templaria fue creada para la consecución de fines secretos, relacionados con el descubrimiento de grandes verdades esotérico-místicas que los poderes oficiales habían silenciado durante siglos (según Louis Charpentier). Otros dicen que para la creación y desarrollo de un imperio universal sinárquico. Y añaden a los motivos de su creación la persecución de teorías trascendentales y espirituales de primer orden, cuyo estudio y práctica cambiará al hombre y a la humanidad y lo proyectará a una nueva época de elevación espiritual (según Juan Atienza, en sus obras *“La meta secreta de los templarios”* o *“La mística solar de los templarios: Guías de la España mágica”*, entre otras obras). Pero existen otros que niegan decididamente toda implicación trascendental en la obra y la misión de los templarios y limitan el análisis de la Orden al mero panorama político y religioso medieval y renuncian a plantearse interrogantes y enigmas que, en muchos casos, saltan a la vista o por lo menos sorprenden (Alain Demurger: *Auge y caída de los templarios*, 1986).

Ante tales interpretaciones no estaría de más sacar a colación las palabras de Jacques Bergier respecto de otro fenómeno contemporáneo bien conocido y nunca lo suficientemente analizado:

«El nazismo constituyó uno de los raros momentos, en la Historia de nuestra civilización, en que una puerta se abrió sobre otra cosa, de manera ruidosa y visible. Y es singular que los hombres pretendan no haber visto ni oído nada, aparte de los espectáculos y los ruidos del desbarajuste bélico y político».



En otro orden de cosas, las opiniones sobre estos *soldados del Templo de Salomón* abarcan un amplio abanico de interpretaciones de su gesta. Desde quienes sostienen que los templarios pertenecieron a un orden precristiano y secular, de origen druídico, que nada tuvo que ver con los postulados de la Iglesia romana y que nació para proteger a cataros, gnósticos y sufíes, hasta los que afirman que su meta fue rotundamente anticristiana y alejada de todo impulso renovador y progresista, pasando por los que sostienen que la orden fue la excusa tras la que se parapetaron las actividades de ciertas sociedades secretas de los siglos XII y XIII, de cuyas fuentes bebieron las órdenes rosacruceanas y francmasónicas de los siglos XVIII y XIX. En 1118 nueve caballeros franceses y flamencos se presentan en Tierra Santa, ante el rey de Jerusalén, Balduino II, y le ofrecen su colaboración para vigilar y patrullar caminos, realizar labores policiales y defender a peregrinos y cristianos en general de las acechanzas de sarracenos y beduinos e incluso de los propios cristianos jerosolimitanos que no temen, en ocasiones, darse al bandolerismo y desvalijar a los devotos visitantes europeos. A la cabeza de estos valerosos hombres viene, como sabemos, el caballero noble Hugues de Payns. Tanto si este caballero responde ante Bernardo de Claraval del éxito de la misión como si todo

ello obedece al particular criterio e iniciativa propios del noble, nada se sabe con certeza. El caso es que los caballeros llegan y el monarca les concede al punto un lugar donde aposentarse. Nada más y nada menos que el propio *templo del rey Salomón*, o lo que de él queda. Y los caballeros, llamados «*templarios*» por este hecho, se instalan en las caballerizas abandonadas. Posteriormente todo el sacro recinto quedará a su disposición y nadie tendrá permiso para salir o entrar en contra de la voluntad de los templarios, pues ejercen tal ascendiente sobre el rey de Jerusalén que éste concede prioridad absoluta a sus necesidades y peticiones.

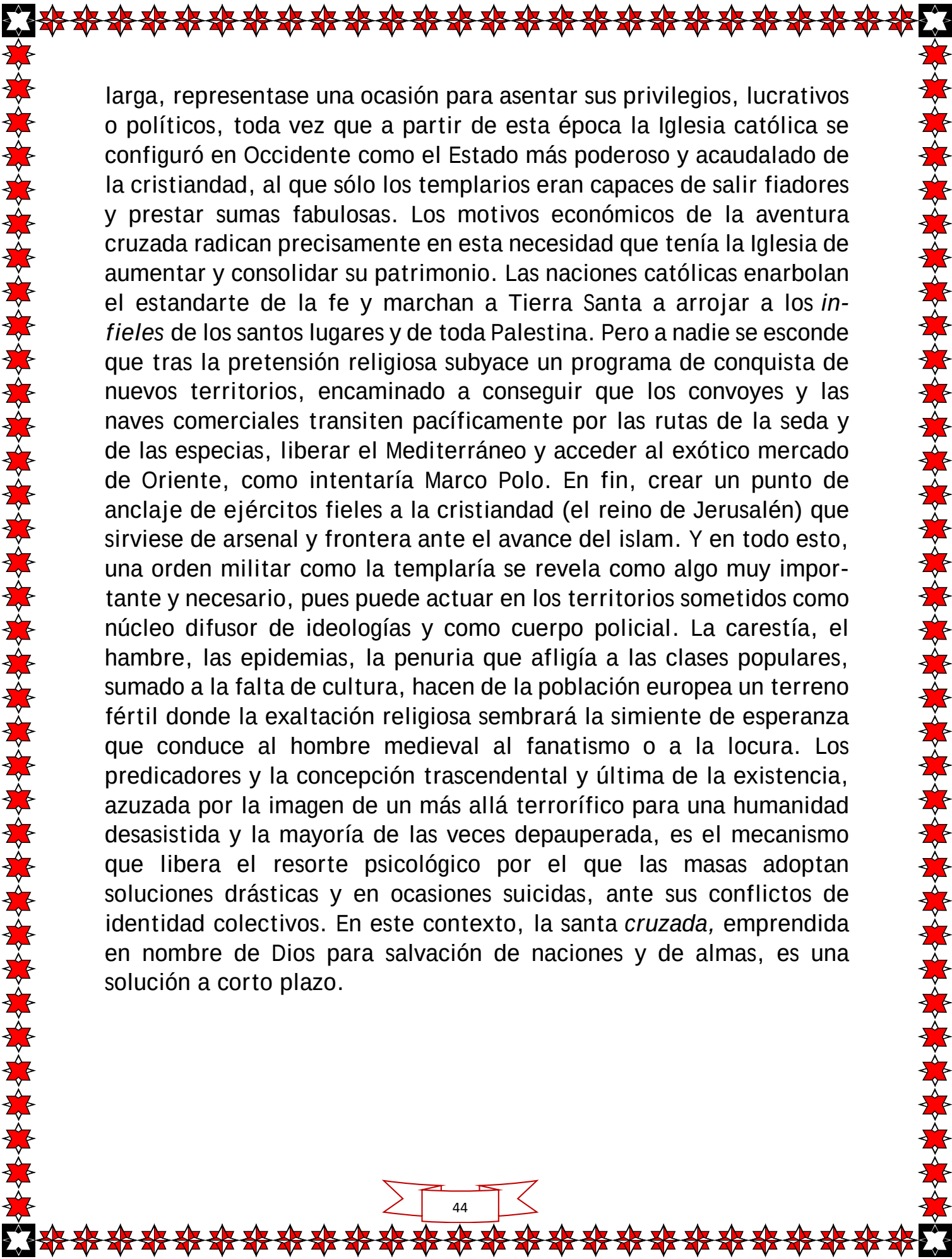
Los caballeros habitarán en un principio en el palacio real de Balduino II, que en ese momento era la actual mezquita *Al-Aqsa*, dentro del antiguo recinto ocupado por las ruinas y restos del templo de Salomón denominado *Haram al-Sherif* (la «*explanada*»). Pero muy pronto el rey, que se ha hecho construir otro alcázar junto a la torre de David (1118), deja su palacio a los templarios, que moran en él y celebraban culto en la cercana mezquita de Omar o *Cúpula de la Roca* (actual *Qubbat al-Sakkra*), que ellos dedican al Señor (*Templu Domini*). Todo ello sin salir del recinto salomónico, ya que finalmente son dueños absolutos del mismo, pues las donaciones de los monjes-caballeros del Santo Sepulcro los convierten en poseedores de la inmensa explanada del templo de Salomón. No obstante, la finalidad de su misión, los templarios pasan en aquel recinto nueve años sin combatir ni una sola vez con el enemigo *infiel*, dedicados sólo a la oración y a la meditación y quizá preparándose para la lucha militar que les espera. Nada se sabe de otras actividades durante ese tiempo. Los caballeros templarios son *Hugues o Hugo de Payns*, pariente de los condes de Champagne, que será después elegido gran maestre de la orden; su lugarteniente *Godefroy Godofredo de Saint-Omer*, de origen flamenco; *André o Andrés de Montbard*, tío de san Bernardo; *Payen de Montdidier* y *Archambaud de Saint-Amand*, flamencos. Los restantes son anónimos, pues sólo se conocen sus nombres de pila: *Gondemare*, *Rosal*, *Godefroy* y *Geoffrov Bisol*. Poco antes de 1128, cuando los caballeros se disponen a regresar a Francia, se les añade un nuevo templario; el propio conde *Hugo de Champagne*.



Pero en 1128 sólo una zona en la cuenca oriental del Mediterráneo pertenecía al orbe cristiano: el reino de Jerusalén, es decir, la franja que delimita los Estados Palestinos, en ese momento en poder de los nobles europeos o de sus sucesores, que se habían abierto camino hasta el Mediterráneo oriental merced a las *cruzadas* lanzadas por los papas

romanos. Estas expediciones bélicas habían surgido como una necesidad religiosa de recuperación de los lugares que la cristiandad consideraba sagrados, pues en ellos había transcurrido la vida, la pasión y la muerte de Jesús de Nazareth. Sin embargo, las instancias cristianas del momento —la jerarquía de la Iglesia católica— olvidaba que aquellos lugares eran también sagrados para judíos y musulmanes, pues en ellos habían vivido y predicado, al igual que Jesús, tanto Moisés como Mahoma. Por eso, Jerusalén, la Ciudad Sagrada, era también «*la tres veces santa*», y en ella subsistían las ruinas del que fuera el *Templo de Salomón* —la mezquita de *al-Aqsa*—, que fue edificado según las estrictas normas que Yahvé había dado a Moisés y cuya construcción aparecía puntualmente detallada en la Biblia, libro respetado por las tres religiones monoteístas surgidas a orillas del mismo mar. Como se verá, tanto este privilegiado emplazamiento y su tripartito pasado religioso, como las enseñanzas bíblicas referentes al *Templo de Salomón* obraban ya en conocimiento de los fundadores de la *Orden del Temple* cuando arriban a Jerusalén en 1118 y se presentan ante el rey Balduino II.

Las cruzadas surgieron por dos motivos: los meramente espirituales y los económicos. Los primeros obedecían a una necesidad de miles de personas que, acosadas por la urgencia de trascendencia espiritual, se ponen en marcha desesperadamente, como si se tratara de una migración abocada a la autodestrucción, y que consolidó el fenómeno de la cruzada espiritual propiamente dicha. Este impulso colectivo recibió posteriormente el espaldarazo de la jerarquía religiosa católica, dispuesta a fomentar en una época de peligroso oscurantismo, como los albores del siglo XII, todo aquello que, a la



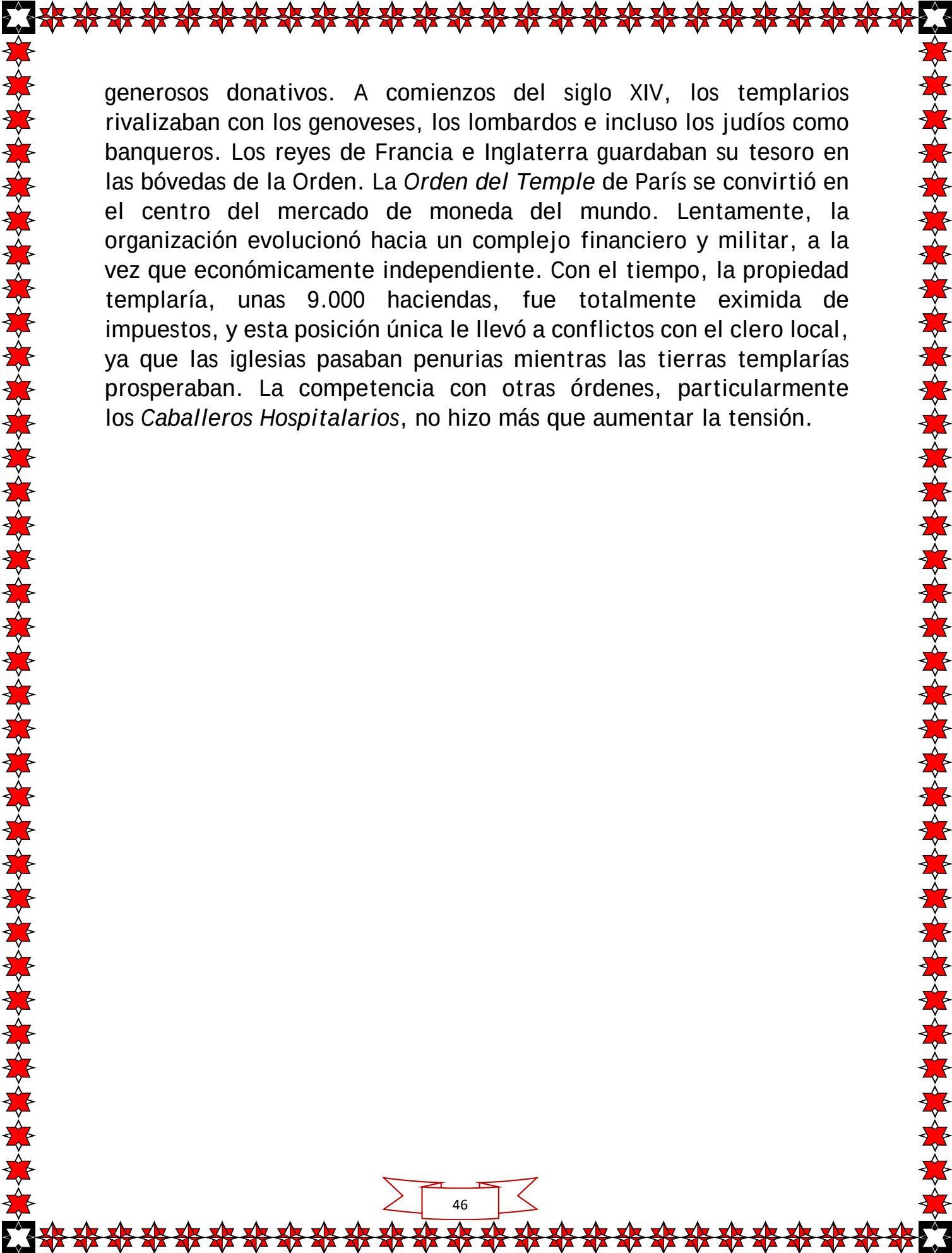
larga, representase una ocasión para asentar sus privilegios, lucrativos o políticos, toda vez que a partir de esta época la Iglesia católica se configuró en Occidente como el Estado más poderoso y acaudalado de la cristiandad, al que sólo los templarios eran capaces de salir fiadores y prestar sumas fabulosas. Los motivos económicos de la aventura cruzada radican precisamente en esta necesidad que tenía la Iglesia de aumentar y consolidar su patrimonio. Las naciones católicas enarbolan el estandarte de la fe y marchan a Tierra Santa a arrojar a los *in-fieles* de los santos lugares y de toda Palestina. Pero a nadie se esconde que tras la pretensión religiosa subyace un programa de conquista de nuevos territorios, encaminado a conseguir que los convoyes y las naves comerciales transiten pacíficamente por las rutas de la seda y de las especias, liberar el Mediterráneo y acceder al exótico mercado de Oriente, como intentaría Marco Polo. En fin, crear un punto de anclaje de ejércitos fieles a la cristiandad (el reino de Jerusalén) que sirviese de arsenal y frontera ante el avance del islam. Y en todo esto, una orden militar como la templaría se revela como algo muy importante y necesario, pues puede actuar en los territorios sometidos como núcleo difusor de ideologías y como cuerpo policial. La carestía, el hambre, las epidemias, la penuria que afligía a las clases populares, sumado a la falta de cultura, hacen de la población europea un terreno fértil donde la exaltación religiosa sembrará la simiente de esperanza que conduce al hombre medieval al fanatismo o a la locura. Los predicadores y la concepción trascendental y última de la existencia, azuzada por la imagen de un más allá terrorífico para una humanidad desasistida y la mayoría de las veces depauperada, es el mecanismo que libera el resorte psicológico por el que las masas adoptan soluciones drásticas y en ocasiones suicidas, ante sus conflictos de identidad colectivos. En este contexto, la santa *cruzada*, emprendida en nombre de Dios para salvación de naciones y de almas, es una solución a corto plazo.



En 1128 la comunidad se había expandido, encontrando apoyo político en lugares poderosos. Príncipes y prelados europeos donaban tierras, dinero y bienes materiales. El Papa finalmente sancionó la Orden y pronto los caballeros templarios se

convirtieron en el único ejército permanente en Tierra Santa. Estaban gobernados por una estricta regla de 686 normas. Estaba prohibida la caza mayor, el juego y la cetrería. La charla se practicaba de forma comedida y sin risas. La ornamentación estaba también prohibida. Dormían con las luces encendidas, vestidos con camisas, chalecos y pantalones, listos para el combate. El maestre era un gobernante absoluto. A su lado estaban los senescales, que actuaban como sustitutos y consejeros. Los *sergents*, en francés, eran los artesanos, trabajadores y asistentes que sostenían a los hermanos caballeros y formaban la columna vertebral de la Orden. Por un decreto papal de 1148, cada caballero llevaba la cruz roja paté de cuatro brazos iguales, ensanchada en sus extremos, encima de un manto blanco. Fueron los primeros en ser disciplinados, equipados y regulados como ejército permanente desde los tiempos de los romanos. Los hermanos caballeros participaron en cada una de las posteriores cruzadas, siendo los primeros en el combate, los últimos en retirarse y nunca caían cautivos. Creían que el servicio en la Orden les procuraría el Cielo, y, en el transcurso de doscientos años de constante guerrear, veinte mil templarios ganaron su martirio muriendo en la batalla.

En 1139, una bula papal situó a la Orden bajo el control exclusivo del Papa, lo que les permitió operar libremente en toda la Cristiandad, sin sufrir la interferencia de los monarcas. Se trataba de una acción sin precedentes, y, a medida que la Orden ganó fuerza política y económica, amasó una inmensa reserva de riqueza. Reyes y patriarcas le dejaban grandes sumas en sus testamentos. Se concedían préstamos a barones y comerciantes con la promesa de que sus casas, tierras, viñedos y huertos pasarían a la Orden a su muerte. Los peregrinos obtenían transporte seguro de ida y vuelta a Tierra Santa a cambio de



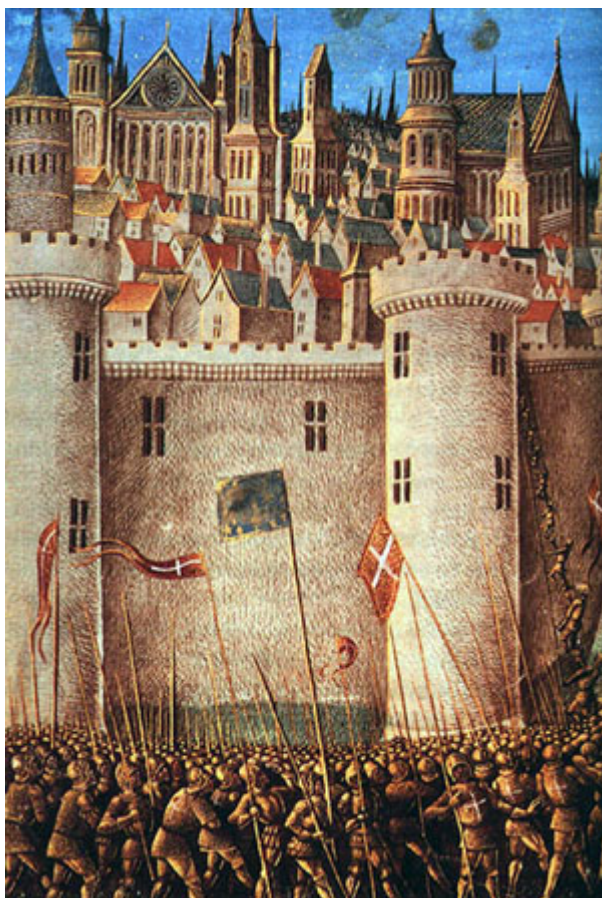
generosos donativos. A comienzos del siglo XIV, los templarios rivalizaban con los genoveses, los lombardos e incluso los judíos como banqueros. Los reyes de Francia e Inglaterra guardaban su tesoro en las bóvedas de la Orden. La *Orden del Temple* de París se convirtió en el centro del mercado de moneda del mundo. Lentamente, la organización evolucionó hacia un complejo financiero y militar, a la vez que económicamente independiente. Con el tiempo, la propiedad templaria, unas 9.000 haciendas, fue totalmente eximida de impuestos, y esta posición única le llevó a conflictos con el clero local, ya que las iglesias pasaban penurias mientras las tierras templarias prosperaban. La competencia con otras órdenes, particularmente los *Caballeros Hospitalarios*, no hizo más que aumentar la tensión.



Durante los siglos XII y XIII, el control de Tierra Santa osciló entre los cristianos y árabes. El ascenso de Saladino como supremo gobernante de los musulmanes proporcionó a los árabes su primer gran líder militar y el Jerusalén cristiano

cayó finalmente en 1187. En el caos que siguió, los templarios confinaron sus actividades a San Juan de Acre, una ciudad fortificada de la costa mediterránea. Durante los siguientes cien años, languidecieron en Tierra Santa, pero florecieron en Europa, donde establecieron una extensa red de iglesias, abadías y haciendas. Cuando Acre cayó en 1291, la orden perdió tanto su último baluarte en Tierra Santa como el propósito de su existencia. Su rígida adhesión al secreto, que inicialmente la mantuvo aparte, con el tiempo alentó la calumnia.

Felipe IV de Francia, en 1307, con un ojo puesto en las vastas riquezas templarias, arrestó a muchos de sus hermanos. Otros monarcas hicieron lo propio. Siguieron siete años de acusaciones y procesos. Clemente V disolvió formalmente la orden en 1312. El golpe final se produjo el 18 de marzo de 1314, cuando el último maestre, Jacques de Molay, fue quemado en la hoguera.



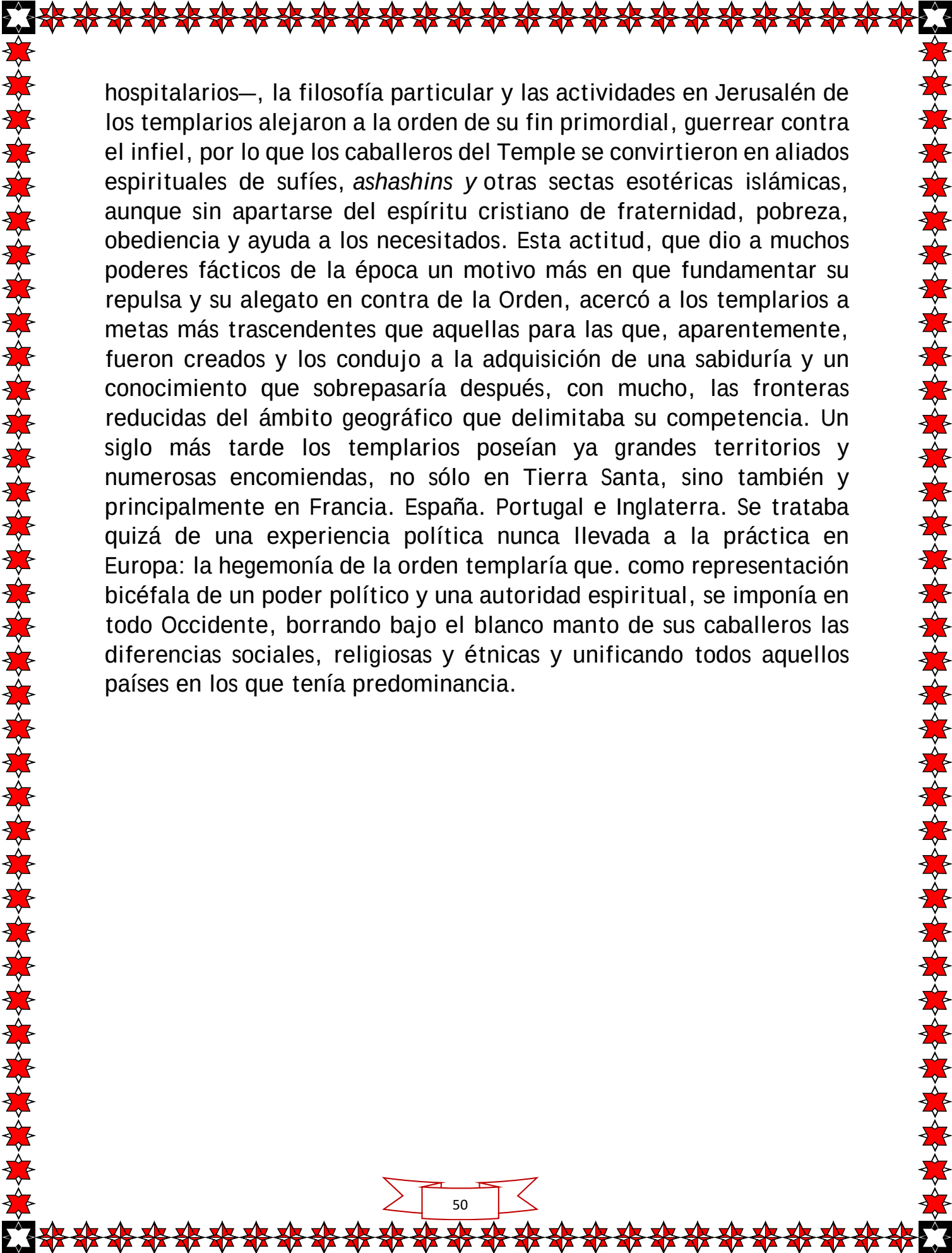
Las tres religiones monoteístas por antonomasia, judaísmo, cristianismo e islam, predicán, en esencia, lo mismo: la salvación del alma por medio de la fe y de las obras. La fe en un único Dios: para los cristianos, el Padre, del que procede el Hijo hecho hombre; para los judíos, Yahvé, que ha elegido y guiado al pueblo israelita, y para los musulmanes, Alá, el Misericordioso, que ha inspirado a Mahoma las enseñanzas del Corán. Pero, por desgracia, estas tres religiones —o, al menos, la interpretación que de ellas y de sus sagrados textos hacen sus sacerdotes y exegetas— son

excluyentes, pese a su monoteísmo y a su creencia en un único Dios misericordioso, justo, sabio y omnipotente. Estas divergencias y la necesidad política de aplicar criterios religiosos a actuaciones en el terreno económico y sociopolítico provocaron durante siglos sangrientas guerras de religión en las que ninguno de los tres credos renunciará a la violencia o a métodos expeditivos para predominar o abrirse camino frente a los otros dos. Más allá de las medidas que en muchos países y en todas las épocas se tomaron contra los judíos (1306, expulsiones masivas en Francia; 1492, expulsión definitiva de Castilla y Aragón), los enfrentamientos entre cristianos y musulmanes provocaron serias crisis de identidad en numerosos pueblos, y en muchos lugares en los que existía una tradición tolerante y una convivencia pacífica de las tres religiones (Toledo, Zaragoza, Narbona) se asistió con horror a pogromos y autos de fe.

La guerra empezaba a ser santa para los cristianos (*bellum justum* y *bellum sacrum*) y para los musulmanes (*yihad*), y el conflicto bélico se

apoyaba en premisas y expectativas que obedecían a motivaciones ya muy antiguas: conquista de nuevos territorios, expansión política sustentada en la expedición militar, sojuzgamiento de etnias extranjeras, sometimiento de credos no ortodoxos, apertura a nuevos mercados e intercambios comerciales. El concepto islámico de *yihad* o el cristiano de «*guerra santa*» se remontan en todos los casos a la tradición más purista y hacen referencia a una actitud personal del individuo para consigo mismo. El creyente debe guerrear contra sí, contra su naturaleza inferior, para acceder a planos superiores de espiritualidad y perfección. La acepción de este concepto que implica combate físico y fanatismo religioso no es propiamente espiritual, pues se fundamenta en una interpretación torcida y falaz de las Sagradas Escrituras. Aprobada oficialmente por la Iglesia católica en 1129, durante el Concilio de Troyes celebrado en la catedral de la misma ciudad, la *Orden del Temple* creció rápidamente en tamaño y poder. Los Caballeros Templarios empleaban como distintivo un manto blanco con una cruz roja dibujada. Los miembros de la Orden del Temple se encontraban entre las unidades militares mejor entrenadas que participaron en las Cruzadas. Los miembros no combatientes de la orden gestionaron una compleja estructura económica a lo largo del mundo cristiano, creando nuevas técnicas financieras que constituyen una forma primitiva de las modernas entidades financieras, y edificando una serie de fortificaciones por todo el Mediterráneo y Tierra Santa. Ninguna orden de caballería o de cariz religioso ha despertado a través de las épocas tanto interés ni ha provocado opiniones y actitudes tan enconadas durante los dos escasos siglos que duró su existencia como la *Orden de los Caballeros del Templo de Jerusalén*, conocida como *Orden del Temple*.

De origen y planteamientos misteriosos pese a sus conocidos estatutos, redactados por San Bernardo de Claraval en 1128, estudiosos, filósofos, teólogos y eruditos de la tradición oculta han investigado hasta la actualidad los fundamentos de esta orden de monjes-soldados, cuyos postulados, en apariencia eminentemente cristianos, conjugaban la vida monástica con su actividad guerrera. Creada la Orden con la finalidad de defender a los peregrinos que acudían a los Santos Lugares de Tierra Santa de todo asalto, violencia o robo —al igual que los



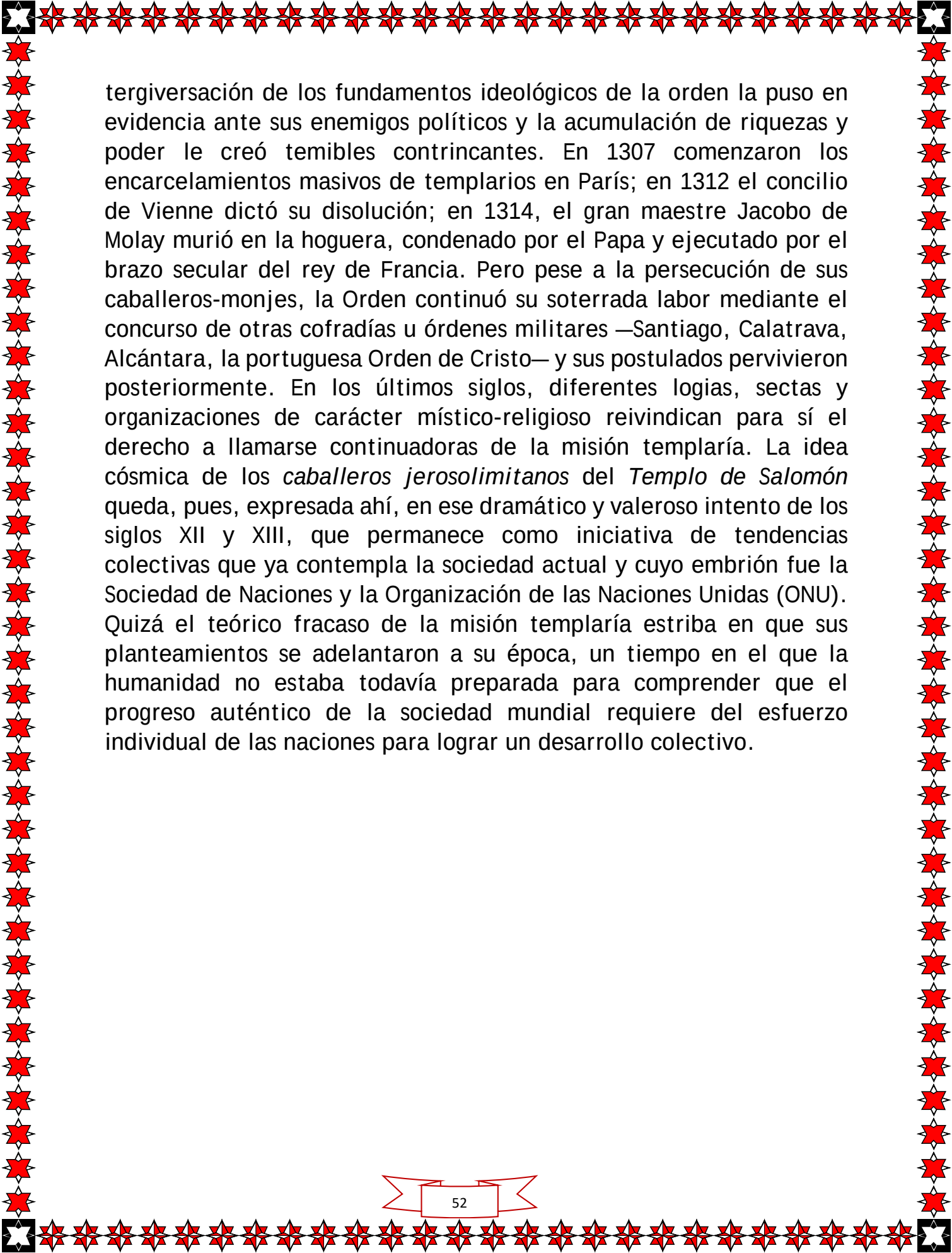
hospitalarios—, la filosofía particular y las actividades en Jerusalén de los templarios alejaron a la orden de su fin primordial, guerrear contra el infiel, por lo que los caballeros del Temple se convirtieron en aliados espirituales de sufíes, *ashashins* y otras sectas esotéricas islámicas, aunque sin apartarse del espíritu cristiano de fraternidad, pobreza, obediencia y ayuda a los necesitados. Esta actitud, que dio a muchos poderes fácticos de la época un motivo más en que fundamentar su repulsa y su alegato en contra de la Orden, acercó a los templarios a metas más trascendentes que aquellas para las que, aparentemente, fueron creados y los condujo a la adquisición de una sabiduría y un conocimiento que sobrepasaría después, con mucho, las fronteras reducidas del ámbito geográfico que delimitaba su competencia. Un siglo más tarde los templarios poseían ya grandes territorios y numerosas encomiendas, no sólo en Tierra Santa, sino también y principalmente en Francia. España. Portugal e Inglaterra. Se trataba quizá de una experiencia política nunca llevada a la práctica en Europa: la hegemonía de la orden templaria que, como representación bicéfala de un poder político y una autoridad espiritual, se imponía en todo Occidente, borrando bajo el blanco manto de sus caballeros las diferencias sociales, religiosas y étnicas y unificando todos aquellos países en los que tenía predominancia.



Todo ello desde el interior de la infraestructura social, política, religiosa y económica. Una solapada tarea cuyos artífices no siempre se mostraron interesados por detentar el poder temporal o apoyarlo y no siempre estuvieron de acuerdo con la política ejercida por los

titulares del papado o el imperio. Entre ellos se contaron monjes que educaron a príncipes; en sus filas militaron los más probados caballeros de la nobleza francesa, alemana, castellana o catalana, y hubo reyes, emperadores y papas que se vincularon secretamente a la orden o la protegieron sin reservas. Pero, entre todos los misterios que rodearon al Temple, el más actual es quizá la idea sinárquica del gobierno del mundo que persiguieron. Sus fundamentos se asentaron en las fuentes de las que, hasta entonces, habían bebido las religiones oficiales, es decir, en las creencias de las religiones mistéricas y en la tradición común al cristianismo primitivo, a los druidas y a los sufíes y gnósticos, entre otras sectas. La idea del mundo gobernado por una élite de hombres virtuosos y justos que no cayesen en las trampas que ofrece el poder político era ya muy antigua y había sido enunciada por epicúreos y estoicos, pero hasta entonces nunca se había intentado seriamente llevarla a la práctica. Quizá Alejandro Magno, Marco Aurelio u otros emperadores romanos o estadistas —de uno u otro signo— de Occidente, en un momento dado de la historia, pretendieron dar cuerpo a un ideal. De sus buenas intenciones sólo quedó, confusa y vaga, una idea de escuálido imperialismo, sin otro motor que el deseo humano de hegemonía y poder ilimitado sobre un pueblo o varios, el dominio del territorio vecino, la superación de la frontera mediante la campaña militar o, en última instancia, la anexión pura y simple de otros Estados a una determinada Corona.

Ésta fue, sin duda, la decadencia templaria. La constatación de que tampoco aquella orden creada con un fin universalista podría superar las trabas del interés político y del ansia de poder humanos. La



tergiversación de los fundamentos ideológicos de la orden la puso en evidencia ante sus enemigos políticos y la acumulación de riquezas y poder le creó temibles contrincantes. En 1307 comenzaron los encarcelamientos masivos de templarios en París; en 1312 el concilio de Vienne dictó su disolución; en 1314, el gran maestro Jacobo de Molay murió en la hoguera, condenado por el Papa y ejecutado por el brazo secular del rey de Francia. Pero pese a la persecución de sus caballeros-monjes, la Orden continuó su soterrada labor mediante el concurso de otras cofradías u órdenes militares —Santiago, Calatrava, Alcántara, la portuguesa Orden de Cristo— y sus postulados pervivieron posteriormente. En los últimos siglos, diferentes logias, sectas y organizaciones de carácter místico-religioso reivindican para sí el derecho a llamarse continuadoras de la misión templaria. La idea cósmica de los *caballeros jerosolimitanos* del *Templo de Salomón* queda, pues, expresada ahí, en ese dramático y valeroso intento de los siglos XII y XIII, que permanece como iniciativa de tendencias colectivas que ya contempla la sociedad actual y cuyo embrión fue la Sociedad de Naciones y la Organización de las Naciones Unidas (ONU). Quizá el teórico fracaso de la misión templaria estriba en que sus planteamientos se adelantaron a su época, un tiempo en el que la humanidad no estaba todavía preparada para comprender que el progreso auténtico de la sociedad mundial requiere del esfuerzo individual de las naciones para lograr un desarrollo colectivo.



El éxito de los templarios se encuentra estrechamente vinculado a las Cruzadas. La pérdida de Tierra Santa derivó en la desaparición de los apoyos de la Orden. Además, los rumores generados en torno a la secreta ceremonia de iniciación de los templarios crearon una gran desconfianza. Felipe IV de Francia, considerablemente endeudado con la Orden, comenzó a presionar al Papa Clemente V con el objeto de que éste

tomara medidas contra sus integrantes. En 1307, un gran número de templarios fueron arrestados, inducidos a confesar bajo tortura y posteriormente quemados en la hoguera. En 1312, Clemente V cedió a las presiones de Felipe y disolvió la Orden. Su brusca erradicación dio lugar a especulaciones y leyendas que han mantenido vivo el nombre de los caballeros templarios hasta nuestros días. Controladas las invasiones musulmanas y vikingas, bien por vía militar o mediante asentamiento, comenzó en la Europa occidental una etapa expansiva. Se produjo un aumento de la producción agraria, íntimamente relacionado con el crecimiento de la población, y el comercio experimentó un nuevo renacer, al igual que las ciudades. La autoridad religiosa, matriz común en la Europa occidental y única visible en los siglos anteriores, había logrado introducir en el belicoso mundo medieval ideas como "*La paz de Dios*" o la "*Tregua de Dios*", dirigiendo el ideal de caballería hacia la defensa de los débiles. No obstante, no rechazaba el uso de la fuerza para la defensa de la Iglesia. Ya el pontífice Juan VIII, a finales del siglo IX, había declarado que aquellos que murieran en el campo de batalla luchando contra el infiel, verían sus pecados perdonados, es más, se equipararían a los mártires por la fe.



Existía, pues, un arraigado y exacerbado sentimiento religioso que se manifestaba en las peregrinaciones a lugares santos, habituales en la época. Las tradicionales peregrinaciones a Roma fueron sustituidas paulatinamente a principios del siglo XI por Santiago de

Compostela y Jerusalén. Estos nuevos destinos no estaban exentos de peligros, tales como salteadores de caminos o fuertes tributos de los señores locales. Pero el sentimiento religioso, unido a la espera de encontrar aventuras y fabulosas riquezas, arrastraron a muchos peregrinos, que al volver a sus hogares relataban sus penalidades. El pontífice Urbano II, tras asegurar su posición al frente de la Iglesia, continuó con las reformas de su predecesor Gregorio VII. La petición de ayuda realizada por los bizantinos, junto con la caída de Jerusalén en manos turcas, propició que en el Concilio de Clermont (noviembre de 1095) Urbano II expusiera, ante una gran audiencia, los peligros que amenazaban a los cristianos occidentales y las vejaciones a las que se veían sometidos los peregrinos que acudían a Jerusalén. La expedición militar predicada por Urbano II pretendía también rescatar Jerusalén de manos musulmanas. Las recompensas espirituales prometidas, junto con el ansia de riquezas, hicieron que príncipes y señores respondiesen pronto al llamamiento del pontífice. La Europa cristiana se movió con un ideario común bajo el grito de "*Dios lo quiere*" (*Deus vult*), frase que encabeza el discurso del concilio de Clermont en que Urbano II convocó la I cruzada.

La primera cruzada culminó con la conquista de Jerusalén en 1099 y con la constitución de principados latinos en la zona: los Condados de Edesa y Trípoli, el Principado de Antioquía y el Reino de Jerusalén, en donde Balduino I no tuvo inconveniente en asumir, ya en 1100, el título de rey. Apenas creado el reino de Jerusalén y elegido Balduino I como su segundo rey, tras la muerte de su hermano *Godofredo de Bouillon*, algunos de los caballeros que participaron en la Cruzada decidieron quedarse a defender los Santos Lugares y a los peregrinos cristianos

que iban a ellos. Balduino I necesitaba organizar el reino y no podía dedicar muchos recursos a la protección de los caminos, porque no contaba con efectivos suficientes para hacerlo. Esto, y el hecho de que Hugo de Payens fuese pariente del Conde de Champagne (y probablemente pariente lejano del mismo Balduino), llevó al rey a conceder a esos caballeros un lugar donde reposar y mantener sus equipos, otorgándoles derechos y privilegios, entre los que se contaba un alojamiento en su propio palacio, que no era sino la *Mezquita de Al-Aqsa*, que se encontraba a la sazón incluida en lo que en su día había sido el recinto del *Templo de Salomón*. Y cuando Balduino abandonó la mezquita y sus aledaños como palacio para fijar el trono en la Torre de David, todas las instalaciones pasaron, de hecho, a los Templarios, que de esta manera adquirieron no sólo su cuartel general, sino su nombre.

Además de ello, el Rey Balduino se ocupó de escribir cartas a los reyes y príncipes más importantes de Europa a fin de que prestaran su ayuda a la recién nacida orden, que había sido bien recibida no sólo por el poder temporal, sino también por el eclesiástico, ya que fue el Patriarca de Jerusalén la primera autoridad de la Iglesia que la aprobó canónicamente. Nueve años después de la creación de la misma en Jerusalén, en 1128 se reunió el llamado Concilio de Troyes que se encargaría de redactar la regla para la recién nacida *Orden de los Pobres Caballeros de Cristo*. El concilio fue encabezado por el legado pontificio D'Albano y al mismo acudieron los obispos de Chartres, Reims, París, Sens, Soissons, Troyes, Orleans, Auxerre y demás casas eclesiásticas de Francia. Hubo también varios abades, como Etienne Harding, mentor de San Bernardo, el propio San Bernardo de Claraval, y laicos, como el Conde de Champagne y el Conde de Nevers. Hugo de Payens expuso ante la asamblea las necesidades de la orden, y se decidieron artículo por artículo hasta los más mínimos detalles de ésta, como podían ser desde los ayunos hasta la manera de llevar el peinado, pasando por rezos, oraciones e incluso armamento. Por lo tanto, la regla más antigua de la que se tiene noticia es la redactada en ese concilio. Escrita casi seguramente en latín, estaba basada hasta cierto punto en los hábitos y usos previos al concilio. Las modificaciones principales vinieron del hecho de que, hasta ese momento, los

templarios estaban viviendo bajo la Regla de San Agustín y el concilio les cambió a la Regla Cisterciense (que no era más que la de San Benito modificada) y que era la que profesaba S. Bernardo.



La regla primitiva constaba de un acta oficial del Concilio y un reglamento de 75 artículos, entre los que se encontraban algunos como el *Artículo X: "Del comer carne en la semana. En la semana, si no es en el día de Pascua de Natividad, o Resurrección, o festividad de nuestra Señora, o de Todos los Santos, que caigan, basta*

comerla en tres veces, o días, porque la costumbre de comerla, se entiende es corrupción de los cuerpos. Si el martes fuere de ayuno, el miércoles se os dé con abundancia. En el Domingo, así a los Caballeros, como a los Capellanes, se les dé sin duda dos manjares, en honra de la santa Resurrección; los demás sirvientes se contenten con uno, y den gracias a Dios". Una vez redactada fue entregada al Patriarca Latino de Jerusalén, *Esteban de la Ferté*, también llamado *Esteban de Chartres*, si bien algunos autores estiman que el redactor pudo ser más bien su predecesor, *Garmond de Picquigny*, que la modificó eliminando doce artículos e introduciendo veinticuatro nuevos, entre los cuales se encontraba la referencia a vestir sólo el manto blanco entre los caballeros y un manto negro para los *sargentos*. Después de recibir la regla básica, cinco de los nueve integrantes de la Orden viajaron —encabezados por Hugo de Payens— por Francia primero y por el resto de Europa después, recogiendo donaciones y alistando caballeros en sus filas. Se dirigieron primeramente a los lugares de los que provenían, con la seguridad de su aceptación y asegurándose cuantiosas donaciones. En este periplo consiguieron reclutar en poco tiempo una cifra cercana a los trescientos caballeros, sin contar escuderos, hombres de armas o pajes.

Importante fue para la Orden la ayuda que en Europa les concedió el abad San Bernardo de Claraval que, debido a los parentescos y las

cercanías con varios de los nueve primeros caballeros, se esforzó sobremanera en dar a conocer a la Orden gracias a sus altas influencias en Europa, sobre todo en la Corte Papal. San Bernardo era sobrino de André de Montbard, quinto Gran Maestre de la Orden, y primo por parte de madre de Hugo de Payens. Era también un creyente convencido y hombre de gran carácter, cuya sapiencia e independencia eran admiradas en muchas partes de Francia y en la propia Santa Sede. Reformador de la Regla Benedictina, sus discusiones con Pedro Abelardo, brillante maestro de la época, fueron muy conocidas. Así pues, era de esperar que San Bernardo aconsejara a la Orden una regla rígida y que les hiciera aplicarse a ella en cuerpo y alma. Participó en su redacción en 1128 en el Concilio de Troyes, introduciendo numerosas enmiendas en el texto básico que redactó el patriarca de Jerusalén, *Etienne de la Ferté*. Y ayudó posteriormente de nuevo a Hugo de Payens redactando una serie de cartas en las que defendía a la *Orden del Templo* como el verdadero ideal de la caballería e invitaba a las masas a unirse a ella. Los privilegios de la Orden fueron confirmados por las bulas papales *Omne datum optimum* (1139), *Milites Templi* (1144) y *Militia Dei* (1145). En ellas, de manera resumida, se daba a los Caballeros Templarios una autonomía formal y real respecto a los Obispos, dejándolos sujetos tan sólo a la autoridad papal; se les excluía de la jurisdicción civil y eclesiástica; se les permitía tener sus propios capellanes y sacerdotes, pertenecientes a la Orden; y se les permitía recaudar bienes y dinero de variadas formas.



Además, estas bulas papales les daban derecho sobre las conquistas en Tierra Santa, y les concedía atribuciones para construir fortalezas e iglesias propias, lo que les dio gran independencia y poder. En 1167, o según ciertos estudiosos, en 1187, se redactaron los *Estatutos Jerárquicos*, especie de reglamento que desarrollaba artículos de la Regla y que regulaba aspectos necesarios que no habían sido tenidos en cuenta por la Regla Primitiva (como la jerarquía de la Orden, detallada relación de la vestimenta, vida

conventual, militar y religiosa, o deberes y privilegios de los hermanos templarios). Consta de más de seiscientos artículos, divididos en secciones. Durante su estancia inicial en Jerusalén se dedicaron únicamente a escoltar a los peregrinos que acudían a los santos lugares, y, ya que su escaso número (nueve) no permitía que realizaran actuaciones de mayor magnitud, se instalaron en el desfiladero de Athlit protegiendo los pasos cerca de Cesárea. Hay que tener en cuenta, de todas maneras, que sabemos que eran nueve caballeros. Pero, siguiendo las costumbres de la época, no se conoce exactamente cuántas personas componían en verdad la Orden en principio, ya que los caballeros tenían todos ellos un séquito, menor o mayor. Se ha venido en considerar que, por cada caballero, habría que contar tres o cuatro personas, por lo que estaríamos hablando de unas treinta o cincuenta personas, entre caballeros, peones, escuderos, servidores, etc. Sin embargo, su número aumentó de manera significativa al ser aprobada su regla y ese fue el inicio de la gran expansión de los *pauvres chevaliers du temple* (*pobres caballeros del templo*). Hacia 1170, unos cincuenta años después de su fundación, los *Caballeros de la Orden del Templo* se extendían ya por tierras de lo que hoy es Francia, Alemania, el Reino Unido, España y Portugal. Esta expansión territorial contribuyó al enorme incremento de su riqueza, que pronto no tuvo igual en todos los reinos de Europa.

Tuvieron una destacada actuación en la segunda cruzada, protegiendo al rey Luis VII de Francia en las derrotas que éste sufrió a manos de los turcos. Hasta tres grandes Maestres Templarios cayeron presos en combate en 30 años: Bertrand de Blanchefort (1157), Eudes de Saint-Amand y Gerard de Ridefort (1187). Pero las derrotas ante Saladino les hicieron retroceder en Tierra Santa. Así, en la batalla de los Cuernos de Hattin, que tuvo lugar el 4 de julio de 1187 en Tierra Santa, al Oeste del Mar de Galilea, en el desfiladero conocido como «*Cuernos de Hattin*» (*Qurun-hattun*), el ejército cruzado, formado principalmente por contingentes templarios y hospitalarios a las órdenes de Guido de Lusignan, rey de Jerusalén, y de Reinaldo de Châtillon, se enfrentó a las tropas del sultán Saladino. Este les infligió una tremenda derrota, en la que cayó prisionero el Gran Maestre de los templarios (Gérard de Ridefort) y perecieron muchos de sus caballeros, aparte de las bajas

hospitalarias. Saladino tomó posesión de Jerusalén y terminó de un manotazo con el Reino que había fundado Godofredo de Bouillón. Sin embargo, la presión de la Tercera Cruzada y, sobre todo, el buen hacer de Ricardo I de Inglaterra (llamado *Corazón de León*) lograron de Saladino un acuerdo para convertir a Jerusalén en una especie de “*ciudad libre*” para el peregrinaje. Después del desastre de Hattin, las cosas fueron de mal en peor, y en 1244 cayó definitivamente Jerusalén, recuperada dieciséis años antes por el Emperador Federico II por medio de pactos con el sultán al-Kamil, y los templarios se vieron obligados a mudar sus cuarteles generales a San Juan de Acre, junto con las otras dos grandes órdenes monástico-militares: los Hospitalarios y los Caballeros Teutónicos.



Las posteriores cruzadas, la Cuarta, la Quinta y la Sexta, a las que evidentemente se alistaron los templarios, o no tuvieron un reflejo práctico en Tierra Santa o fueron episodios demenciales (como la toma de Bizancio en la Cuarta Cruzada). En 1248, Luis IX de Francia (después conocido como San Luis) decide convocar la Séptima Cruzada, y la lidera, pero no conduciéndola a Tierra Santa, sino a Egipto. El error táctico del Rey y las pestes que sufrieron los ejércitos cruzados les llevaron a la derrota de Mansura y al desastre posterior, en el que el propio Luis IX cayó prisionero. Y fueron los templarios, tenidos en alta estima por sus enemigos, los que negociaron la paz y los que prestarían a Luis la fabulosa suma que componía el rescate que debía pagar por su persona. En 1291 tuvo lugar la Caída de Acre, con los últimos templarios luchando junto a su Maestre, Guillaume de Beaujeu, lo que constituyó el fin de la presencia cruzada en Tierra Santa, pero no el fin de la Orden, que mudó su Cuartel General a Chipre, isla que antaño habían poseído tras comprarla a Ricardo Corazón de León, pero que hubieron de devolver al rey inglés ante la rebelión de los habitantes. Esta convivencia de Templarios y soberanos de Chipre (de la familia Lusignan) fue incómoda, hasta el punto que el Temple participó en la revuelta palaciega que destronó a Enrique II de Chipre para entronizar

a su hermano Amalarico II, hecho que permitió la supervivencia del Temple en la isla hasta varios años después de su disolución en el resto de la cristiandad (1310). Los templarios intentarían reconquistar cabezas de puente para su nueva penetración en el Oriente Medio desde Chipre, siendo la única de las tres grandes órdenes de caballería que lo hizo, pues tanto los Hospitalarios como los Caballeros Teutónicos dirigieron sus intereses a diferentes lugares. La isla de Arwad, perdida en septiembre de 1302, fue la última posesión de los templarios en Tierra Santa. Los jefes de la guarnición murieron (Barthélemy de Quincy y Hugo de Ampurias) o fueron capturados, como fray Dalmau de Rocabertí. Este esfuerzo se revelaría inútil, no tanto por la falta de medios o de voluntad, como por el hecho de que la mentalidad había cambiado y a ningún poder de Europa le interesaba ya la conquista de los Santos Lugares, con lo que los templarios se hallaron solos. De hecho, una de las razones por las que al parecer Jacques de Molay se encontraba en Francia cuando lo capturaron era la intención de convencer al rey francés de emprender una nueva Cruzada.

La *I Cruzada*, predicada por Urbano II en el concilio de Clermont-Ferrand (1095), pretendía conquistar territorios, someter al infiel y terminar con las luchas intestinas entre la caballería italiana y sobre todo franca, cuya levantisca nobleza abusa de la población en general, burgueses o siervos, que se ven acosados entre las depredaciones de sus señores naturales y el bandolerismo. Los ejércitos cruzados marchan al unísono bajo la divisa papal: «*Dios lo quiere*». El 15 de julio de 1099, frente a los muros de la ciudad de Jerusalén, tres veces santa, se congrega un poderoso ejército procedente de Constantinopla, adonde han ido convergiendo poco a poco y desordenadamente las mesnadas de diversos señores francos y de la nobleza europea. La considerable fuerza de estos ejércitos consigue abrirse camino hasta Jerusalén y sitiarla. Después de un largo y penoso asedio, las tropas al mando de Godofredo de Bouillon, duque de la Baja Lorena, toman por asalto la ciudad a los musulmanes. Tras el fragor de la batalla, la sagrada ciudad hierve de fuego y de sangre. En sus torreones y en los matacanes de sus murallas ondean las banderas internacionales de los cruzados: acaba de crearse el reino latino de Jerusalén, que quedará

bajo la autoridad de los Bouillon y los Lusignan. Godofredo de Bouillon, incapaz de «*ceñir corona de oro allí donde Cristo sufrió la de espinas*», se declara no rey, sino *Protector del Santo Sepulcro*. Más tarde, los ejércitos cruzados expanden su influencia militar y política en la zona y recaban para sí parte de los territorios ocupados por Siria, donde crean el principado de Antioquía y los condados de Edesa y Trípoli. Para proteger el territorio se habilitan las órdenes de caballería y sus miembros, mitad monjes, mitad soldados, combaten junto a los cruzados, cabalgan al flanco de sus caravanas, recorren las desiertas rutas de Tierra Santa para proteger a los peregrinos de los ataques del bandolerismo y de las escaramuzas de los guerreros musulmanes.



Con este fin se crean las Ordenes del *Temple* (1118), de los *Caballeros Hospitalarios* (1120) y de los *Caballeros Teutónicos* (1198), aunque éstos sólo actuarán fuera de Palestina, en los territorios regados por el Báltico. En 1144, San Bernardo de Claraval, figura señera de la cristiandad que ya se había ocupado de la creación de la orden del Temple, predicó la *I Cruzada* (1144-1148), que fracasó completamente. En ella intervinieron el rey Luis VII de Francia y el emperador de Alemania Conrado III Staufen, quienes acometieron el frustrado asedio de Damasco. Durante la *III Cruzada* (1187) se perdió Jerusalén, aunque se conservaron Jaffa y San Juan de Acre. En ella participaron el rey de Francia Felipe II Augusto, el emperador de Alemania Federico I Barbarroja, que murió ahogado en el Salef mientras se bañaba, y el rey de Inglaterra, Ricardo Corazón de León, quien guerreó incansablemente contra Saladino, pero cuyo comportamiento atizó profundas divisiones entre los príncipes cristianos, ante Felipe Augusto y ante el emperador Enrique VI, de quienes era vasallo. La gloriosa leyenda de Ricardo Corazón de León (1157-1199) no se corresponde con la realidad de los hechos. Rey de Inglaterra, antepuso siempre sus intereses personales a los del reino. Vasallo del rey de Francia, Felipe Augusto, se enemistó con él en Tierra Santa, por lo que este monarca favoreció luego los intereses de Juan Sin Tierra, hermano

de Ricardo, sobre el trono de Inglaterra. En el mismo orden de cosas, durante el asedio a San Juan de Acre (1191), Ricardo ofendió mortalmente al duque Leopoldo de Austria, pues no tuvo reparo en apartar el estandarte que el austriaco había clavado en los muros de la ciudad para colocar el suyo propio. Como represalia, a su paso cerca de Viena y de regreso de la cruzada, el duque lo hizo prisionero y lo retuvo dos años, con la aquiescencia imperial, hasta que Inglaterra pagó el correspondiente rescate.

Los artífices de la *IV Cruzada* (1202) desviaron su objetivo y, azuzados por los intereses comerciales y hegemónicos de Venecia, atacaron Constantinopla, para oprobio de la cristiandad y desesperación de Inocencio III, en lugar de volver a liberar Tierra Santa. Tras la toma de la metrópoli bizantina (1204) se creó un nuevo Estado en la región llamado Imperio latino de Constantinopla, ciudad que sufrió el asedio y la destrucción a manos de los cruzados cristianos y el vandalismo y la codicia de los venecianos, que derruyeron palacios y arrojaron al mar los tesoros artísticos de la Grecia clásica. La *V Cruzada*, predicada en el concilio de Letrán (1215), fue dirigida por el rey Andrés II de Hungría y el rey de Jerusalén, Juan de Brienne. Fue un fracaso. La *VI Cruzada* (1223) fue comandada por el emperador Federico II Hohenstaufen. quien consiguió milagrosamente, sin derramamiento de sangre y tras diversos acuerdos con el sultán de Egipto, el condominio confesional de Jerusalén, Belén y Nazareth, mucho más de lo que habían logrado sus más esforzados predecesores, quizá ayudado en connivencia con los templarios de Jerusalén, según unos, y en franca oposición con éstos, según otros. La *VII Cruzada*, predicada en 1245 en el concilio de Lyon y dirigida en 1248 por San Luis, rey de Francia, atacó el sultanato de Egipto. Esta expedición fue un completo fracaso y pareció que el destino no aprobase maniobra alguna que no fuera encaminada a la conquista de los santos lugares. El rey de Francia cayó enfermo y prisionero de los musulmanes junto a varios caballeros de la nobleza francesa. Por todos ellos se hubo de pagar un crecido rescate para que recuperasen su libertad y pudieran regresar a su país. No contento con este resultado, San Luis organizó la *VIII Cruzada* 20 años después, en 1268, que se encaminó a Túnez, Pero tampoco en esta ocasión se obtuvieron resultados favorables para la causa cruzada. El

rey de Francia, que iba a la cabeza de los ejércitos, y varios miembros de la familia real murieron de peste a las puertas de la ciudad de Túnez (1270).



Templar Church in Luz, France

Pero las cruzadas no respondieron a un ideal eminentemente pacifista y aglutinador de ideales e ideologías, ni entre los europeos ni para con los pueblos sometidos, pues se fueron desviando de su fin principal, la liberación de Palestina. Y el poder de los papas utilizó

las expediciones cruzadas como objetivo para consolidar sus personales intereses o los de la Iglesia. Así, Inocencio III llegó a predicar una cruzada contra los albigenses, también llamados *cátaros* (1208-1213), y Gregorio IX contra el emperador Federico II Staufen, ante los ataques de éste a la liga lombarda o contra el rey de Aragón y Cataluña. Pedro III, cuando éste tomó partido por los sicilianos en contra de la Casa de Anjou, cuyos desmanes en Sicilia había apoyado la Santa Sede y el propio San Luis, rey de Francia (1282). Otras cruzadas se iniciaron impelidas por el fanatismo popular. Ya la I cruzada había empezado con las ardorosas predicaciones de Pedro de Amiens, llamado *el Ermitaño*, que arrastró a una considerable multitud de hombres, mujeres y niños (unos 10.000). Tras numerosas penalidades, sin detenerse ante el saqueo y la violencia cuando necesitaban procurarse alimentos, llegaron a Asia Menor, donde los ejércitos otomanos acabaron con ellos. En 1212 surgió la cruzada *de los Niños*, encabezada por un pastorcillo de Vendôme, en Francia. De nuevo un inmenso tropel de 30.000 niños y jóvenes se dirigió a Jerusalén sin orden ni concierto, y a ellos se añadieron toda suerte de truhanes y fanáticos. En Marsella embarcaron en varias naves, engañados por mercaderes de esclavos que los condujeron a Egipto, donde fueron vendidos como siervos y a los serrallos. En 1250 se repite el fenómeno y se pone en marcha la cruzada *de los Pastorcillos*, en la que participaron miles de jóvenes

alemanes, que fueron pereciendo trágicamente en su marcha hasta Bríndisi.

En la península Ibérica, los monarcas portugueses, castellanos y catalano-aragoneses quedaban exonerados de la participación en las expediciones a Tierra Santa por considerar los papas que la liberación que habían emprendido de la península de la hegemonía musulmana respondía a los mismos ideales de consolidación y defensa de la cristiandad. Para completar el panorama de las expediciones cruzadas, sólo resta añadir que en 1291 los sirios se adueñan definitivamente de todas las posesiones enajenadas por los cristianos europeos y toman San Juan de Acre, Tiro, Beirut y Sidón. Los templarios, que habían representado un gran apoyo para las fuerzas militares y civiles en Tierra Santa y en todo el Mediterráneo, pasan a Chipre, donde permanecerán hasta la disolución de la compañía (1312). Con la conquista de Tierra Santa en 1095 surge el fenómeno de las grandes peregrinaciones de los cristianos europeos a Palestina, deseosos de contemplar el Santo Sepulcro y pisar la tierra sagrada en que Cristo sufrió pasión y muerte. Pero el viaje, ya de por sí plagado de peligros y sobresaltos en territorios cristianos, pese a las bulas papales que establecían inmunidad a los peregrinos y aseguraban la protección eclesial de sus familias, tierras y patrimonios mientras durase su devoto periplo, era todavía más arriesgado en los países delimitados por tierras de *infieles*, pues los viajeros se exponían de continuo a ser asaltados por grupos de bandoleros y, sobre todo, a ser certero objetivo de beduinos saqueadores o de los temibles y fieros *ashashins*. Por este motivo precisamente y para socorrer a los necesitados de ayuda en rutas, pasos y fronteras, a la labor desarrollada por los benedictinos, que ya antes del siglo XI poseían los dos monasterios de Santa María Latina y de Santa María Magdalena, se añade, en 1113, mediante bula papal publicada por Pascual II, la creación de la orden del *Hospital de San Juan Limosnero de Jerusalén*, fundada por Raymond du Puy, cuyos miembros, los hospitalarios, socorren a enfermos y desasistidos, aunque también se ocupan de la seguridad en los caminos. Pese a esto y con una motivación más directamente militar, se funda en 1128 la Orden del Templo de Salomón, una milicia compuesta por monjes-soldados cuyo objetivo primordial es proteger y defender a los

peregrinos cristianos en Tierra Santa, pero también combatir directamente contra el infiel, servir de avanzadilla cristiana en castillos y fortalezas fronterizas con los reinos musulmanes y patrullar las rutas, acompañar caravanas y, más tarde, realizar misiones diplomáticas y secretas de alta envergadura.



“Vos que sois señor de vos mismo deberéis haceros siervo de otro”, especifica el artículo 661 de la Regla. *«Cuando deseéis estar a este lado del mar, se os enviará a Tierra Santa; cuando queráis dormir, deberéis alzaros, y cuando estéis hambriento, tendréis que ayunar».* No hay tranquilidad para el templario, ni molicie. Y su vida se configura como la de las demás órdenes

religiosas, con el añadido de la misión militar, lo que conlleva rudos entrenamientos y considerables renunciaciones. Desde que *Hugo de Payns* es elegido gran maestro (*Magister Militum Templi*, 1118-1136) en Jerusalén, todos sus esfuerzos se encaminan a recabar la aprobación papal de su incipiente orden (concilio de Troyes. 1128) y a la obtención de una regla que la organice como orden eclesiástica y a la vez militar. El gran maestro donará su señorío de Payns o Payens a la orden —donación que enseguida tendrá muchos imitadores— y se dará en cuerpo y alma a sus intereses, para morir en Reims en 1139. La *regla primitiva* estará constituida por los privilegios que concederá el concilio de Troyes a la orden (1128), revisados por el patriarca de Constantinopla (1131) y modificados por la bula papal de 1139. Los *estatutos* se componen de setenta y dos artículos, redactados en latín y traducidos posteriormente al francés, cuyas versiones no siempre coinciden, que establecen votos de pobreza, castidad y obediencia, como todas las órdenes religiosas, además de austeridad y renuncia, ayuno y comedimiento en el comer, en el vestir y en el obrar, censurando toda ostentación, todo lujo o riqueza individual. El templario no posee nada, pero no así la orden, que dispone

de armas, cabalgaduras, pertrechos, iglesias, castillos o casas de labor, y que es considerablemente acaudalada.

Además, se promueve el uso del hábito: sayal pardo o negro para los hermanos y capa blanca, con cruz posteriormente, para los caballeros, que se puede perder si se cometen determinadas y graves infracciones, lo que conduce a uno de los mayores deshones, como la pérdida del caballo. Se impone la abstinencia, pudiendo comer carne sólo tres veces a la semana, la disciplina corporal, un código penal rudimentario para prever infracciones comunes en otras órdenes, tales como extorsión, nepotismo o desertión). También de imponer la imposibilidad de aceptar niños a cargo de la orden, que era práctica habitual en otras órdenes, la prohibición absoluta de trato con mujeres, «*cuyo rostro el caballero evitará mirar*» y a las que jamás podrá besar, aunque sean su madre o su hermana, absteniéndose completamente de «*besar hembra alguna, ni viuda ni doncella*». La admisión en el Temple impone ciertos requisitos, tales como estar sano y no sufrir enfermedades, tales como la sífilis y otras venéreas, propias de la caballería desenfrenada de la época, y la epilepsia, para muchos clara señal de posesión diabólica. También se especifica que no se tiene que haber sido arrojado de otra orden, norma también común a todas las instituciones religiosas, sobre todo a las órdenes militares, pues los hospitalarios se nutrían también de proscritos y vividores arrepentidos en mayor o menor medida. Otra obligación era no estar excomulgado ni frecuentar personas que la Iglesia hubiese postergado, aunque la bula de 1139 permite al excomulgado, si existe retractación pública y el obispo provincial lo absuelve, ser recibido en la Casa «*con misericordia*».



Pero el principal requisito era haber sido armado caballero, y ser hijo de caballero y de dama o descendiente de caballeros por línea paterna. Los plebeyos que no habían accedido a este rango se conformarán con entrar en la orden como *sargentos*. No obstante, esta precaución, el Temple contó entre sus filas con lo más florido de la baja

nobleza europea, aunque tampoco faltaban miembros de la alta, segundones y jóvenes pendencieros cuyo ideal de vida era libertino y competitivo, que recorrían Europa de torneo en torneo y de justa en justa para mostrar unas dotes de valentía y arrojo rayanas con la temeridad y lindantes con el desacato al orden feudal secular. La Orden les exigirá que estén a la altura de las circunstancias en el campo de batalla: no podrán abandonar la lucha mientras no se vean asediados por más de tres contrincantes (los *ashahins* no retrocedían ante siete); si son hechos prisioneros, no podrán ser rescatados con dinero. Cuando los sarracenos les ofrezcan la libertad a cambio de la apostasía, ellos deberán ofrecer su cuello. El hábito, la cruz roja anclada sobre el hombro izquierdo, paté, con los extremos incisos, los pendones y banderines, además del *baussant*. la bandera partida en dos cuarteles, uno blanco y otro negro, símbolo de la orden, los sellos, el aseo y el aspecto exterior (pelo corto y barba larga), la vestimenta militar (cotas de malla, armas), las monturas y cabalgaduras —caballos de combate, palafrenes y bestias de carga; un caballo para los sargentos, tres para los caballeros, cuatro para los dignatarios y cinco para el maestre, pues dispone además de un turcomano— son objeto de otros muchos artículos de la regla, algunos de ellos muy curiosos. Especialmente los que hacen referencia a la caza, actividad prohibida para el templario a la que con tanta fruición acostumbraban a entregarse los nobles medievales, tanto de Oriente como Occidente,

con la salvedad de la caza del león, «*bestia predilecta del diablo en la que se encarna*».

Existen asimismo los llamados «*complementos a la regla o modificaciones*» (*retraits*, en la versión francesa), redactados entre 1156 y 1169. En ellos se expone el procedimiento de recepción de un hermano caballero en la orden, que extiende también su protección a sus padres, familiares cercanos y a dos o tres amigos íntimos del postulante. Por esta ceremonia, el recién llegado es introducido en un oratorio o habitación anexa en una casa de la Orden y asiste a una entrevista con el gran maestro o el preceptor, ante el que se inclina y cuyos labios besa (tradición corriente que pone en práctica el ósculo de la paz). Luego y por tres veces consecutivas, la última después de orar en soledad, debe responder a las preguntas rituales: ¿Desea entrar en el Temple y abandonar el siglo? ¿Es libre para ello? ¿No le persigue la justicia? ¿Confiesa no adolecer de enfermedad alguna? Para ser admitido a la Orden, ¿ha realizado regalos a algún dignatario de la orden? ¿Se compromete a la pobreza, etc.? Además, debe escuchar las advertencias y le es leída la regla. El nuevo templario jura, y eso es todo. Muy diferente será lo que luego, durante el proceso en Francia de 1307-1314, confiesen muchos caballeros en cuanto al protocolo de admisión en el Temple, a las ceremonias secretas y a los supuestos ritos heréticos de iniciación. Pero en los albores del siglo XII los caballeros inclinan la cabeza y meditan ante las palabras que definen la ardua y futura vivencia que tendrán como soldados de Cristo: «*Vos que sois señor de vos mismo deberéis haceros siervo de otro-, como el pontífice romano («Siervo de los siervos de Dios») y como el propio Jesucristo: «El Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida en rescate por muchos*». Se trata, en definitiva, de una experiencia de carácter religioso, del abandono de la banalidad del mundo, de la búsqueda de la ascesis, de la entrega al servicio solidario de los desventurados y desprotegidos y de la defensa de los valores y lugares más valiosos para la cristiandad.



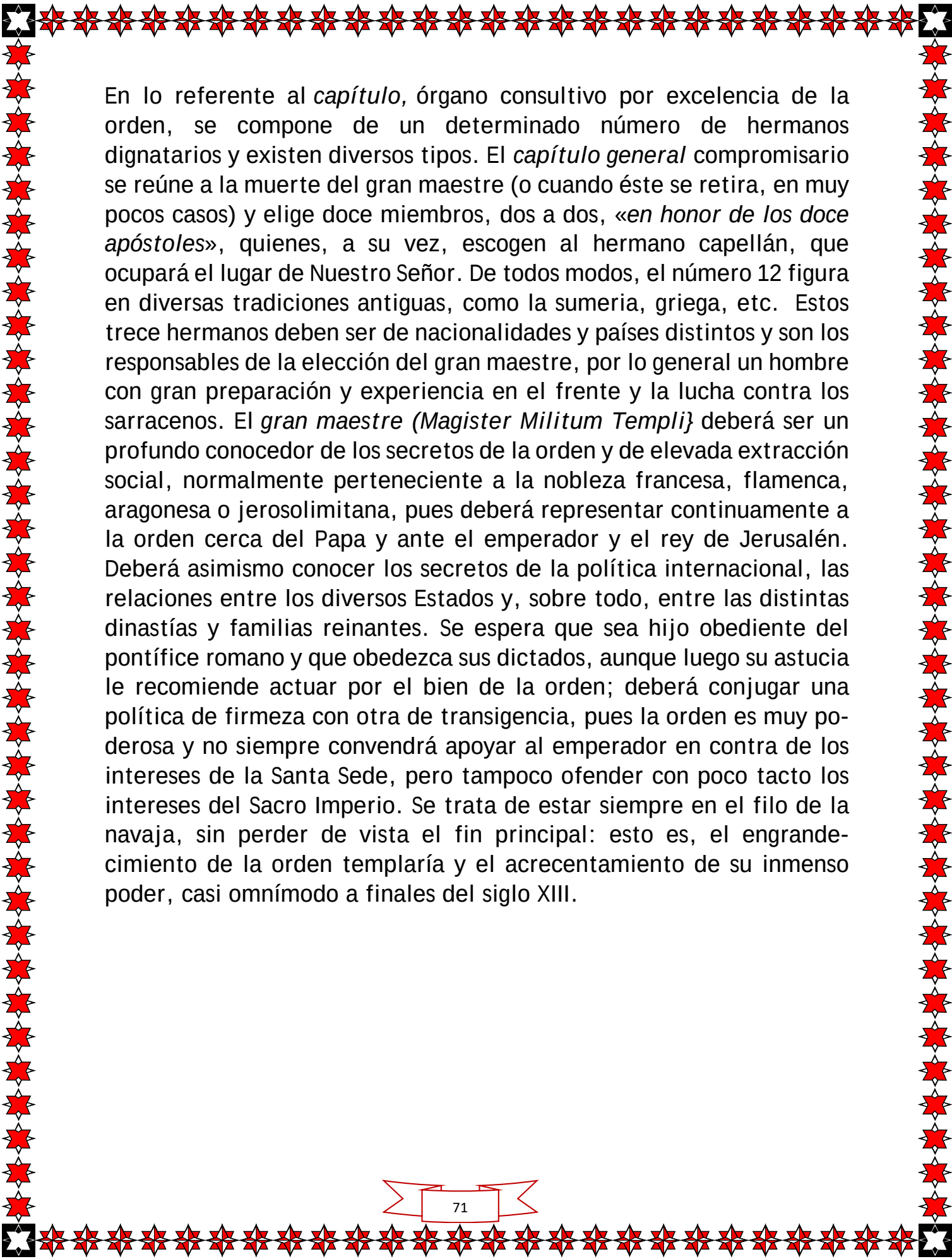
La Orden precisa de una estructura concreta y se establece una configuración piramidal, reflejo del orden feudal. Desde el hermano lego a los más elevados jerarcas, el Temple imita el estamento militar y la distribución

interna por escalafones jerarquizados de las restantes órdenes religiosas, sobre todo las benedictinas. En la cúspide de esta pirámide se halla el *gran maestro*, quien sólo responde ante el Papa y ante el capítulo, en el que intervienen los dignatarios presentes en Tierra Santa en el momento de una determinada consulta. Le sigue el *senescal* de la orden, segundo cargo en importancia, pero que curiosamente despliega menos poder y presenta menor número de atribuciones que el *mariscal*. El *comendador* es el encargado de la tesorería y la intendencia general. Existe un comendador de Tierra Santa, de especial importancia, y uno más para las circunscripciones generales: Trípoli y Antioquia, Francia-Inglaterra, puesto que el rey de Inglaterra era vasallo del rey francés, aunque en ciertas épocas fuera más poderoso, como fue el caso de Ricardo Corazón de León, Aragón-Provenza, Castilla-León-Portugal, Italia Meridional y Hungría. Al comendador siguen los *provinciales* o *preceptores*, resultado de la división del orbe cristiano en provincias o preceptorías. Francia reúne cinco: Normandía, Île-de-France, Picardía, Lorena-Champagne y Borgoña. España dos: Portugal-Castilla-León y Aragón-Cataluña-Provenza, que luego se diversificarán, a medida que vaya avanzando la Reconquista en la península Ibérica, donde los templarios combaten en primera línea y crean fortalezas paralelas a los *ribats* sarracenos.

Luego siguen los *hermanos caballeros* y los *capellanes* sacerdotes; después los *sargentos* y finalmente los hermanos *legos*. Tras éstos va todo un gentío de escuderos, pajes, arqueros, mozos, mancebos y todo tipo de servidores al cuidado de la intendencia de las casas. Los *milites ad terminum* son, dentro de los *fratres milites* o *freires*, los soldados-monjes templarios, los caballeros que, según una costumbre caballeresca propia de la nobleza, se comprometen a formar parte de

la orden durante un año, al término del cual la abandonan y parten para sus tierras, después de realizar una estadía en sus filas como si se tratase de un servicio militar de élite. Las mujeres no pueden entrar en la orden, quedando ésta reservada exclusivamente a los varones. Los *donados* son hombres que, viviendo cerca de las encomiendas, «se entregan en cuerpo y alma al Temple» para recabar la protección de la Orden, que en Europa es poderosa, contra los abusos de los señores feudales o el pillaje, o bien para obtener un entierro digno en el cementerio de las encomiendas templarías. Para todo lo cual se *dan* a la orden, a cambio de entregarle sus bienes a su muerte o de una donación en metálico, rentas o diezmos. Había tres clases de *dación*: La *simple* (con fines espirituales); la *remunerada* o mercenaria, y la *dación per hominem* o en servidumbre. En Tierra Santa, donde radica la casa *presbiteral* o casa madre, hay otros cargos: *submariscal*, *gonfalonero* y *turcoplier* (jefe de la caballería ligera turca compuesta por los arqueros a caballo). Aún existen otras categorías: *bailíos* o responsables de un bailiaje o pequeña circunscripción y hermanos *visitadores*, encargados de la supervisión del correcto funcionamiento de las encomiendas.





En lo referente al *capítulo*, órgano consultivo por excelencia de la orden, se compone de un determinado número de hermanos dignatarios y existen diversos tipos. El *capítulo general* compromisario se reúne a la muerte del gran maestro (o cuando éste se retira, en muy pocos casos) y elige doce miembros, dos a dos, «*en honor de los doce apóstoles*», quienes, a su vez, escogen al hermano capellán, que ocupará el lugar de Nuestro Señor. De todos modos, el número 12 figura en diversas tradiciones antiguas, como la sumeria, griega, etc. Estos trece hermanos deben ser de nacionalidades y países distintos y son los responsables de la elección del gran maestro, por lo general un hombre con gran preparación y experiencia en el frente y la lucha contra los sarracenos. El *gran maestro* (*Magister Militum Templi*) deberá ser un profundo conocedor de los secretos de la orden y de elevada extracción social, normalmente perteneciente a la nobleza francesa, flamenca, aragonesa o jerosolimitana, pues deberá representar continuamente a la orden cerca del Papa y ante el emperador y el rey de Jerusalén. Deberá asimismo conocer los secretos de la política internacional, las relaciones entre los diversos Estados y, sobre todo, entre las distintas dinastías y familias reinantes. Se espera que sea hijo obediente del pontífice romano y que obedezca sus dictados, aunque luego su astucia le recomiende actuar por el bien de la orden; deberá conjugar una política de firmeza con otra de transigencia, pues la orden es muy poderosa y no siempre convendrá apoyar al emperador en contra de los intereses de la Santa Sede, pero tampoco ofender con poco tacto los intereses del Sacro Imperio. Se trata de estar siempre en el filo de la navaja, sin perder de vista el fin principal: esto es, el engrandecimiento de la orden templaria y el acrecentamiento de su inmenso poder, casi omnímodo a finales del siglo XIII.



El gran maestro posee una autoridad ilimitada, pero sus decisiones deben ser respaldadas y sancionadas por el capítulo, que en muchas ocasiones actúa como consejero. Su deber es dar consejo; la obligación del gran maestro es

solicitarlo. De cualquier modo, la autoridad de este supremo dignatario de la orden era indiscutible y estaba desligada de todo arbitrio de las autoridades religiosas e incluso temporales. Solo debe obediencia al Papa. Ni siquiera los obispos pueden excomulgar a los templarios, ni a sus vasallos ni a sus deudos territoriales, lo que los hace inviolables. Cuánto menos discutir su autoridad, que a partir de la bula de 1139 pasa por encima de la hegemonía del patriarca de Jerusalén. En la historia del Temple, desde Hugo de Payns a Jacobo de Molay, la elección de todos los grandes maestros obedeció a motivos bien precisos y conformes a los intereses de la Orden. No obstante, no todos ellos supieron estar a la altura de las circunstancias, tal como muestra el caso de Gerardo de Ridefort (1184-1191). Por lo general y según diversos autores, se considera que han habido veintidós grandes maestros. Tras la marcha de Hugues de Payns a Europa, donde pasará tres años (de 1127 a 1130), los caballeros del Templo que permanecen en Tierra Santa se inician en su auténtica misión: no sólo proteger a peregrinos sino guerrear contra el infiel. Este extremo había despertado ya serias dudas en los contemporáneos de la Orden y para los propios templarios que quedan en Jerusalén no faltan ocasiones en las que las dudas afloran y crean conflictos de conciencia. En 1129 los templarios se deben enfrentar definitivamente a los infieles y entrar en combate. Mueren y dan muerte, e incluso son derrotados. Pese a los fundamentos de la orden, estas circunstancias no dejan de crear graves crisis de conciencia, por lo que san Bernardo escribe su famoso *De laude novae militiae* (*Elogio de la nueva milicia*), texto en el que exhorta a sus hijos predilectos a perseverar en sus fines espirituales y en su misión de lucha, pues es ésta necesaria a la cristiandad para salvaguardar la libertad de practicar la verdadera fe.

Bernardo recurre a la idea de guerra santa y del premio final —el paraíso—, a semejanza del concepto musulmán que maneja la *yihad*, y afirma que «*Cristo es la recompensa de la muerte cuando se muere luchando contra el infiel*», pues si en la batalla encuentra la muerte, el *milites* «*se reunirá con el Señor*».

A partir de entonces los hermanos templarios lucharán valientemente y se erigirán, junto a los hospitalarios de San Juan, en la fuerza de vanguardia de numerosos conflictos armados. Se distinguirán por su bravura y su arrojo, pero también la historia les reprochará su avaricia de riquezas y su injerencia en los asuntos internos del reino de Jerusalén. *Non nobis, Domine, non nobis, sed Nomini tuo da gloriam* es la divisa de los caballeros de Cristo, el himno que entonan los templarios en Tierra Santa y muy pronto en todo el mundo civilizado: «*No a nosotros, Señor, no a nosotros, sino a tu Nombre sea dada toda la gloria*». A Hugues de Payns sucede en la jefatura de la orden Roberto de Craon (1136); a éste, Everardo des Barres (1149), y a éste Bernardo de Trémelay, que morirá en el sitio de Ascalón (1153). Durante todo este tiempo los templarios han intervenido como fuerza de choque y de élite en las operaciones bélicas desarrolladas durante la II Cruzada y la sede *presbiteral* de la orden ha permanecido en Jerusalén, con un destacamento preparado para la intervención militar que constaba de diez caballeros templarios y un séquito de sargentos, escuderos, pajes de armas y arqueros, que escoltan en todo momento a los peregrinos, pues la regla establece que el comendador de la Orden debe proveerse de una tienda, animales de carga y víveres «*para socorrer a los peregrinos o para atender a los heridos cuando los hubiere en batalla*».

Pese a todo, también se producen derrotas e incluso se acusa a la orden de irregularidades y preferencias en el terreno político o a la hora de atacar una plaza. La definitiva consolidación de la Orden como tal obedece a la aprobación de los estatutos por parte del Papa, por lo que éste publica diversos documentos que, en forma de bula, acaban por dar forma y moldear los principios por los que se regirá la Orden.



En 1139 Inocencio II publica la bula *Omne datum optimum*, cuyo texto define aspectos importantes para la Orden, regida entonces por Roberto de Craon, y recuerda a sus adeptos que su misión es renunciar a la violencia del siglo. Es conocido el problema que la sociedad feudal planteaba en los Estados europeos

más desarrollados, infestados literalmente de caballeros de la baja y mediana nobleza cuya única ocupación es sembrar el pánico en las comarcas feudatarias, recurrir a tropelías para su continua diversión y hacer de la caballería una suerte de pillaje con patente de corso. El Papa quiere a sus hijos caballeros y soldados, pero de Cristo, y les concede el distintivo de la cruz que luego llevarán sobre su hábito. Esta bula viene a sumarse al ya conocido *De laude* y a la redacción de la *regla* de 1128, cuyo fin primordial es conjugar el difícil papel del templario como caballero y como monje a la vez, y se considera como el documento por antonomasia que estructura a la orden y la configura definitivamente como orden militar. También le concede especiales prerrogativas, de muchas de las cuales ya gozaban los cistercienses y los hospitalarios, y la sitúa bajo la única jurisdicción de la Santa Sede, pasando sobre la autoridad de los obispos y clérigos. En otro orden de cosas, la bula explícita convenientemente la autoridad del maestre de la orden (luego llamado «*gran maestre*»), de autoridad inapelable, a quien los hermanos deberán obediencia absoluta. Da asimismo derecho al Temple para que posea sus propios sacerdotes (capellanes) y le otorga exención de los diezmos, extremo éste que resultaría muy impopular entre los eclesiásticos, sus destinatarios habituales, privilegio del que, hasta entonces, sólo disfrutaba el Císter. En 1143 el papa publica otra bula. *Milites Templi* («*Los soldados del Templo*»), que concede a la orden la prerrogativa de que sus capellanes puedan celebrar misa en los lugares declarados en entredicho por la Iglesia. En 1145, Inocencio II da la tercera bula que acabará por dar cuerpo a toda la normativa de la Orden del Temple, el texto que comienza con las palabras *Militia Dei* («*Soldados de Dios*»), por el que los templarios

quedaban facultados para poseer sus propios cementerios, iglesias y oratorios.

Otras bulas posteriores, entre ellas *Quanto devotius divino* 1256, Alejandro IV), que confirma la exención de impuestos a los templarios. Las de 1307, *Pastoralis praeeminentiae*;. 1308, *Faciens misericordiam*, y 1312, *Vox in excelso* y *Considerantes dudum*, publicadas todas por Clemente V, disuelven la orden y prevén los procedimientos para el proceso incoado a los caballeros. Son testimonio de la vinculación definitiva de la orden templaria a la Santa Sede y la configuración de ésta como su única y superior jerarquía.

Roberto de Craon (1136-1149), segundo gran maestre de la orden, después de vivir largos años en las cortes de Angulema y Aquitania, viaja a Tierra Santa donde, contra todo pronóstico, se aleja del mundo y entra en la orden (1126). Elegido senescal y más tarde gran maestre, se ocupó, como muchos otros dignatarios del Temple, en estrechar lazos con las dinastías reales de Oriente y de llevar a cabo una política de ecumenismo en el terreno religioso, distinguiendo entre ocupación de los Santos Lugares y tolerancia entre las tres religiones monoteístas. Se interesó por la regulación de la orden y la consecución de determinados privilegios, que cobraron cuerpo en las bulas pontificias. Salvó la vida a Luis VII. Tras la toma del condado de Edesa por parte de las fuerzas musulmanas, el 1 de diciembre de 1145, el papa Eugenio III llama a la II Cruzada y dispone que la encabece el rey de Francia, Luis VII. San Bernardo predica la cruzada en Vézelay, lo que aporta gran autoridad a la empresa, pues de todos es conocida la fama de sabio y de cristiano sin tacha de la que goza el abad de Claraval. Precisamente su elocuencia hará que participe, a expensas de lo que el pontífice romano había dispuesto, el emperador de Alemania, Conrado III. La cruzada, que fue un esfuerzo conjunto de todos los ejércitos cristianos, respondió al impulso de los cruzados y de los templarios destacados en Tierra Santa, que actuaron como un solo hombre; como si todos los combatientes hubieran sido templarios (y hospitalarios, pues también éstos combaten), pues así lo habían jurado las huestes cristianas, dispuestas a luchar hasta el final siguiendo los pasos del maestre del Temple, Everardo des Barres. Pero la cruzada termina con un rotundo fracaso, al que siguió el de la expedición de

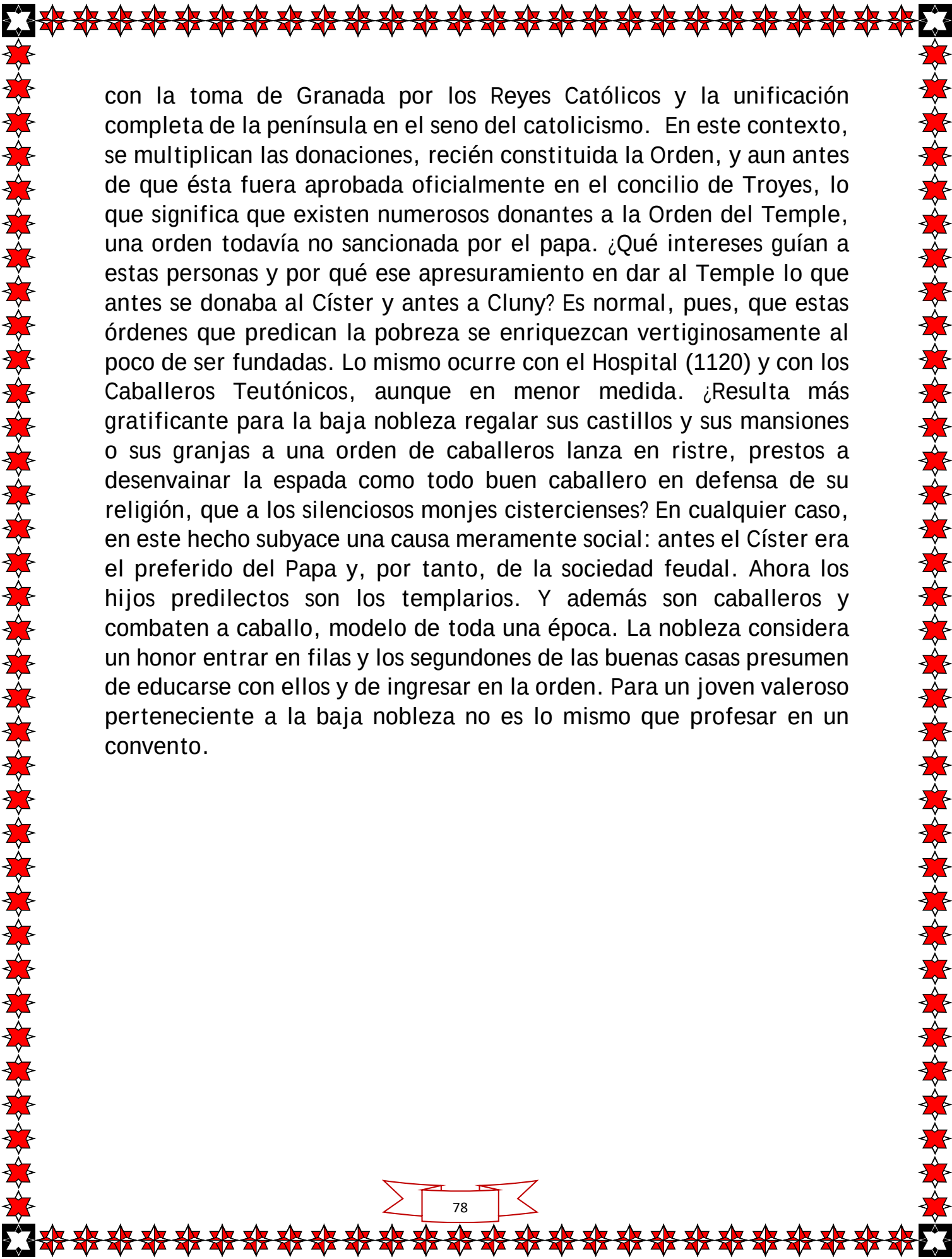
Damasco, entre otras cosas a causa de las diferencias entre el rey de Francia. Luis VII y su esposa. Leonor de Aquitania, quien se apresura a hacer públicas sus desavenencias conyugales y se inclina en exceso hacia el apuesto Raimundo de Antioquía. O las divergencias entre el rey de Jerusalén, Balduino III, y su madre, la reina Melisenda, que ejerce la regencia y se apoya en el Temple. También la traición y la felonía se insinúan como otros tantos motivos de la pérdida de Damasco. Y los sultanes Unur y Nur al-Din juegan la baza de la conspiración en el seno de las tropas cristianas. Sin embargo, se acusa a los templarios de pasividad, e incluso de complicidad, ante la pérdida de la alianza damascena con Jerusalén y del absurdo ataque a la ciudad.

Everardo des Barres 11149-1152), que ya era maestre de Francia, había sido nombrado gran maestre de la orden en 1149, a la muerte de Roberto de Craon. Tras el desastre de la II Cruzada, regresa a Francia para acompañar al rey Luis VII pero vuelve enseguida a Palestina, donde permanece unos pocos años. Finalmente se trasladará a Claraval, donde profesa como cisterciense, para morir en 1174 o 1176.. Las tropas cristianas sitian la ciudad *Ascalón, Tierra Santa*. En la refriega intervienen los templarios valerosamente, siempre actuando como cuerpo de élite, pero los pierde su jactancia o su excesiva confianza. Cuarenta caballeros de la orden entran por una brecha de la muralla en el recinto sitiado, con tal premura que se desvinculan del resto del ejército. Como consecuencia son apresados y muertos; sus cadáveres son colgados de los matacanes de la fortaleza, de cuyas almenas penden. Entre los caídos, para consternación de todos, se encuentra el gran maestre, *Bernardo de Trémelay* (1152-1153). Finalmente, la ciudad es tomada, pero se acusa a los templarios en general, y a Trémelay en particular, de negligencia y de avaricia, pues se les supone deseosos de apoderarse de las riquezas de la ciudad. A Bernardo de Trémelay le sucede, en teoría, Andrés de Montbard (1153-1156). Con la creación de la orden y su instalación en Tierra Santa surgió inmediatamente un fenómeno de solidaridad y cooperación con sus promotores y empezaron a llover las *donaciones* a la Orden del Temple, procedentes de los lugares más dispares, aunque consistentes en su mayoría en tierras, castillos, casas, heredades, fincas de labor y bienes inmuebles en general.



La más importante, por ser la primera de ellas, de la que disfrutó la orden fue la propiedad rural del primer gran maestre, quien donó a la causa sus posesiones de Payns, en Francia (1118). A esta donación siguieron otras numerosas y muy pronto se contó con un patrimonio de primera magnitud, consistente en terrenos rurales y de explotación agropecuaria. Muy pronto la orden se extendería como un Estado dentro de los Estados de Europa y se haría inmensamente rica y poderosa. Pero, curiosamente, las primeras donaciones no tienen lugar en Francia, sino en Portugal y en Castilla. ¿Cómo una orden religioso-militar recién fundada recaba semejante apoyo en lugares tan distantes del emplazamiento de su casa matriz? Sin duda esta pasión por la Orden se refiere a sus ideales, pues es la primera que, sirviendo a los intereses de la cristiandad y del Papa, posee personalidad propia para tomar la espada, lo que estaba vedado hasta entonces a las comunidades católicas, y para correr la primera a la vanguardia de las tropas cristianas y enfrentarse con el enemigo sarraceno. Quizá en el incipiente Portugal y en Castilla-León, reinos acosados por este mismo enemigo, siempre acechante tras unas fronteras demasiado borrosas, se comprende perfectamente la iniciativa de los templarios, pues luchan en el frente. De hecho, pasando el tiempo, la Orden, que había establecido dos preceptorías en territorio hispano, las equiparará en rango y prioridad a la preceptoría de Tierra Santa, distinguiendo así las tierras de retaguardia de las que se encuentran en el *frente de batalla*, sostenidas éstas por la aportación económica de las primeras, pues se considera la península Ibérica y sus territorios como inmersos en «*cruzada*» permanente.

Normalmente los reyes cristianos respondían a la llamada de un determinado pontífice, que apelaba a la ayuda de príncipes católicos y reyes cristianos, sobre todo los de Francia. Los monarcas hispano visigodos y sus descendientes estaban exonerados de semejante concurso por considerar la Iglesia católica que su labor prioritaria debía realizarse en la península Ibérica, hasta lograrse la erradicación total del islam en los territorios peninsulares, lo que se concluyó en 1492

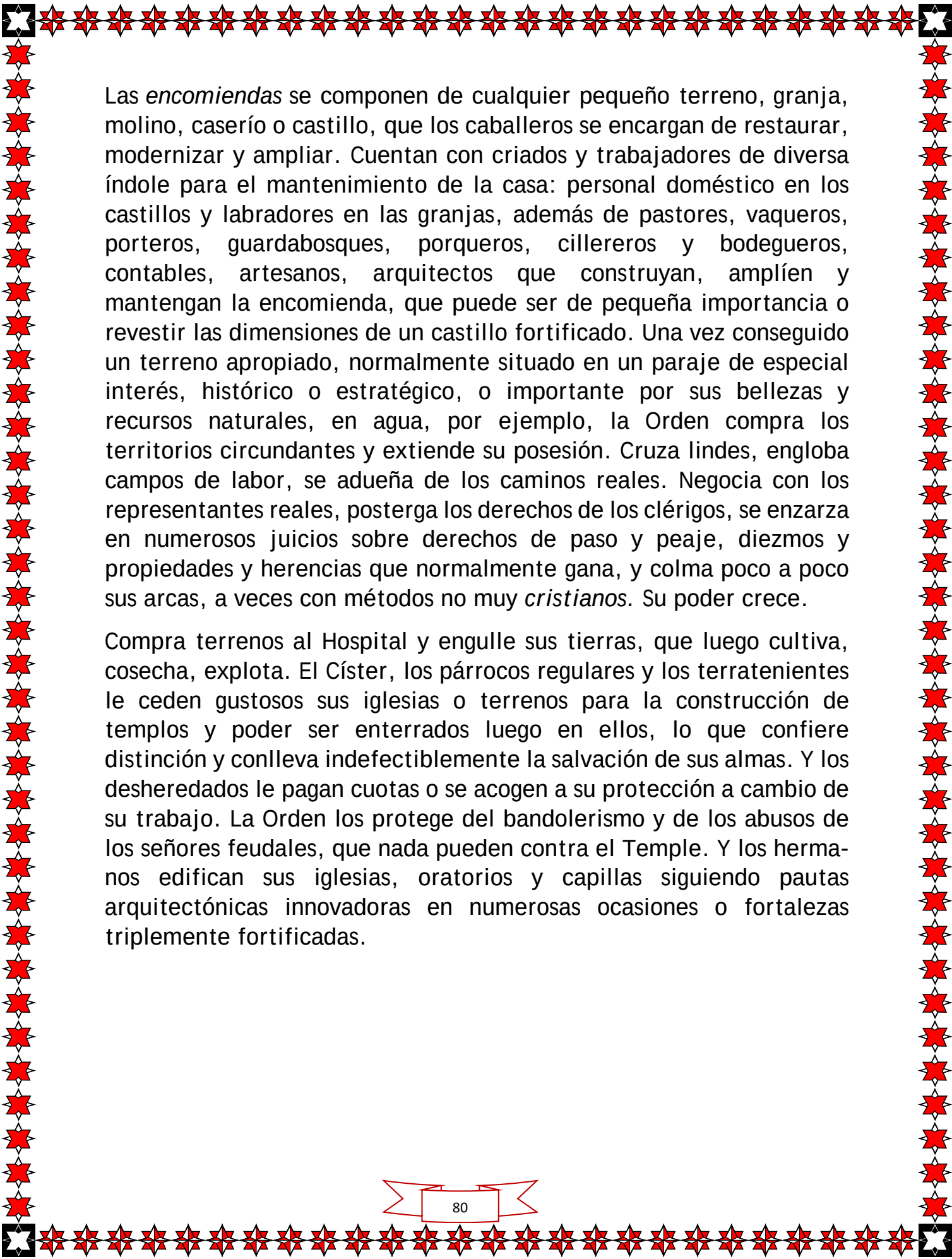


con la toma de Granada por los Reyes Católicos y la unificación completa de la península en el seno del catolicismo. En este contexto, se multiplican las donaciones, recién constituida la Orden, y aun antes de que ésta fuera aprobada oficialmente en el concilio de Troyes, lo que significa que existen numerosos donantes a la Orden del Temple, una orden todavía no sancionada por el papa. ¿Qué intereses guían a estas personas y por qué ese apresuramiento en dar al Temple lo que antes se donaba al Císter y antes a Cluny? Es normal, pues, que estas órdenes que predicán la pobreza se enriquezcan vertiginosamente al poco de ser fundadas. Lo mismo ocurre con el Hospital (1120) y con los Caballeros Teutónicos, aunque en menor medida. ¿Resulta más gratificante para la baja nobleza regalar sus castillos y sus mansiones o sus granjas a una orden de caballeros lanza en ristre, prestos a desenvainar la espada como todo buen caballero en defensa de su religión, que a los silenciosos monjes cistercienses? En cualquier caso, en este hecho subyace una causa meramente social: antes el Císter era el preferido del Papa y, por tanto, de la sociedad feudal. Ahora los hijos predilectos son los templarios. Y además son caballeros y combaten a caballo, modelo de toda una época. La nobleza considera un honor entrar en filas y los segundones de las buenas casas presumen de educarse con ellos y de ingresar en la orden. Para un joven valeroso perteneciente a la baja nobleza no es lo mismo que profesar en un convento.



En 1127, el templario *Guilhelme Ricard* viaja a Portugal como maestre de este reino para ocupar la encomienda que se crea en *Fonte Arcada* y el *concejo de Peñafiel*, regalo de la reina Doña Teresa. La reina Doña María les hace donación del castillo de Soure. En 1129 la orden recibe Calatrava la Vieja y, en Francia, la iglesia de Saint-Jean-Baptiste de Aviñón. En 1130 el conde de Barcelona Ramón Berenguer III dona Grañena y entra en la Orden. Las donaciones de reyes y príncipes soberanos se multiplican. A sólo tres años de la fundación oficial de la Orden (1131), el rey de Aragón, Alfonso

I el Batallador hace una donación sorprendente: lega en herencia al Temple «y a las otras órdenes militares» los territorios y la soberanía de su reino, herencia peligrosa que la Orden se niega a aceptar, pues median intereses con la Santa Sede, de la que Aragón es vasallo, y el testamento es anulado. En 1132 el conde Armengol VI de Urgel cede el castillo de Barbará. En 1137 el rey de Francia Luis VII lega a la Orden algunas propiedades en París que acabarán convirtiéndose en el barrio del Temple, donde los caballeros dispondrán de la soberbia fortaleza en la que será encerrado Jacobo de Molay antes de su muerte en el cadalso. Con este ritmo trepidante, Europa entera se dedica a ampliar y engrandecer las posesiones de la Orden. En 1150 se contabilizan 300 encomiendas en el condado soberano de Provenza y el Languedoc, 200 en Flandes, Borgoña y Normandía, y 100 en Inglaterra, los Estados de la península Ibérica e Italia. En 1169 pasan a poder de los templarios los castillos portugueses de Almourol, Ozereze y Cardiga; en 1177, el de Ponferrada. La Orden se sigue enriqueciendo, pues cuenta con numerosas encomiendas y éstas producen bienes perecederos «que los hermanos comercializan, cobran derechos de paso, no pagan impuestos ni diezmos ni anatas. Por el contrario, percibe rentas del señorío territorial».



Las *encomiendas* se componen de cualquier pequeño terreno, granja, molino, caserío o castillo, que los caballeros se encargan de restaurar, modernizar y ampliar. Cuentan con criados y trabajadores de diversa índole para el mantenimiento de la casa: personal doméstico en los castillos y labradores en las granjas, además de pastores, vaqueros, porteros, guardabosques, porqueros, cillereros y bodegueros, contables, artesanos, arquitectos que construyan, amplíen y mantengan la encomienda, que puede ser de pequeña importancia o revestir las dimensiones de un castillo fortificado. Una vez conseguido un terreno apropiado, normalmente situado en un paraje de especial interés, histórico o estratégico, o importante por sus bellezas y recursos naturales, en agua, por ejemplo, la Orden compra los territorios circundantes y extiende su posesión. Cruza lindes, engloba campos de labor, se adueña de los caminos reales. Negocia con los representantes reales, posterga los derechos de los clérigos, se enzarza en numerosos juicios sobre derechos de paso y peaje, diezmos y propiedades y herencias que normalmente gana, y colma poco a poco sus arcas, a veces con métodos no muy *cristianos*. Su poder crece.

Compra terrenos al Hospital y engulle sus tierras, que luego cultiva, cosecha, explota. El Císter, los párrocos regulares y los terratenientes le ceden gustosos sus iglesias o terrenos para la construcción de templos y poder ser enterrados luego en ellos, lo que confiere distinción y conlleva indefectiblemente la salvación de sus almas. Y los desheredados le pagan cuotas o se acogen a su protección a cambio de su trabajo. La Orden los protege del bandolerismo y de los abusos de los señores feudales, que nada pueden contra el Temple. Y los hermanos edifican sus iglesias, oratorios y capillas siguiendo pautas arquitectónicas innovadoras en numerosas ocasiones o fortalezas triplemente fortificadas.



La Orden posee tierras, ganado ovino y bovino, caballar y porcino; posee barcos en los que desplaza a los hermanos a Tierra Santa. La orden es rica y se puede permitir el lujo de construirse sus propias fortalezas en las fronteras de los Estados, a veces siguiendo extraños itinerarios que nada tienen que ver con intereses estratégicos o políticos, sino con razones personales y desconocidas de la orden, como la que los lleva a adueñarse de los castillos que cubren la parte moderna del tradicional «camino de Santiago». Desde el castillo de Tomar (1160) hasta la adquisición de Chipre (1191), la trayectoria política y económica de la orden es fulminante. A esto hay que añadir las conquistas que realiza tanto en Tierra Santa como en España, en las que desposee de sus fortalezas (*ribbats*) a los sarracenos, que pasan a su poder, y los territorios que conquistan o que los monarcas les ceden (en Aragón-Cataluña, por ejemplo, se les dona la décima parte de lo conquistado, aunque la orden pretende un quinto): Albentosa (1203); Monteada (1235); recuperación transitoria de Jerusalén (1243), entre otras proezas. En 1270 el Temple cuenta ya con mil encomiendas en Francia. En 1283, el rey Alfonso X de Castilla dona las villas de Fregenal, Jerez de los Caballeros, llamada así en honor de los templarios, y las tierras circundantes. Todo esto es sólo una muestra, pues las donaciones y compras de tierras y fortalezas continuarán casi

hasta la disolución de la Orden. Aunque disminuyen considerablemente en el siglo XIII, la Orden tiene otro medio de conseguir pingües beneficios: la inversión de capital, el préstamo y la actividad bancaria. De todas estas riquezas y posesiones, el Temple conservará muy poco después de 1312, fecha en que el concilio de Vienne disuelve la orden.

Los hermanos huidos y los hallados no culpables por los tribunales se integrarán en las Órdenes españolas de Santiago, Calatrava y Alcántara y en la portuguesa de Cristo, entre otras, y sus bienes pasarán en parte a los Hospitalarios de San Juan o a engrosar las arcas de los diferentes Estados, especialmente en Francia y Aragón-Cataluña. En el año 1099 Jerusalén cae en poder de los cruzados de Godofredo de Boullion, concretando con ello una de las empresas más ambiciosas del cristianismo armado. Al sur de la conquistada ciudad se alza la una colina del monte de Sion, en la que se alzan las ruinas de una antigua basílica bizantina, que habría datado del siglo IV y era llamada "*la Madre de todas las Iglesias*". En 1315, cuando ya los templarios son sólo un recuerdo, el papa Juan XXII regalará al cardenal francés Bertrand de Sainte-Marie la hermosa fortaleza templaria de Tomar, en cuyas bóvedas ya no resuenan los himnos de los combatientes de Tierra Santa. Según documentos y crónicas de la época, en el lugar de dichas ruinas se edificó una abadía. Esta se habría edificado por orden expresa de Godofredo de Boullion. Según una crónica de 1172, estaba muy bien fortificada y tenía sus propias murallas, torres y almenajes. Y a este edificio le llamaba *Abadía de Notre Dame du Mont de Sion*. Es muy probable que existiera una orden secreta detrás de los caballeros Templarios, la cual creó a estos como su brazo militar y administrativo, ya que la idea de una organización cristiana tan fuerte como esta, difícilmente habría nacido solamente con el objetivo de custodiar caminos y apoyar el desarrollo de las cruzadas. Probablemente esta orden oculta, ha funcionado bajo diversos nombres. Y las más conocidas se dice que son: *los Illuminati*, o el *Priorato de Sion*, que se afirma ha sido dirigida por una sucesión de grandes Maestres, cuyos nombres se encuentran entre los más ilustres de la historia y la cultura occidentales, destacando entre ellos personajes como Leonardo da Vinci, Isaac Newton o Claude Debussy, entre otros.



A finales del siglo XIX, un humilde párroco de una aldea perdida en el sur de Francia, Rennes-le-Château, descubre unos pergaminos que le convierten en multimillonario y le dan la oportunidad de codearse con la alta aristocracia europea y las sociedades secretas de la época. Desde finales de la década de los

sesenta se han escrito infinidad de libros sobre el asunto, defendiendo todo tipo de teorías. Rennes-le-Château, en idioma francés oficial, y Rènnas le Castèlh en idioma occitano, es un pueblo y una comuna francesa en el departamento de Aude, en el área del Languedoc. Situado en la cima de una montaña. Con aproximadamente 150 habitantes, Rennes-le-Château es un pequeño pueblo situado en lo alto de una colina dominando un extenso valle flanqueado por las imponentes montañas del macizo pirenaico. Hay cientos de caminos y grutas subterráneas, muchas de ellas aún por descubrir, que horadan el subsuelo del lugar. Algunos eran conocidos por las antiguas tribus celtas de la zona y los romanos los utilizaban para la explotación de minerales preciosos como el oro, al parecer abundante en aquella época en la región. Rennes es uno de los lugares más misteriosos del mundo, algo que se percibe al atravesar sus calles. La Torre Magdala, personajes enigmáticos, casas con extraños símbolos y, sobre todo, la misteriosa iglesia masónica y rosacruz, única en Europa, en cuyo interior destaca la archiconocida estatua desafiante del diablo, advierten al visitante que no es un lugar corriente el que está a punto de descubrir.



Desde finales de los años 70 del siglo XX, y a raíz de la publicación de un libro de Gérard de Sède, *El oro de Rennes* (publicado en 1967), este pueblo ha recibido gran cantidad de turismo, asociado casi siempre a lo paranormal y lo esotérico, debido a una leyenda moderna sobre el antiguo párroco Bérenger Saunière. A

comienzos del siglo XXI, y gracias al éxito del libro de Dan Brown *El código da Vinci*, ese interés no ha hecho sino aumentar ya que el argumento de esta novela tiene numerosas conexiones con la leyenda del párroco de Rennes. Algunos monumentos megalíticos demuestran que la zona donde se encuentra la actual población de Rennes-le-Château ya estaba habitada unos 4.500 años a. C. Se han encontrado también vestigios de época romana (Villa Béthania). El camino de Santiago pasaba asimismo por Rennes-le-Château. El pueblo actual fue fundado por los godos, convirtiéndolo una plaza fuerte debido a su posición estratégica. Rennes es un pueblo situado a considerable altitud, por encima de los valles del Aude y del Sals, desde el cual se podía vigilar tanto el paso a los Pirineos como hacia la región del Languedoc. Posteriormente fue invadido por los árabes. En el siglo XII, Alfonso II de Aragón reivindicó el territorio. Poco después se convirtió en zona de refugio para cátaros de la región hasta 1210, fecha en que Simón de Montfort lo tomó y entregó a su compañero de cruzada Pierre de Voisins. En 1362 las tropas mandadas por Enrique de Trastámara destruyeron casi en su totalidad el pueblo, no siendo reconstruido de nuevo hasta finales del siglo XIX.

Corría el año 1885 cuando al tranquilo pueblo de Rennes-le-Château llegaba el nuevo párroco. Berenguer Saunière, que así se llamaba, era un hombre joven, de espíritu aventurero y que, como toda persona de campo en aquella época, vivía prácticamente en la miseria, pues los 15 francos que recibía al mes por sus servicios religiosos casi no le daban para comer. Sin embargo, tanto su situación financiera como personal cambiarían misteriosamente de la noche a la mañana. Un año más tarde, y gracias a las cuantiosas donaciones anónimas por valor de 18.000 francos, comenzó a reconstruir la iglesia local que estaba en estado ruinoso. Para ello contó con la ayuda de seis personas, una de las cuales, Marie Dedarnaud, se convertiría en la fiel sirvienta de Saunière durante toda su vida y en la celosa guardiana de un importante secreto que se llevaría a la tumba. Durante las obras, hallaron en un pilar visigodo del siglo VIII unos huesos antiguos y un cilindro de madera en cuyo interior había varios manuscritos. Dos días más tarde y, esta vez en el interior de un balaustre hueco, dieron con una botella que contenía un segundo juego de pergaminos, según

relata Antón Captier, que entonces era el campanero de la población. Mientras los albañiles se dedicaban a levantar el suelo de la iglesia, se produjo el hallazgo más desconcertante. Delante del altar y situada boca abajo apareció una gran losa de dos piezas con inscripciones y grabados. Uno de ellos mostraba a dos caballeros de tiempos merovingios a lomos de un mismo caballo, claro símbolo templario representando la Androginia u organismo que tiene características tanto masculinas como femeninas. En realidad, la losa ocultaba una antigua tumba.



Mientras Saunière era ayudado a desplazar la piedra con sumo cuidado, los obreros observaron en su interior el brillo de unos objetos. Fue entonces cuando decidió despedir a todo el personal y quedarse solo con el descubrimiento. ¿Qué se ocultaba bajo la lápida? Parece que algo

importante debió hallar, pues Saunière decidió pasar una temporada en París en el verano de 1891. En la capital francesa, como por arte de magia, comenzó a codearse con la burguesía parisina y europea, y se hizo gran amigo, puede que amante, de la diva Emma Calvé, a quien la reina Isabel II hizo erigir una estatua en su honor. Además, contactó con personalidades como el astrónomo Camille Flammarion, el escritor Oscar Wilde o el pintor Mistral. También se introdujo en círculos esotéricos, gracias a Emile Hoffet, paleógrafo e investigador del archivo secreto de la Biblioteca del Vaticano, el cual examinó minuciosamente los manuscritos de Saunière. Gerard Encausse, alias Papus, fundador de la Orden Cabalística Rosacruz también entabló amistad con el cura. A su regreso a Rennes-le-Château, Saunière construyó una especie de despacho o gabinete en la entrada al cementerio, donde planeaba sus curiosas actividades nocturnas. Junto a su inseparable Marie Dedarnaud se dedicó a cambiar lápidas de sitio e, incluso, a hacerlas desaparecer, como la de Marie Negre D'Ables, que fue esposa de Françoise de Hautpoul, marqués de Blanchefort y uno de los antiguos señores de Rennes. Lo curioso de este caso, es que

incluso llegó a pulir pacientemente su epitafio hasta borrar todas las inscripciones. Según algunos expertos, probablemente buscaba el acceso a una cripta secreta donde reposaban los restos de los antiguos señores de la comarca del Razés. Tal y como relata un antiguo obituario de los siglos XVII y XVIII, que se conserva hoy en día, dichas tumbas estaban situadas muy cerca de la iglesia.

Lo interesante; es que a partir de 1895 Saunière dispuso de una fortuna casi ilimitada que utilizó para renovar toda la iglesia, a la que dotó de una arquitectura claramente masónica y de un simbolismo típico de las logias rosacruces. Posteriormente compró seis terrenos en el pueblo, en donde diecisiete obreros trabajaron en la construcción de una torre almenada de dos pisos, la famosa Torre Magdala, que hizo las veces de despacho y biblioteca, donde acumuló más de dos mil libros encuadernados a mano, que mandó traer de toda Europa. Encargó granito azul tallado que trajo a lomos de mulos y supervisó personalmente los planos de una gran finca de descanso a la que llamó Villa Bethania. Simultáneamente comenzó a derrochar grandes cantidades de dinero en cosas superfluas, como la adquisición de un servicio de copas de cristal que al ser golpeadas con un objeto sonaban las nueve primeras notas del Ave María. Coleccionó más de 2,000 tarjetas postales y cerca de 10,000 sellos de correos. También se rodeó de un pequeño zoo compuesto de pavos reales, perros, cacaúas, cientos de exóticos peces y hasta monos. Los recursos de Saunière parecían ilimitados. Según cálculos actuales, el extravagante párroco gastó, hasta el día de su muerte y en sólo 21 años, la increíble suma de 461 millones de pesetas. *“La gente de aquí pisa oro sin saberlo. Con lo que el señor cura dejó se podría durante 100 años y todavía sobraría. Un día le revelaré un secreto que hará de usted un hombre rico, muy rico”*, solía decir Marie Dedarnaud a Noel Corbu, el hostelero de la zona. El señor Corbu llegó a comentar que, poco antes de morir, Marie intentó pronunciar con gran esfuerzo unas palabras ininteligibles. ¿Era el secreto que tan celosamente había sabido guardar?



El 8 de septiembre del 70 d.C., el general Tito, hijo del emperador Vespasiano, invadió la ciudad de Jerusalén y expolió el Templo de Salomón, constituido por 500 toneladas de oro y plata. Éste albergaba la mesa de los panes de oblación y la *menorah*, el candelabro gigante de siete

brazos de oro macizo. Los romanos eran aficionados a los objetos de arte y muy supersticiosos, por lo que se llevaron a Roma las piezas más sagradas. Actualmente, en el arco de Tito puede observarse a un esclavo portando la pesada *menorah* y a unos ocho soldados portando la citada mesa. Dichos objetos fueron depositados en el Templo de Júpiter. Allí permanecieron durante casi tres siglos hasta que el 24 de agosto del 410 d.C., el rey visigodo Alarico el viejo, se apoderó de Roma. Posteriormente, su sucesor Ataulfo se estableció en la Galia, eligiendo Toulouse como capital de su vasto imperio, donde depositó el tesoro del templo. Debido a los botines acumulados por sucesivas conquistas, al tesoro habría que añadir una mesa de materia vidriosa y verde que pasaba por ser una esmeralda gigante. Estaba sostenida por unos 70 pies de oro macizo, incrustados de perlas y diamantes. Con el paso del tiempo, los visigodos perdieron sus posesiones, aislándose al norte de los Pirineos en un pequeño reducto, apéndice de la España visigoda, cuya capital era Toledo. En este lugar conservaban dos plazas fuertes: Carcasona, continuamente amenazada, y Rhedae, la actual Rennes-le-Château. Es muy posible que el tesoro de Jerusalén hubiera sido transportado a Toledo. De hecho, cuando los musulmanes invadieron España en el 711, encontraron en la ciudad todo tipo de objetos suntuosos como 25 de las 33 coronas de los reyes visigodos. Las otras ocho, enterradas bajo tierra, serían descubiertas por casualidad once siglos más tarde en Guarrazar, cerca de la capital. También hallaron el famoso *missorium*, la mesa de la esmeralda, que maravilló hasta tal punto a los conquistadores árabes, que dieron al lugar del descubrimiento el nombre de Almería, que significa ciudad de la mesa.

Sin embargo, los cronistas, al enumerar con todo detalle los tesoros encontrados en España, no hacen referencia alguna de la *menorah* y a la mesa de los panes, como tampoco lo hacen en el 725 cuando se apoderan de Carcassonne. La única posibilidad es que el tesoro se encontrara en Rennes-le-Chateau. El historiador del Razes, Louis Fedie, relata una tradición según la cual en la Edad Media creían que los metales preciosos extraídos de la mina Blanchefort no provenían de un yacimiento incrustado en el suelo, sino de un depósito de lingotes de oro y plata. Hay que tener en cuenta que Rennes-le-Château representa lo que los geólogos llaman una “*red cárstica*”, es decir, una región en la que las aguas se filtran en las capas del subsuelo, creando depresiones, grutas y sifones invisibles. Otra teoría bastante lógica defiende que en realidad el tesoro que encontró Saunière eran los manuscritos en sí, que tendrían un enorme valor histórico y político. En 1967 Gerard de Sede publicó en su libro “*El Oro de Rennes*” una supuesta copia de los mismos. En los pergaminos se pueden observar dos textos del Evangelio, uno de los cuales llevaba intercalados unos párrafos cifrados. Según un experto del servicio de criptografía del ejército francés, dichos documentos son posteriores al Renacimiento y con gran seguridad de finales del siglo XVIII. A partir de la década de 1960, varias sociedades presuntamente secretas y personajes como Henry Lobineau comienzan a distribuir diversos documentos que los investigadores Baigent, Leigh y Lincoln, en su libro “*El Enigma Sagrado*”, denominan los *Dossier Secrets*. En ellos se insinúa que el enigma de Rennes-le-Château está relacionado con la posible legitimidad de una rama aristocrática europea con respecto al trono de Francia. Según los autores anteriormente citados, los manuscritos perdidos pueden probar dicha legitimidad y, además, están en poder de una sociedad iniciática.



Lo cierto es que Berenguer Saunière recibía visitas muy curiosas y extrañas. Además de la citada diva Emma Calve, también acudieron a Rennes el secretario de Estado de Bellas Artes, Henry Charles Éthienne, radical francmasón afiliado a la logia *La Clemente Amistad*, y la marquesa

del Bourg de Bozas, descendiente de una casta de ocultistas fundados por Louis Claude de Saint-Martin, conocido con el sobrenombre del *filósofo desconocido*. Pero el principal visitante de Berenguer, apodado por todo el pueblo de Rennes como *el extranjero*, era nada menos que el archiduque de Austria-Hungría, Juan de Habsburgo. Volviendo a los manuscritos, Antón Captier, el campanero y codescubridor de los mismos, afirmó que éstos se encontraron en el interior del pilar visigodo. Pues bien, en él se observa una inscripción que alude al año 1891. Curiosamente 1891 fue un año vital para el ocultismo francés. El ocultista Josephin Peladan anunció la creación de una nueva agrupación: la *Orden del Templo y de la Rosacruz Católica*. En ese mismo año, Papus se convertía en el gran maestro de la Orden Martinista y se fundó, también en París, una *logia* de la Golden Dawn. Como vemos, estos hechos coincidieron con el viaje de Saunière y el descubrimiento de la enigmática tumba. Si Saunière descubrió la famosa cripta de los señores de Rennes, éstos podían ser los restos de la familia Hautpould, puesto que en aquella época les pertenecía el señorío de Rennes. Muchos hombres de esta ilustre familia eran miembros de la francmasonería de rito escocés, y era normal que muchos de ellos se enterraran con documentos masónicos o rosacruces, más si hacían referencia a las pretensiones dinásticas de determinadas monarquías europeas.

Los Hautpould, lejos de sostener al Partido Orleanista, defendieron la causa legítima de los últimos borbones, representados entonces por el nieto de Carlos X, refugiado en el imperio de los Habsburgo. Para los partidarios de esta causa, Luis XVII habría sobrevivido a su cautiverio del Temple. Sin embargo, todas las tentativas de restauración

fracasaron. Un dato importante en esta complicada madeja es que el propio Saunière afirmó haber recibido las primeras cantidades de dinero de María Teresa de Austria. Aunque la archiduquesa detestaba Francia, en 1886 y a punto de morir, tuvo la necesidad de donar a Saunière la cantidad de 3.000 francos de oro, que él anotó en sus libros de cuentas. Así pues, es posible que Saunière se hubiese unido a la causa monárquica a partir de su descubrimiento, o bien a raíz de su viaje en 1891 a París, en donde empezó a frecuentar círculos herméticos promonárquicos. La existencia de documentos que demostrasen que Luis XVII no murió en su cautiverio, podría cambiar la Historia de Europa. El ministro del Interior del rey de Prusia, Von Rochow, afirmó: *“Estoy convencido de que Luis XVII ha sobrevivido, pero si esto se supiese de cierto, supondría el deshonor para todas las monarquías europeas, pues todas se habrían prestado, con conocimiento de causa, a un fraude al elevar al trono en 1814 a Luis XVIII... Esto cambiaría el mapa de Europa”*. Desde este punto de vista, el misterio de Rennes parece resolverse, e independientemente de que los manuscritos de Saunière fuesen verdaderos o no, habrían supuesto, una inagotable fuente de riquezas a cambio de silencio. Saunière representaría el papel de intermediario en un juego que implicaría a las principales sociedades secretas europeas y a gente muy importante.



Steve Berry, en *“Los caballeros de Salomón”*, Fernando Diez Celaya, en *“Los Templarios”*, Lynn Picknett, en *“La revelación de los Templarios”*, o Javier Sierra, en *“Templarios, los caballeros del secreto”*, son algunos de los autores que han escrito sobre los templarios y en los que me he

basado principalmente para escribir este artículo. Según Diez Celaya: *“Ninguna orden de caballería o de cariz religioso ha despertado a través de las épocas tanto interés ni ha provocado opiniones y actitudes tan enconadas durante los dos escasos siglos que duró su existencia como la Orden de los Caballeros del Templo de Jerusalén, conocida como Orden del Temple”*. Javier Sierra explica que para

escribir *“Las puertas templarías”* visitó Jerusalén, París, Chartres, El Cairo y hasta al monasterio de Santa Catalina, en el Sinaí. Allí se documentó exhaustivamente la existencia de un plan secreto de los templarios que les llevó a construir templos que imitaban sobre el suelo de Francia la disposición de las principales estrellas de la constelación de Virgo. Un plan que, según Sierra, arrancó hace más de cuatro mil años. Según Javier Sierra: *“Los primeros en construir monumentos imitando la disposición de ciertas estrellas fueron los egipcios. Las tres grandes pirámides de la meseta de Gizeh, en El Cairo, imitan la disposición de las tres estrellas centrales de la constelación de Orión. Una constelación que para los faraones era la contrapartida celestial del dios Osiris. Los llamados Textos de las Pirámides lo explican: porque esas tres estrellas eran lo que llamaban el Duat, la “puerta celeste” a la que debía dirigirse el alma del faraón muerto antes de entrar al más allá. Ellos creyeron que imitando esa “puerta” en el suelo podían preparar mejor su viaje al Otro Lado”. Y sobre la pregunta de si los templarios hicieron lo mismo con las primeras catedrales góticas, Javier Sierra responde: “En mi novela desarrollo una teoría que surgió en los años sesenta. Al parecer, si tomamos las primeras grandes catedrales góticas -Amiens, Chartres, Reims, Bayeux y Evreux- y las situamos sobre un mapa de Francia, veremos que la figura resultante recuerda la forma de la constelación de Virgo. Quizá eso explique porque todos estos templos se consagraron a la Virgen, pero desde luego parece tener que ver con una idea del templo sagrado que nos remite a época de las pirámides”*.

Salomón, que fue rey de Israel, el pueblo elegido por Yahvé, vivió hacia el 970 a. C. Tanto la Biblia como otros textos lo presentan como un monarca justo y temeroso de Dios, de gran sabiduría y santidad, como su padre David, en quien Yahvé había puesto su complacencia. Narra la Biblia que la reina de Saba, atraída por sus grandes conocimientos y su espiritualidad, fue a visitarlo para *«probarle con enigmas»*. Y para todos ellos tuvo respuesta Salomón, pues le inspiraba el Espíritu. No obstante, al final de sus días ofendió al Señor, pues edificó altares a los dioses sidonios y ammonitas para complacer a sus esposas extranjeras, ya que el rey poseía *«700 mujeres de sangre real y 300*

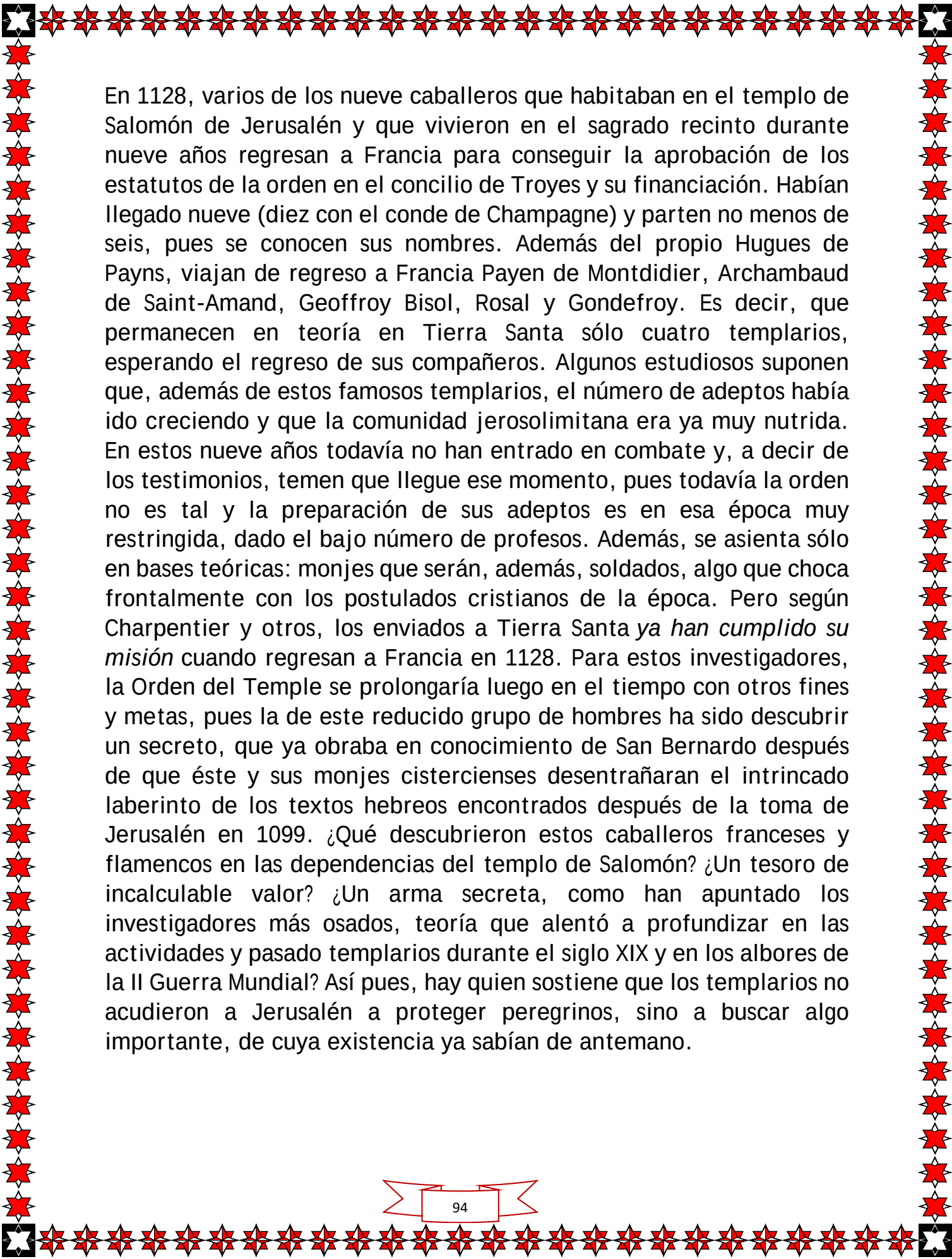
concubinas». Pero «*las mujeres torcieron su corazón*» (*Libro de los Reyes*). Y por todo ello Yahvé le retiró su favor y, a su muerte, «*repartió su reino y lo entregó a un siervo suyo*». En 931 a. C. Jerusalén se dividió en Judá e Israel. Pero Salomón, un monarca culto e inteligente, a quien san Bernardo dedicó 120 sermones, y a quien debemos la composición del *Cantar de los Cantares* y los libros de la *Sabiduría*, los *Proverbios* y el *Eclesiastés*, mandó edificar un soberbio templo dedicado a Yahvé como no había existido otro igual. Su construcción, que el *I Libro de los Reyes* describe con gran detalle, respondía a determinados esquemas, patrones y medidas procedentes, a decir de muchos, de tradiciones ocultas e iniciáticas, quizá extraídas de antiguos conocimientos egipcios, pues «*su sabiduría sobrepasaba la de todos los hijos de Oriente y la sabiduría toda de Egipto*». Salomón, pues, construyó un inmenso templo con un triple recinto y un *santa sanctorum* y lo cubrió todo de oro puro, «*toda la casa, los altares y los querubines que guardaban el arca*». Y a ésta la situó en el lugar santísimo, bajo las alas de los querubines, en un recinto donde nadie podía entrar, so pena de muerte. Y dijo Salomón a Yahvé: «*Pero, ¿en verdad morará Dios sobre la tierra? Los cielos y los cielos de los cielos no son capaces de contenerte*». En 587 a. C. el rey Nabucodonosor tomó Jerusalén, la ciudad de Salomón, la arrasó y la saqueó de todos sus tesoros y se llevó cautivos a sus habitantes a la aborrecida Babilonia. Derruyó el templo y lo dio como pasto a las llamas.



El templo presentaba una curiosa estructura, pues poseía tres recintos, de mayor a menor y concéntricos, de forma que, para llegar hasta el *santa sanctorum*, había que atravesar primero los dos anteriores. Una vez que el templo fue derruido por los ejércitos de Nabucodonosor y

pese a las sucesivas reconstrucciones, los hebreos no volvieron a recuperar la magna obra que la edificación supuso en la Antigüedad, por lo que es tradición que los creyentes judíos acudan al muro llamado de las Lamentaciones, donde lloran la ruina del templo y la destrucción

bíblica de Jerusalén. En la actualidad, en la gran explanada denominada *Haram al-Sherif* o Noble Santuario, que abarca cerca de un sexto de la Jerusalén amurallada, se alza, dentro de lo que fuera *triple recinto* del templo de Salomón, la espléndida mezquita musulmana de la Roca, denominada *Cúpula de la Roca* (*Qubbat al-Sakkra*). Fue construida en el 692, en lo que fuera el monte Moría, donde la Biblia narra que el ángel pidió a Abraham el sacrificio de Isaac, a quien luego detuvo por su propia mano al comprobar Yahvé la obediencia del patriarca. Y recibe el nombre de «*la Roca*» porque en el centro de la mezquita se halla una gran roca viva donde la leyenda cuenta que se apareció el ángel. Presenta también las hipotéticas huellas del pie del profeta Mahoma y la de la mano del arcángel Gabriel, que se le apareció. La mezquita, considerada el centro del mundo por los musulmanes, se asienta en una edificación octogonal y dispone también de tres recintos concéntricos, separados por dos deambulatorios, en el centro de los cuales se halla la roca sagrada. Se trata de una curiosa salvedad en la arquitectura islámica anterior a la época. Sorprendentemente y al igual que la primitiva estructura del templo, de triple recinto, sirvió de inspiración a numerosas fortalezas templarias en Tierra Santa y en Europa. El modelo de la *Cúpula de la Roca*, de planta octogonal, se reprodujo asimismo en muchas construcciones templarias, iglesias y capillas o fortalezas, tales como Castel del Monte, Apulia; la Veracruz, Segovia; San Vitale, Ravena; Capilla Palatina o Aquisgrán, lo que no parece ser una simple coincidencia, pues el sello de los grandes maestros representa también la efigie de esta mezquita espectacular que el islam construyó en el corazón del templo de Salomón. El sello templario lleva una leyenda que hace referencia a un *templo de Cristo*. De hecho, el tambor de la cúpula de la Roca está rodeado por una cenefa epigráfica de 240 m de largo que glorifica a Jesús. Los templarios dedicaron este edificio a *Templo del Señor* y se alojaron en la mezquita que en la actualidad se denomina Al-Aqsa («*la Única*»), pero que entonces era residencia real de Balduino II. Poco después, el rey cedió a los templarios el uso incondicional de este sagrado recinto y se retiró a un nuevo palacio real junto a la torre de David.



En 1128, varios de los nueve caballeros que habitaban en el templo de Salomón de Jerusalén y que vivieron en el sagrado recinto durante nueve años regresan a Francia para conseguir la aprobación de los estatutos de la orden en el concilio de Troyes y su financiación. Habían llegado nueve (diez con el conde de Champagne) y parten no menos de seis, pues se conocen sus nombres. Además del propio Hugues de Payns, viajan de regreso a Francia Payen de Montdidier, Archambaud de Saint-Amand, Geoffroy Bisol, Rosal y Gondefroy. Es decir, que permanecen en teoría en Tierra Santa sólo cuatro templarios, esperando el regreso de sus compañeros. Algunos estudiosos suponen que, además de estos famosos templarios, el número de adeptos había ido creciendo y que la comunidad jerosolimitana era ya muy nutrida. En estos nueve años todavía no han entrado en combate y, a decir de los testimonios, temen que llegue ese momento, pues todavía la orden no es tal y la preparación de sus adeptos es en esa época muy restringida, dado el bajo número de profesos. Además, se asienta sólo en bases teóricas: monjes que serán, además, soldados, algo que choca frontalmente con los postulados cristianos de la época. Pero según Charpentier y otros, los enviados a Tierra Santa *ya han cumplido su misión* cuando regresan a Francia en 1128. Para estos investigadores, la Orden del Temple se prolongaría luego en el tiempo con otros fines y metas, pues la de este reducido grupo de hombres ha sido descubrir un secreto, que ya obraba en conocimiento de San Bernardo después de que éste y sus monjes cistercienses desentrañaran el intrincado laberinto de los textos hebreos encontrados después de la toma de Jerusalén en 1099. ¿Qué descubrieron estos caballeros franceses y flamencos en las dependencias del templo de Salomón? ¿Un tesoro de incalculable valor? ¿Un arma secreta, como han apuntado los investigadores más osados, teoría que alentó a profundizar en las actividades y pasado templarios durante el siglo XIX y en los albores de la II Guerra Mundial? Así pues, hay quien sostiene que los templarios no acudieron a Jerusalén a proteger peregrinos, sino a buscar algo importante, de cuya existencia ya sabían de antemano.



La Orden del Templo de Salomón recibe tardíamente sus estatutos y el apoyo de diversos papas, quienes la someten a su tutela, pero de una manera tan exclusiva que acabará por desligarse de todo poder temporal y deberá obediencia exclusivamente al pontífice romano. Dado que

la *Ordre du Temple* es fundada por un grupo de lengua francesa, ha pervivido hasta nuestros días la denominación de «*Orden del Temple*». Pero, siguiendo el hilo de un misterio que ningún historiador ha podido desentrañar y que incluso muchos niegan con desdén, las tradiciones esotéricas y heterodoxas afirman que los templarios buscaban algo especial. Se trata de una orden que enseguida empezó a recibir donaciones territoriales en lugares tan distantes de su casa madre en Jerusalén como España y Portugal y que en unos pocos años dominó las finanzas europeas y se erigió en un auténtico coloso económico. Todo ello conduce a suponer que la orden fue fundada con un objetivo determinado y que su creación, respondía a un fin preestablecido. Ya se ha visto su vinculación con las órdenes benedictinas del Císter y el rápido enriquecimiento de éstas, tanto la reformada como la original, en cuyos estatutos se apela a la pobreza y al rigor benedictinos que sólo los trapenses sabrán conservar andando el tiempo. Por eso cabe preguntarse si en toda esta leyenda no intervienen datos e informaciones que ya obraban en poder de los discípulos de san Benito. Como en toda tradición legendaria, un grupo de esforzados paladines, como Parsifal y los caballeros de la Tabla Redonda, procura dar con el objeto sagrado en cuestión, adueñarse de él y erigirse en su guardián, para lo que hay que ser un «*hombre perfecto*». En este caso, se trata de algo capaz de ayudar a una orden de monjes a construirse un emporio económico y financiero en Europa y Asia Menor con tanta facilidad. Entre las posibles respuestas destacan algunos objetos tradicionalmente mágicos y simbólicos, fuentes de poder material y receptáculos de fuerza espiritual: el *arca de la alianza*, la *lanza de Longinos* y el *santo Grial*, entre otros.

El arca de la alianza se trata de un recipiente con doble forro de oro, cerrada con una losa de oro macizo, curiosamente como los contenedores de material radiactivo, dos capas de tela y una de cuero para que no mueran los portadores, tal como sucedió con los hijos de Aarón, Nadab y Abihu, en el Tabernáculo, cuyos cuerpos fueron sacados del campamento por orden de Moisés. Según Graham Hancock (en *"The Sign and the Seal"*), el poder mortífero del arca queda bien patente a partir de la exégesis de los textos bíblicos, pues éstos la presentan como un arma letal cuyos efectos resultan devastadores ante las murallas de Jericó, contra los filisteos, o los habitantes de *Bet Semes*, donde mueren 50.000 hombres. *Meir Ben-Dov* va más lejos y en *"In the Shadow of the Temple"* sostiene en que las tablas de la Ley eran un fragmento de un meteorito y que, por tanto, debían permanecer encerradas en el arca, que les servía de recipiente y actuaba como protección para quienes se le aproximasen. La Biblia explícita el «*peligro de muerte*» para todos aquellos que tocaran el arca con sus manos o se aproximasen excesivamente a ella. Así ocurre en diversos casos que narran las Sagradas Escrituras durante el éxodo por el desierto o cuando ésta es robada por los filisteos, quienes, después de comprobar en su propia carne el peligro de poseer semejante objeto, lo devuelven a los hebreos espantados del poder de Yahvé, quien a partir de entonces cobra fama de "*Deus tremendae majestatis*" ante el que amorreos, cananeos y otras tribus huyen despavoridos, pues las represalias del pueblo elegido son terribles. Charpentier, por su parte, se inclina a creer que los primeros templarios encontraron el arca de la alianza en las caballerizas del templo de Salomón, que un nutrido grupo de templarios la escoltó hasta Francia en secreto y que permaneció en lugar ignoto, desapareciendo otra vez a los ojos de la humanidad. Con el arca, según el autor, los *milites Christi* hallaron patrones y medidas sagradas arquitectónicas, desde las relaciones geométricas con la proporción áurea hasta otras en las que intervienen escalas musicales, quizá las propias *tablas de la ley*, entendiéndose por *ley* «*el Logos, el Verbo, la Razón, el Número*», que les permitió idear cánones de construcción a los que luego respondería el arte gótico y, sobre todo, unas de sus máximas creaciones, la catedral de Chartres.



En 1097 el ejército cruzado toma, no sin dificultad, la poderosa ciudad de Antioquía, pero enseguida se ve cercado por las fuerzas militares del sultán de Mosul. Pedro Bartolomé, sacerdote provenzal, acude ante Raimundo de Tolosa, pues ha tenido un sueño revelador en el

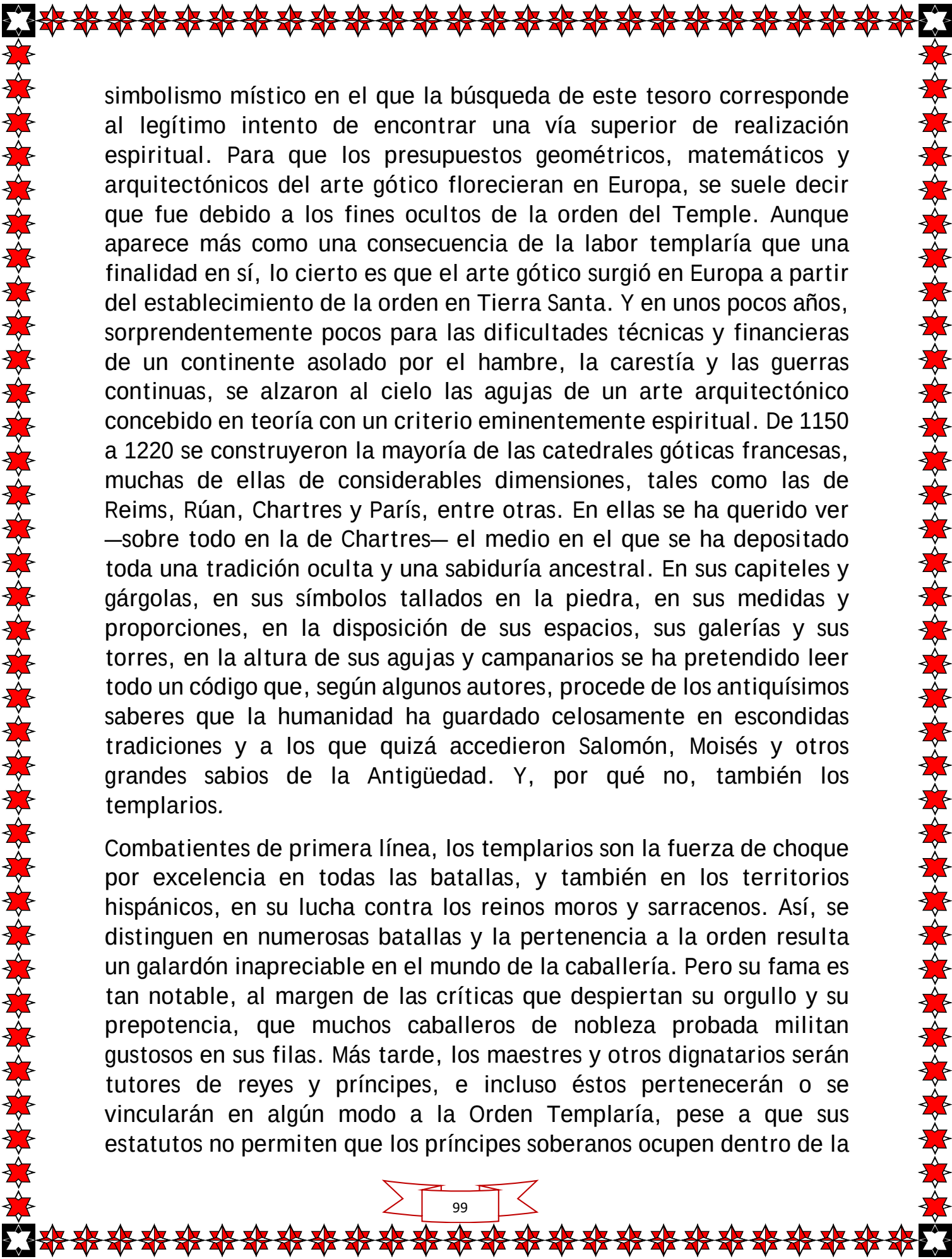
que San Andrés le indica dónde se esconde la lanza de Longinos, el centurión que atravesó el costado de Cristo en el Gólgota. Tras recuperar la lanza milagrosa en el subsuelo de una iglesia de la ciudad, los cruzados marchan triunfales sobre las tropas musulmanas, rompen el cerco y liberan la plaza. Dos años después conquistan Jerusalén y los piadosos ideales no impiden las matanzas sistemáticas y la barbarie que diezma a sus habitantes y anega en sangre la ciudad sagrada. Esta lanza, considerada un poderoso talismán cuyo poseedor no sufriría derrota alguna en batalla militar y sería capaz, como Alejandro, de conquistar el mundo en dirección al Este, pasó, según algunos, a poder de los templarios. El neotemplarismo de los siglos XIX y XX dio considerable importancia a este talismán cuya posesión, a decir de algunos, fue el verdadero objeto de la invasión hitleriana de Austria, encaminada secretamente a la obtención de la lanza, que debía encontrarse en el tesoro de la Casa Imperial de los Habsburgo, en Viena, junto a otros objetos de significado esotérico-religioso, tales como la manzana imperial, la corona del Sacro Imperio Romano Germánico, la espada denominadas «*de Carlomagno*», el cetro gótico, la cruz imperial, el fragmento de la Vera Cruz y la copa de ágata, supuesto Santo Grial. El tesoro imperial de la Habsburgo encierra también las joyas y objetos pertenecientes a la *Orden del Toisón de Oro*, fundada en 1423 por Felipe el Bueno, duque de Borgoña. Entre ellos la cruz del juramento de la orden y el gran collar, que luce las dos B entrelazadas de la Casa de Borgoña, así como el cordero que representa el vellocino de oro de la gesta mitológica de Jasón. Todos ellos, junto a los restantes objetos del tesoro ya reseñados, son símbolos tradicionales de profundo simbolismo mágico, herencia de la tradición imperial carolingia y alemana que pasaron a la Casa de

Austria a través del patrimonio hereditario, unos de los Hohenstaufen y otros de la Casa de Borgoña.

Los Habsburgo, con el tiempo emperadores de Alemania y Austria, y reyes de España, Bohemia y Hungría, proceden de Altenburg (hoy Suiza), el feudo de Habichtsburg, «*la Morada del azor*», ave que, posada en la mano izquierda de un caballero, simboliza a los templarios. Entre los grandes maestros de la *Orden del Toisón de Oro* figura el rey de España, que teóricamente es archiduque de Austria y heredero de la Corona imperial austro-húngara. Durante el *Anschluss* de Austria (1938-1945), Hitler se apoderó de la santa lanza y la enterró en un lugar que él mismo eligió, en Nuremberg, ciudad en que, precisamente, serían juzgados diversos jerarcas nazis en 1945, al término de la contienda. Como es sabido, Hitler, a quien al parecer interesaban sobremanera todos estos secretos de la tradición oculta, proyectaba crear un Estado de exclusivo dominio de las SS, como colofón al Estado nazi que, en teoría, se debería extender por todo el planeta, precisamente en los territorios pertenecientes al ducado de Borgoña, el Franco Condado y Hainaut. Wolfram von Eschenbach (hacia 1170-1220), un caballero bávaro que compuso inspirados himnos y baladas, es el autor del extenso poema narrativo *Parzival*, que sigue la línea de otro famoso trovador, Chrétien de Troyes, quien también compuso poemas dedicados al héroe legendario Parsifal. Ambos poemas rescataron de las profundidades de la tradición mítica europea la leyenda del *Santo Grial*, que se supone es el cáliz en que Jesús bebió el vino durante la Última Cena y, según algunos, donde José de Arimatea recogió las gotas de sangre que manaron de su costado en la cruz.



El cáliz del Grial dio después paso a las leyendas del ciclo artúrico, donde el fabuloso recipiente es también una copa que simboliza al hombre superior, renovado a través de la espiritualidad. Al cáliz, que nunca fue encontrado, se le suponen virtudes maravillosas. Otros hablan de un



simbolismo místico en el que la búsqueda de este tesoro corresponde al legítimo intento de encontrar una vía superior de realización espiritual. Para que los presupuestos geométricos, matemáticos y arquitectónicos del arte gótico florecieran en Europa, se suele decir que fue debido a los fines ocultos de la orden del Temple. Aunque aparece más como una consecuencia de la labor templaria que una finalidad en sí, lo cierto es que el arte gótico surgió en Europa a partir del establecimiento de la orden en Tierra Santa. Y en unos pocos años, sorprendentemente pocos para las dificultades técnicas y financieras de un continente asolado por el hambre, la carestía y las guerras continuas, se alzaron al cielo las agujas de un arte arquitectónico concebido en teoría con un criterio eminentemente espiritual. De 1150 a 1220 se construyeron la mayoría de las catedrales góticas francesas, muchas de ellas de considerables dimensiones, tales como las de Reims, Rúan, Chartres y París, entre otras. En ellas se ha querido ver —sobre todo en la de Chartres— el medio en el que se ha depositado toda una tradición oculta y una sabiduría ancestral. En sus capiteles y gárgolas, en sus símbolos tallados en la piedra, en sus medidas y proporciones, en la disposición de sus espacios, sus galerías y sus torres, en la altura de sus agujas y campanarios se ha pretendido leer todo un código que, según algunos autores, procede de los antiquísimos saberes que la humanidad ha guardado celosamente en escondidas tradiciones y a los que quizá accedieron Salomón, Moisés y otros grandes sabios de la Antigüedad. Y, por qué no, también los templarios.

Combatientes de primera línea, los templarios son la fuerza de choque por excelencia en todas las batallas, y también en los territorios hispánicos, en su lucha contra los reinos moros y sarracenos. Así, se distinguen en numerosas batallas y la pertenencia a la orden resulta un galardón inapreciable en el mundo de la caballería. Pero su fama es tan notable, al margen de las críticas que despiertan su orgullo y su prepotencia, que muchos caballeros de nobleza probada militan gustosos en sus filas. Más tarde, los maestros y otros dignatarios serán tutores de reyes y príncipes, e incluso éstos pertenecerán o se vincularán en algún modo a la Orden Templaria, pese a que sus estatutos no permiten que los príncipes soberanos ocupen dentro de la

misma puestos de relevancia. Obviamente, el Temple persigue un fin político claro: utilizar a los reinos y a sus soberanos y no que éstos utilicen al Temple. Según J. G. *Atienza, Alfonso I.* llamado «el Batallador», rey de Aragón y Navarra (1104-1134), crea en 1122 una orden de caballería denominada de los Caballeros de Belchite, gesto que anticipó su hipotética pertenencia a la Orden del Temple. Lo cierto es que, a su muerte, el monarca aragonés cede, por disposición testamentaria, su reino a las órdenes militares. La Corona de Aragón, y más tarde de Aragón y Catalunya (1137), fue especialmente proclive a la orden, tanto así que algunos de sus monarcas, condes de Catalunya o reyes de Aragón, se vincularon al Temple, lo protegieron, dieron a sus herederos preceptores templarios e incluso entraron en la orden como caballeros templarios, como es el caso del conde de Urgel *Armengd VI (Ermengol)*, quien hacia 1130 hace donación a la orden del castillo de Barbará y se vincula al Temple. En 1130 el conde soberano de Barcelona, *Ramón Berenguer III*, entra a formar parte de los caballeros templarios y en 1131 lega testamentariamente a la orden, además de algunos bienes: su caballo, sus armaduras y sus armas, como correspondía a un caballero cristiano. Lo propio hace Alfonso I el Batallador que, además de todo su reino, deja al Temple sus armas y su caballo.



En 1137, el conde soberano de Barcelona, *Ramón Berenguer IV*, que ya era de hecho rey de Aragón por su matrimonio con Petronila de Aragón, hija de Ramiro II el Monje, insta a los templarios para que ocupen diversas encomiendas y castillos en Aragón y Catalunya, con

ánimos de resolver el problema sucesorio de la Corona de Aragón que, según el testamento de Alfonso I el Batallador, corresponde a las órdenes militares del Temple y del Hospital. Finalmente, el litigio se resuelve con la renuncia de éstas a la soberanía de dicho reino a cambio de los castillos de Montgaudí, Chalamera, Remolins, Corbins y Monzón y de un quinto de las tierras ganadas a los musulmanes. Pero

el monarca más representativo de todos los reyes que trabaron relaciones con los templarios en la península Ibérica, ya que también los hubo en Portugal y Castilla-León, fue *Jaime I el Conquistador*, rey de Aragón y Catalunya (1213-1276), soberano ilustrado y culto, cuyas miras políticas y sociales superaban con mucho las de los reyes de su época y, según algunos, comparable a la figura del mítico Federico II Staufen en su visión del mundo, ecuménica y universalista. La figura del sículo-germano Federico II Staufen ha despertado y sigue despertando un apasionamiento superior incluso a la de su abuelo Barbarroja. Los *sículos* eran una de las tres principales tribus que habitaban Sicilia antes de la llegada de los colonizadores griegos, según la tradicional división étnica de Tucídides, quién también dice que Italia fue denominada así por Ítalo, un rey de los sículos. Pasaron a Sicilia desde Italia y se establecieron en la parte central y septentrional de la isla, desplazando a los sicanos (*sikanoí*) hacia la parte meridional y occidental. Los élimos (griego *elymoi*) vivían en la parte occidental de la isla. Los sículos dieron a Sicilia el nombre que se ha mantenido desde la antigüedad, pero se fusionaron rápidamente en la cultura de la Magna Grecia. Ni los contemporáneos de Federico II ni los autores modernos han podido formar un juicio objetivo sobre tan contradictorio personaje. Político hábil y a menudo tortuoso, hombre extraordinariamente cultivado y-políglota, impulsor de la lírica italiana, interesado por el pensamiento de autores árabes y judíos, y con fama de refinado y sensual. Federico reunía todas las cualidades para que el cronista y monje de Saint Albans, Mateo París, le definiera como "*stupor mundi et inmutator mirabilis*". Menos favorable, el también cronista *Salimbene de Parma*, después de cantar sus cualidades lamentaba sus múltiples vicios: "*Si hubiera sido buen católico y amado a Dios y a la Iglesia -concluía- no hubiera tenido igual en el mundo*". Modernamente se ha destacado la figura del monarca como la de un adelantado a su época.

A fines del siglo pasado, J. Burckhardt le presentó como "*el primer hombre moderno*". E. Kantorowicz, uno de los grandes estudiosos del personaje, le consideró como fundador de la monarquía absoluta y creador de la moderna burocracia. F. Kampers le presenta como "*un precursor del Renacimiento*". Federico II era, desde 1215, depositario

de una doble herencia: la del Imperio germánico, por vía de su padre Enrique VI, y la siciliana, a través de su madre Constanza de Hauteville. En ambos territorios, el soberano hubo de afrontar intrincados problemas que trató de solventar con indudable habilidad pero que le granjearon numerosos enemigos. Alguno, tan poderoso como la Iglesia romana, promovería una campaña de desprestigio presentándole como amigo de judíos y musulmanes, sospechoso de herejía y tibio ante el grave peligro que para el Occidente suponía la expansión mongola hacia Centroeuropa. El monarca se sintió ante todo un italiano que descuidó con frecuencia los asuntos alemanes. Trató de convertir el reino de Sicilia en un Estado sustentado en una burocracia esencialmente laica y obediente de forma incondicional a los designios del soberano. En tal empresa contó con el apoyo de importantes colaboradores como *Piero della Vigna*, impulsor en 1231 de la redacción del "*Liber augustalis*" o "*Constituciones de Melfi*". Este texto, junto a la Universidad fundada años antes en Nápoles (1224) permitirían sentar las bases jurídicas para los Estados del Sur de Italia. Los sucesivos Pontífices soportaron mal esta política que suponía para ellos romper el equilibrio de fuerzas logrado en tiempo de Inocencio III. Un solo poder establecido sobre Alemania e Italia era mucho más de lo que los Papas podían tolerar. Diversas salidas de tono de Federico II y de los gibelinos italianos acabaron trabajando a favor de la propaganda de los Papas y el partido güelfo que presentaron a su rival como una especie de anticipo del Anticristo. Demasiado espectacular todo: Federico, bien por calculo o bien por tradición, jamás transgredió dogma alguno de la Iglesia. Su tolerancia hacia los musulmanes era una vieja herencia de sus antepasados normandos. Contra la herejía, además, el emperador actuó sin ninguna piedad. Desde 1220 hasta 1239 un conjunto de disposiciones, colocaron a los herejes fuera de la ley en el Sur de Italia y en el territorio alemán. Asimismo, a lo largo de toda su gestión política, Federico presentó sus múltiples diferencias con los Papas como cuestiones estrictamente personales. Su muerte, por último, apareció rodeada por los gestos propios de aquello que, pese a todo, había proclamado ser: un príncipe cristiano.



Al igual que Federico, Jaime I fue entregado a la custodia del Temple desde niño, por disposición de su madre, la condesa María de Montpellier, hija de la princesa Eudoxia de Bizancio, que a su vez era hija del emperador Manuel Commeno. Los templarios educaron al monarca,

pese a que la regla impide a la orden ocuparse de la de sus futuros caballeros menores de edad. No obstante, ya se convirtiera o no el rey en perfecto caballero templario, el Temple estaba interesado en la educación del príncipe, que, como Federico II, mantuvo a lo largo de su vida el anhelo de la conquista del mundo y su pacificación, la preocupación por la educación y el bienestar de sus súbditos y la idea de una misión superior, universalista, que trascendía las fronteras de sus reinos. Jaime I no sólo estuvo en relación estrecha con los templarios, sino que mantuvo estrechos contactos políticos y culturales con el Languedoc y la Provenza y rodeó al su hijo Jaime, al que hizo rey de Mallorca, de consejeros pertenecientes a familias cataras, con lo que el catarismo y los templarios se extendieron por la isla. En 1262 casó al infante Pedro, su primogénito, con la princesa Constanza Hohenstaufen, hija del rey Manfredo de Sicilia y nieta del emperador Federico II. Sus herederos recuperarían, en Sicilia, los derechos dinásticos de los Hohenstaufen, arrojados de su reino por la Casa de Anjou y la voluntad del Papa. El rey Jaime conquistó Mallorca y Valencia a los sarracenos y se preció siempre de respetar en sus reinos todas las formas religiosas de las que se reviste la fe. El impulso conquistador de Jaime I de Aragón y Catalunya condujo directamente a la expansión catalano-aragonesa por el Mediterráneo, empresa a la que no fue ajeno el Temple, dado su empeño en participar en todo acuerdo en la cuenca mediterránea.

Jaime I de Aragón *el Conquistador* (Montpellier, 2 de febrero de 1208 – Alcira, 27 de julio de 1276) fue rey de Aragón (1213-1276), de Valencia (1239-76) y de Mallorca (1229-1276), conde de Barcelona (1213-1276), señor de Montpellier (1219-1276) y de otros feudos en

Occitania. Hijo de Pedro II el Católico y de María de Montpellier, era el heredero de dos importantes linajes: la Casa de Aragón y el de los emperadores de Bizancio, por parte de su madre. Tuvo una infancia difícil. Su padre, que acabaría repudiando a la reina, sólo llegó a concebirlo mediante engaño de algunos nobles y eclesiásticos que temían por la falta de un sucesor. Estas circunstancias produjeron el rechazo de Pedro II hacia el pequeño Jaime, a quien no conoció sino a los dos años de su nacimiento. A esa edad, el rey hizo un pacto matrimonial para entregar a su hijo Jaime a la tutela de Simón, Señor de Montfort, para casarlo con la hija de éste, Amicia, para lo cual el niño iba a ser recluido en el castillo de Carcasona hasta los 18 años. A la muerte de su padre, durante la cruzada albigense, en la batalla de Muret (1213), Simón de Montfort se resistió a entregar a Jaime a los aragoneses hasta después de un año de reclamaciones y sólo por mandato del papa Inocencio III. Durante su minoría de edad, estuvo bajo la tutela de los caballeros templarios en el castillo de Monzón, habiendo sido encomendado a Guillem de Mont-Rodon, junto con su primo de la misma edad, el Conde de Provenza, Ramón Berenguer V. Mientras, actuaba como regente del reino el conde Sancho Raimúndez, hijo de Petronila de Aragón y Ramón Berenguer IV y tío abuelo de Jaime. Heredó el señorío de Montpellier a la muerte de su madre (1213). Huérfano de padre y madre, tenía unos 6 años cuando fue jurado en las Cortes de Lleida de 1214. En septiembre de 1218 se celebraron por primera vez en Lleida unas Cortes generales de aragoneses y catalanes, en las cuales fue declarado mayor de edad. En febrero de 1221 se desposó en la Catedral de Tarazona con Leonor de Castilla, hermana de Doña Berenguela y tía de Fernando III de Castilla. Anulado su primer casamiento por razón de parentesco, contrajo segundo matrimonio con la princesa Violante (1235), hija de Andrés II, rey de Hungría. Por el testamento de su primo Nuño Sánchez, heredó los condados de Rosellón y Cerdaña y el vizcondado de Fenolleda en Francia (1241).



En 1282, tras los tumultos de las *Vísperas Sicilianas*, desembarca Pedro III en Trápani y en Palermo y consigue una victoria total sobre las tropas de Carlos de Anjou. Pese al continuado apoyo papal a los angevinos, el príncipe Fadrique (Federico) de Aragón, hijo de Pedro III, consigue

recuperar Sicilia para sus descendientes, herederos a su vez de los derechos dinásticos de la Casa de Hohenstaufen. A este expansionismo contribuye la Orden del Temple y sus caballeros, algunos de gran renombre, como *Roger de Flor*, quien había entrado en el Temple muy joven. Roger de Flor (1266, Brindisi – 1305, Adrianópolis) fue un caballero templario y caudillo mercenario al servicio de la Corona de Aragón. Ejerció como uno de los capitanes de los almogávares y también fue conocido como Roger von Blume y Rutger Blume. Roger fue hijo de un oficial de cetrería del emperador Federico II llamado Ricardo y de una burguesa de Brindisi, donde él nació. Cuando se arruinó la familia, su madre le confió a un caballero de la Orden del Temple y allí fue Hermano sargento al mando del navío Halcón.

Participó en la última cruzada a Tierra Santa, donde se distinguió en la defensa de San Juan de Acre (1291). Sin embargo, los templarios le acusaron de haberse apropiado de tesoros de la orden en la confusión en la que se desarrolló el desalojo de la ciudad, por lo que fue expulsado de la orden. Aprovechando su experiencia militar, se hizo mercenario, entrando al servicio del rey Federico II de Sicilia (hijo de Pedro III el Grande de Aragón). Federico puso a Roger de Flor al mando de las compañías de almogávares, mercenarios aragoneses y catalanes que habían sido empleados por la Corona de Aragón en la conquista de Valencia y Mallorca y más tarde para que la Casa de Aragón consolidase su dominio de Sicilia frente a las pretensiones de la Casa de Anjou. Participó en la defensa de Mesina en 1302 demostrando dotes de auténtico líder.

Tras la Paz de Caltabellota (1302) entre Carlos II de Anjou y Federico de Sicilia, en 1303 se puso al servicio del emperador bizantino

Andrónico II Paleólogo, para ayudarle contra el peligro turco, al mando de una expedición de 4.000 almogávares, 1.500 soldados de caballería y 39 naves enviada por Federico (la *Gran Compañía Catalana*). Desfiló al mando de los almogávares, los cuales le tenían gran estima, ante el emperador bizantino en la ciudad de Constantinopla. Al mando de los almogávares aniquiló a los genoveses de Constantinopla, cosa que agradeció el emperador. Pasó a Anatolia y tomó las ciudades de Filadelfia, Magnesia y Éfeso, rechazando a los turcos hasta Cilicia y la Tauro (1304) siempre en batallas en inferioridad numérica. También durante la primavera de 1304 tuvo lugar una batalla entre los almogávares e invasores escitas procedentes del norte del Mar Negro (alanos), que fueron derrotados. En recompensa por los servicios al imperio, Andrónico le concedió el título de megaduque (comandante de la flota) y la mano de María, su sobrina e hija del zar de Bulgaria. Las batallas anteriores habían sido cortas y se provocaron mayor número de víctimas sobre todo en la retirada de los turcos del campo de batalla. Fueron de menor intensidad comparadas con la que se produjo cerca de las Puertas de Hierro. Roger de Flor y 8.000 almogávares derrotaron a un ejército turco compuesto por 30.000 soldados, en su mayoría jenízaros, causando 18.000 muertos enemigos. Después de esta gran victoria, los turcos se pensaron dos veces atacar de nuevo al Imperio Bizantino durante varios años y Roger fue proclamado César del Imperio, concediéndole aquél en feudo los territorios bizantinos en Asia Menor, con excepción de las ciudades. En la batalla destacó Berenguer de Entenza que había apoyado a Roger con 1.000 almogávares. A éste se le concedió el título de megaduque a petición de Roger.



Estratégicamente, la posición de Roger de Flor y Berenguer de Entenza en Bizancio favorecía el proyecto *Rex Bellator*, de Ramón Llull, que proponía en su *Liber de Fine* la ruta del Sur (Almería-Granada-Norte de África-Egipto) para proseguir la Cruzada, con ventaja de los reyes de la Corona

de Aragón, en caso de que hubiesen conseguido encabezar las órdenes militares unidas. Sin embargo, la situación de los almogávares en el imperio no era cómoda. Por una parte, al parecer cometieron excesos con la población griega local. Por otra, parece que la ambición de Roger de Flor era grande y pretendía erigirse en soberano de los territorios conquistados. Finalmente, su creciente ambición e influencia despertaron la hostilidad de Miguel IX, hijo de Andrónico II y asociado al gobierno del imperio. Así, éste le hizo asesinar en Adrianópolis durante un banquete junto con más de un centenar de jefes almogávares (5 de abril de 1305), y atacó posteriormente a las tropas almogávares. Sin embargo, no sólo no pudieron acabar con ellos, sino que los supervivientes, bajo el mando de Berenguer de Entenza, contraatacaron y arrasaron todo cuanto encontraron a su paso en Tracia y Macedonia (hechos conocidos como *Venganza catalana*). Finalmente se creó un ducado (Atenas y Neopatria) nominalmente dependiente de la Corona de Aragón. La figura de Roger de Flor alcanzó difusión entre sus contemporáneos gracias a la *Crónica de Muntaner*, inspirando la obra *Tirant lo Blanc*, de Joanot Martorell. Tras la disolución de la Orden del Temple, en 1312, Jaime II, rey de Aragón-Catalunya, Sicilia y Cerdeña (1267-1327), crea la Orden militar de Montesa (1317), con la finalidad de recibir a los templarios proscritos y a los huidos en secreto, y libremente a los declarados inocentes, pues convenía al reino contar con los caballeros para la vigilancia de sus fronteras.

Ya desde un principio del cristianismo, el papado se erige como sucesor de la magna obra de San Pedro y el imperio como la dignidad de la jerarquía romana por excelencia; pero ambos intereses, y en ocasiones ambas figuras políticas, coinciden, pues el pontífice máximo, representante y vicario de Cristo en la Tierra, «*siervo de los siervos de Dios*», obispo de Roma, se erige también en príncipe soberano del Estado de la Santa Sede, con lo que, lógicamente, entra en conflicto con el imperio en cuestiones temporales que conllevan irremediablemente pugnas en el terreno de la fe. Pero durante la Edad Media normalmente el sumo pontífice utiliza su elevada posición para mantener a raya al poder imperial. ¡En primer lugar, el emperador germánico no puede acceder a la dignidad imperial si no es con la aquiescencia del papa y

solo mediante la consagración y la sagrada unción, además de la coronación con la corona alemana de hierro o de Carlomagno que, naturalmente, ciñe el papa en las sienes de reyes y príncipes vasallos de la Santa Sede, y de! emperador de Alemania, que por algo se titula «*sacro emperador romano-germánico*». El verdadero conflicto surge cuando el pontífice romano usa de su poder para retirar la credibilidad que la Santa Sede concede a un determinado príncipe soberano y lo amenaza con la excomunión. En ese caso, el efecto perseguido, cuando no existe por parte del soberano levantisco auténtico temor de Dios y no vuelve voluntariamente al católico redil, es que el resto de príncipes de la cristiandad aprovechen el anatema para invadir las posesiones, Estados o territorios del proscrito. Esto ocurre así durante toda la Edad Media y los diversos papas que se suceden en el trono de san Pedro lanzan excomuniones frecuentes sobre las testas coronadas de Europa cuando no se avienen a sus pretensiones de orden político. Gregorio VII es el ejemplo más sobresaliente con la «*querella de las investiduras*» y su lucha por someter al emperador Enrique IV, de quien obtiene vasallaje tras la humillación de Canosa (1077). A lo largo de la historia otros muchos monarcas cristianos sufren la oposición papal, que normalmente conlleva pérdidas, guerras y ruina en sus Estados.



El Papa decreta la excomunión de estos príncipes o lanza sobre ellos una peculiar *cruzada* (por considerarlos rebeldes a su autoridad). Pedro II de Aragón y Federico II se cuentan entre los damnificados. De este modo las cruzadas sirven también para reforzar la supremacía del papado

sobre los reinos y en contra del Imperio, al que la Santa Sede obliga al sometimiento jerárquico y político. Esta contienda entre dos poderes se basa en que el papa usa su poder de sanción espiritual, mientras que el emperador aprovecha la fuerza de las armas, aunque el Papa también posee fuerzas de choque, aunque parezca un contrasentido.

Y en algunos casos los ejércitos imperiales consiguen, contra viento y marea, dominar a algún pontífice falto de carácter o rendido por la

fuerza de las circunstancias: Napoleón, Carlos V y Felipe IV de Francia consiguieron imponer el poder temporal al espiritual de Roma, aunque sin detenerse a reflexionar sobre el respeto debido a la persona física del Santo Padre. Los partidarios de uno y de otro poder reciben el nombre de *güelfos* y de *gibelinos*, ya sean seguidores del papa o del emperador respectivamente y sus ideas originaron sangrientas guerras durante todo el Medievo, sobre todo en las ciudades-Estado de Italia del Centro y del Norte. Tras la creación de la orden templaria, el papado cuenta ya con un brazo armado de élite. Pero la orden no se resigna a actuar como un apéndice de la Iglesia católica e intentará conseguir por sí misma lo que había pretendido el papado desde un principio, la hegemonía política en el orbe cristiano. En todo caso, los templarios se encuentran entre dos poderes, pues deben servir al papa sin enfrentarse con el emperador, aunque la verdadera lucha de la orden es conseguir sus fines sin chocar con ninguno de los dos. En el confuso panorama político de Tierra Santa, las órdenes militares cumplen un papel diario de defensa y protección de la población civil, pero también participan cada vez más asiduamente en los enfrentamientos contra los sarracenos que organizan los ejércitos francos de los cruzados.

Los intereses políticos de las naciones soberanas que confluyeron en Tierra Santa, como si se tratara de un terreno de experimentación bélica, conducen a combates y escaramuzas continuos con los califas de Bagdad o con los sultanes de Egipto que, al igual que los cruzados, sostienen entre sí interminables luchas por el poder en la región, muchas veces también de origen religioso. En Tierra Santa las tropas cristianas adolecen de idénticas debilidades, lo que en muchas ocasiones origina la pérdida de una plaza o la derrota en una batalla. Las Órdenes del Temple y del Hospital se enfrentan continuamente, aunque luego combaten juntas contra el enemigo común. Los conflictos dinásticos de los reyes de Jerusalén, sumados a las rivalidades entre los nobles europeos, las órdenes y el patriarca de Jerusalén ayudan a un clima de inestabilidad en la zona. Tampoco los templarios suelen estar de acuerdo entre sí en ciertas importantes decisiones o respecto a la elección de algún gran maestro, como sucede en el caso de Gerardo de Ridefort. Sin embargo, el papel de las órdenes

en Tierra Santa tiene cada vez mayor relevancia, pues intervienen directamente en la política del reino. Los dos grandes maestros del Temple y del Hospital forman parte del Consejo del rey, aunque no siempre apoyan sus decisiones. En 1168 el gran maestro de la orden, *Bertrán de Blanquefort* (1156-1169) se niega a prestar dinero al monarca. Más tarde este dignatario será hecho prisionero cuando defiende una fortaleza del Hospital contra las tropas de Saladino, el auténtico enemigo común de los cruzados. *Salah al-Din Yusuf* (1138-1193), conocido en Occidente por *Saladito*, sultán ayubí de Egipto y de Siria, fue el fundador del mayor imperio musulmán en el Mediterráneo oriental que existió desde que se iniciaron las cruzadas, pues las expediciones cristianas parecen haber despertado también la necesidad de *reconquista* por parte de los árabes. Los grandes maestros del Temple conocieron su arrojo y la firmeza con la que condujo la política de expansión de su imperio. Su fama de hombre cultivado y erudito se equiparó a la que ya tenía en todos sus reinos como devoto musulmán e incluso su fama trascendió más allá de Tierra Santa y llegó a Europa, donde se le temía y admiraba a un tiempo. Pero su respuesta bélica a las cruzadas ocasionó grandes problemas a los cristianos de Tierra Santa. Organizó *razzias* e incursiones en donde murieron numerosos templarios. En 1179 atacó Beaufort y doblegó las defensas de la fortaleza. Saladino hizo mil prisioneros, entre templarios y los que los servían, que fueron pasados a cuchillo en su mayor parte. Sólo concedió gracia de la vida al gran maestro, Eudes de Saint-Amand, que murió en prisión.



La orden del Temple nació dentro del ambiente de fervor religioso y bélico ligado a las cruzadas cristianas en Tierra Santa. El primer grupo se formó en 1120, y nueve años después la fundación era confirmada por la Iglesia. Su expansión alcanzó a toda la Cristiandad, incluida España,

donde los templarios recibieron las primeras donaciones en 1128. Pero ni ellos mismos podían imaginar que en 1134 recibirían la herencia

nada menos que de los reinos de Aragón y Navarra, pues Alfonso el Batallador, un rey que destacó por su espíritu caballeresco y místico, decidió en su testamento entregar a la orden del Temple todos sus dominios. En la práctica, se trataba de una decisión inaplicable, de modo que los templarios debieron conformarse con la donación de numerosos castillos, con los que incrementaron de forma notable sus posesiones. De este modo, a finales del siglo XII la orden llegó a poseer 36 encomiendas en Aragón, Catalunya y Valencia, prácticamente el mismo número que acumuló en Castilla, donde su penetración fue más tardía. La riqueza de los templarios creció en pocas décadas de una forma exorbitante, no sólo gracias a las donaciones de señoríos, sino también por su actividades comerciales e incluso bancarias. Ello hizo que se multiplicaran del mismo modo sus enemigos. Fueron estos quienes a principios del siglo XIV indujeron al rey de Francia a impulsar un célebre proceso contra los templarios que terminó en la disolución de la orden por el papado en 1307. En España esta decisión se recibió con reservas, pero finalmente se aplicó. En la Corona de Aragón, los bienes de los templarios pasaron a las órdenes de San Juan y de Montesa, mientras que en Castilla fue la aristocracia la que sacó mejor tajada, junto con la orden de Calatrava y la misma realeza. Nada quedó, pues, de aquella orden entregada a la lucha contra el infiel que, a la vez, había encontrado la manera de acrecentar su poder temporal de un modo escandaloso. Su recuerdo pronto se convirtió en mito.



A lo largo de la Edad Media, las imágenes de las Vírgenes de rasgos europeos pero de piel negra, fueron abundantes. Tanto es así, que algunas de ellas han llegado hasta nuestros días. Buenos ejemplos lo constituyen las Vírgenes francesas de Marsat y Rocamadour, las alemanas de Altötting y Colonia, las británicas de Glastonbury y Walsingham, las italianas de Loreto y Nápoles, las españolas de Montserrat y Solsona (Catalunya), la de Atocha (Madrid) o Guadalupe (Extremadura), por

mencionar tan solo unas cuantas. La realidad es que en cada lugar donde hubo un santuario a la *Madre Tierra* se instaló una *Virgen Negra*. Los autores de esta substitución fueron miembros de órdenes esotéricas, integrados en importantes órdenes religiosas, como las de San Antón, San Benito o el Temple. Oriente Medio siempre fue un punto de confluencia donde se dieron cita tanto las grandes como las pequeñas religiones místicas de la antigüedad. En tiempos de las Cruzadas, Tierra Santa conservaba aún restos de cultos iniciáticos a Dionisos, Mithra e Isis, que se entremezclaban con las prácticas de algunos grupos de cristianos orientales. Entre los cultos de Oriente Medio sobresale el de la *Diosa Madre*, que aparece en todas las grandes religiones de la antigüedad, aunque su origen es anterior a ellas. Encontramos así, bajo diversas formas, una *Gran Madre o Diosa Tierra*, cuyos más antiguos antecedentes son las "*Venus paleolíticas*" de la prehistoria. Estas diosas (Isis, Astarté, Cibeles o Artemisa), fueron representadas generalmente de color negro porque eran el símbolo de la *Tierra primigenia* que, una vez fecundada por el Sol, se convertía en fuente de toda vida. Pero también porque muchas de esas imágenes substituían a una *Piedra Negra* de origen meteorítico (como la Kaaba, en la Meca), que había sido venerada en esos santuarios desde tiempo inmemorial.

Pero los peores momentos para la orden en el terreno bélico estaban por venir. Durante el maestrazgo de *Arnaldo de Torroja* (1180-1184), tras las derrotas infringidas por Saladino a los ejércitos cruzados, éstos no tienen otra salida que avenirse a pactos desiguales con el sultán. La sensación de precariedad en Tierra Santa empieza a extenderse entre los cristianos y el desaliento cunde entre los templarios, pero también se despierta la intriga y el interés personal dentro del Temple, azuzados por las desavenencias entre los príncipes jerosolimitanos y la corte real. En 1185 es elegido gran maestre del Temple *Gerardo de Ridefort* (1185-1189), que participa directamente en todo tipo de confabulaciones y se granjea la fama de hombre intrigante merced a su descarado favoritismo hacia Guido de Lusignan, quien se había casado con la princesa Sibila, hermana de Balduino IV. Después de una incursión en tierras musulmanas por parte de Rinaldo de Châtillon, Saladino se prepara para un gran ataque que sólo puede detener la

diplomacia. Pero la prepotencia de Ridefort y su actuación apresurada provoca la cólera de Saladino, que destruye completamente el ejército cristiano en la Fuente del Berro (1187), combate del que sólo Ridefort sale con vida. A esta derrota sigue la de los Cuernos de Hattin, lugar en que Saladino hace 15,000 prisioneros cristianos que entrega al suplicio o toma como esclavos. Dispone allí mismo la muerte de Châtillon y de más de doscientos templarios y hospitalarios que combatían codo con codo, pues el sultán de Egipto y de Siria detestaba especialmente a estos cuerpos de élite a los que considera «*una mala ralea*» y cuya dedicación a la causa cristiana no admira en absoluto, siendo como es un hombre de probada integridad moral. No obstante, y haciendo gala de gran generosidad, perdona la vida al rey y a sus dignatarios. Y, dato curioso, también a Ridefort, el gran maestre del Temple, contra todo precedente y pese al odio que siente por las órdenes. La sospecha de traición marcará desde entonces el honor de Ridefort, pues se insinúa que obtuvo la gracia de la vida a cambio de la abjuración. Ridefort muere durante el sitio de Acre en 1191 y le sucede *Roberto de Sable* (1191-1193) en la jefatura del Temple.



Tras semejante desastre de los ejércitos cristianos, Saladino encuentra empresa fácil asediar Jerusalén, la tres veces santa, y tomar la ciudad (1187), con lo que se arruina toda la obra cruzada y los Santos Lugares pasan a manos musulmanas, para quienes también son sagrados, hasta el

corto interregno en que Federico II consigue su devolución sin alzar la espada (1229-1244). Jerusalén, como centro visible de la cristiandad, es la meta de los peregrinos, cuyo periplo deja de tener sentido, además de convertirse en una empresa sumamente peligrosa. Jerusalén pertenecerá a lo largo de la historia a alguna de las tres religiones y su importancia radica en su simbolismo, meta de los tres credos, a la que muchos llegan exangües, consumiendo sus últimas fuerzas, tras recorrer penosamente miles de kilómetros, para besar el suelo del Santo Sepulcro y luego morir. Morir en la Jerusalén terrenal

para ascender a la Jerusalén celestial. «*Pero esta Jerusalén*», dirá San Bernardo en una carta al obispo de Lincoln en 1129, «*aliada a la Jerusalén celeste (...) es Clara*val». Tras el triunfo musulmán sigue la conquista generalizada de la mayoría de las posesiones cruzadas en Palestina por parte de las tropas de Saladino. Estos dramáticos hechos provocarán la convocatoria de la III Cruzada por las fuerzas conjuntas de Felipe Augusto, rey de Francia, y de su vasallo feudal Ricardo Corazón de León, que consiguen recuperar Acre, donde muere Ridefort. Pero la hegemonía de los cristianos en Tierra Santa ya ha sufrido una importante mengua y una derrota histórica con la pérdida de la ciudad. Origen de grandes padecimientos y derramamientos de sangre, la metrópoli se yergue impasible en medio del desolado desierto y sus espléndidas murallas encierran los tesoros más anhelados por la cristiandad: «*Soy negra, pero soy hermosa*», dirá Salomón en *El Cantar de los Cantares*.

Hasta aquí se producen los momentos más apasionantes en la trayectoria de la Orden del Temple y también los más brillantes. Como si los acontecimientos respondieran a una señal del destino, la caída de la Ciudad Santa marcó el declive en el que entrarían tanto las cruzadas como la vida de las órdenes militares. El interés en provecho propio, la acumulación de riquezas y las disensiones intestinas y con la orden del Hospital marcan al Temple, que empieza a perder simpatías entre el pueblo llano y a convertirse en una institución peligrosa para muchos soberanos, aborrecida unas veces y temida otras. Así, Saladino no se contiene a la hora de censurar a los templarios y de tacharlos, según las crónicas, de sodomitas y renegados de su propia fe. Bien es cierto que se trata de un musulmán el que así opina contra sus enemigos naturales, considerados *infieles* por los mahometanos. Pero tampoco Federico II, al que se le suponen lazos y vínculos más estrechos con la orden, retiene su lengua a la hora de expresarse sobre el Temple, al que considera infestado de «*traidores y perjuros*», pues ha sabido que los caballeros en Tierra Santa, de una carta del emperador a Ricardo de Cornualles, en 1244, «*reciben a los sultanes y a sus gentes con gran ceremonia e invocando al Profeta*». En 1307, las opiniones no pueden ser más desfavorables cuando proceden del rey de Francia, de Nogaret o de alguno de sus adláteres. Ahora ya el

Temple es el mismo demonio y ellos, los funcionarios reales y la jerarquía eclesiástica francesa, son los encargados de poner las cosas en su sitio y de castigar «*los crímenes de aquellos lobos con apariencia de corderos*», en palabras de Felipe IV. El papa Inocencio III (1198-1216) es una figura controvertida de esta época y su actuación en el contexto de una Edad Media, azotada por la terrible peste, las guerras, las expediciones cruzadas y la lucha contra la herejía, es denostada por unos y elogiada por otros. Este Papa defensor de los templarios fue preceptor del emperador Federico II durante la minoría de edad de éste en Sicilia y se cree que estuvo, como el propio emperador, en contacto estrecho con el Temple, que influyó decisivamente en sus posteriores actuaciones.



Pero, también como en el caso de Federico II, el Papa se fue apartando progresivamente de la amistad con los templarios hasta convertirse en su enemigo y detractor, pues se queja continuamente de ellos, ya que no contribuyen con sus bienes monetarios todo lo necesario al

mantenimiento de la Iglesia y las cruzadas. En definitiva, la orden, quizá demasiado implicada secretamente con los cátaros o *perfectos* de Albi, se muestra reacia a colaborar con las expectativas papales. Su actitud para con los albigenses o cataros de la ciudad occitana de Albi fue en extremo dura después del asesinato del legado pontificio Pedro de Castelnau y su política muy dolorosa para la cristiandad. Pertrechado en sus profundas convicciones católicas no toleró la herejía y sancionó las matanzas de los condados de Provenza y de Tolosa, que culminaron con la muerte en la hoguera de doscientos cataros (Montségur, 1244) y con grandes brotes de violencia. Inocencio se vio obligado a tomar bajo su protección al conde soberano Raimundo de Tolosa, quien había fomentado la herejía en sus territorios, como, por otra parte, había hecho toda la nobleza occitana y provenzal. Respecto a la IV Cruzada, el Papa tuvo que asistir impasible al saqueo de Constantinopla, que, como en el caso de los albigenses, trató de

impedir en última instancia. Pero Inocencio III no logró, en ninguno de ambos casos, aplacar el fuego devastador que había encendido su política de intransigencia. Luis IX, rey de Francia (1214-1270), fue un monarca ejemplar y condujo una existencia devota como pocos caballeros de su época, dando incluso ejemplo cristiano en los momentos más adversos, como cuando cayó prisionero en Egipto durante la VII Cruzada o cuando la peste terminó con su vida a las puertas de Túnez (VIII Cruzada). Tanto es así que muchos caballeros musulmanes se convirtieron al cristianismo edificadas por la fortaleza de su espíritu y la rectitud de su proceder. temeroso de Dios. Pero inclinado excesivamente a la penitencia y a los rigores de las prácticas ascéticas tradicionales, se distancia considerablemente de Federico II Staufen, a quien los historiadores consideran un estadista plenamente moderno y un adelantado a su época en su criterio e ideas, vanguardista y tolerante. Frente a la brillante figura del erudito emperador, la imagen del rey de Francia palidece por su sometimiento a los dictados pontificios. Aunque renuente, el rey santo envió, a requerimiento papal, los ejércitos *cruzados*, encabezados por su hermano, Carlos de Anjou, que exterminarían a los últimos Hohenstaufen.

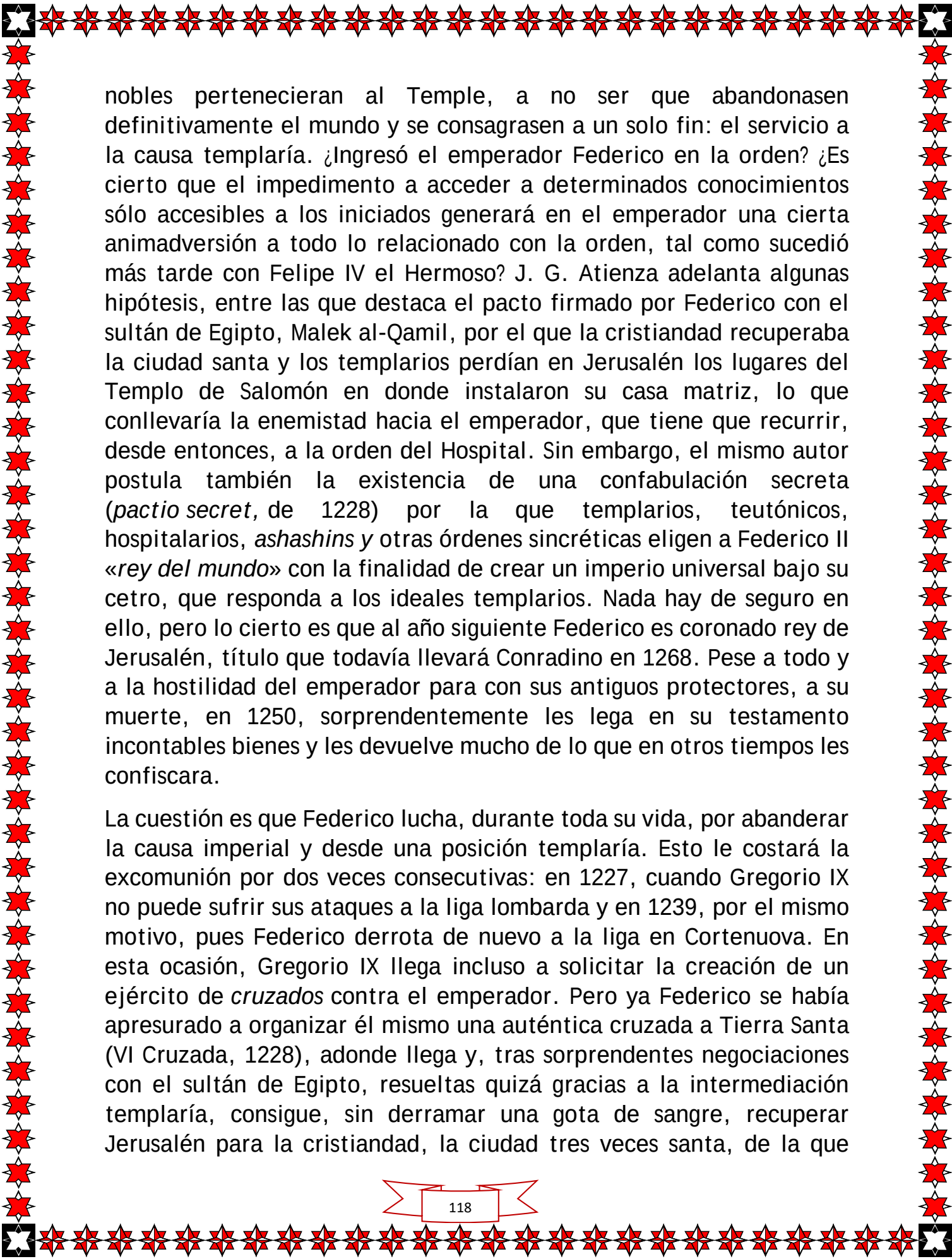
El rey Luis IX fue canonizado por Bonifacio VIII en 1297 y en la ceremonia papal ondeó la *oriflama* de san Luis, el estandarte real de Francia, que trae campo de azur con flor de lis de oro. ¿Quién fue este aliado del Temple que, pese a su educación vinculada a la orden, la perseguirá y se volverá en su contra? Se trata de un hombre inteligente e impetuoso, jefe de la secular Casa de los Staufen o Hohenstaufen (los Grandes Staufen), educado por el papa Inocencio III, también en un tiempo proclive a las enseñanzas templarías. Era hijo del emperador germánico Enrique VI, que fuera azote de la humanidad y de su propia familia, así como nieto de Federico I Barbarroja. *Federico II* es un hombre de enigmática personalidad, decidido y apuesto, de rasgos proporcionados y amplia frente, como nos muestra el busto del Museo Nacional de Berlín. Ha luchado por abrirse camino hacia el imperio y para que el Sacro Imperio Romano Germánico no cediese ante las exigencias del poder temporal de la Iglesia católica, que pretende para sí, y no para los sacros emperadores alemanes, la hegemonía y el poder

de decisión, tanto en lo religioso como en lo político. Federico II se educó junto a hombres enviados a Palermo por Inocencio III, correligionarios de éste. Uno de ellos, el cardenal Savelli de Perugia, será luego el papa Honorio III, que ha aprendido ideologías proclives a las teorías templarias que más tarde serán condenadas en toda Europa. Aun así, la enemistad entre Federico y el papado, ya muerto Inocencio III, no deja lugar a dudas. El emperador se considera el heredero de los Césares; el Papa pretende la autoridad absoluta. Renace y se recrudece el nunca extinto conflicto entre güelfos y gibelinos: los primeros, partidarios del Papa; los segundos, del emperador. Federico II es hijo de *Constanza de las Dos Sicilias*. Esta princesa normando-siciliana sufrió toda su vida la animadversión del emperador Enrique VI, su esposo, quien por intereses políticos encaminados al sometimiento del sur de Italia, diezmó en el suplicio a toda la familia normando-siciliana de Constanza. Pero este matrimonio había sido también el vínculo entre los Hauteville y la Casa de Suabia. A la muerte de la emperatriz, que muere un año después del fallecimiento del emperador, a decir de muchos, envenenado por iniciativa de la propia Constanza, la tutela y guarda del joven Federico Roger Staufen, de cuatro años de edad, pasa al papa Inocencio III, ya que Constanza de Sicilia no quería ver a su hijo en manos alemanas.



Desde su nacimiento en Iesi, Ancona, a la temprana edad de cuatro años, Federico Roger aprende a amar un país lejano al feudo en que gobernaron sus ancestros. Italia será para él la auténtica patria. Pero no olvidará nunca la misión imperial: reunir bajo un solo cetro el gobierno de

Europa. Se trata, pues, de una meta absolutamente coincidente con los ideales europeístas y universalistas de los templarios, que han llegado al joven emperador a través de Inocencio III, protector en un principio de la orden. Incluso se sospecha que ambos hombres habrían sido templarios en uno de los primeros grados de pertenencia a ésta, de la que luego se separaron porque los estatutos no permitían que



nobles pertenecieran al Temple, a no ser que abandonasen definitivamente el mundo y se consagrasen a un solo fin: el servicio a la causa templaria. ¿Ingresó el emperador Federico en la orden? ¿Es cierto que el impedimento a acceder a determinados conocimientos sólo accesibles a los iniciados generará en el emperador una cierta animadversión a todo lo relacionado con la orden, tal como sucedió más tarde con Felipe IV el Hermoso? J. G. Atienza adelanta algunas hipótesis, entre las que destaca el pacto firmado por Federico con el sultán de Egipto, Malek al-Qamil, por el que la cristiandad recuperaba la ciudad santa y los templarios perdían en Jerusalén los lugares del Templo de Salomón en donde instalaron su casa matriz, lo que conllevaría la enemistad hacia el emperador, que tiene que recurrir, desde entonces, a la orden del Hospital. Sin embargo, el mismo autor postula también la existencia de una confabulación secreta (*pactio secret*, de 1228) por la que templarios, teutónicos, hospitalarios, *ashashins* y otras órdenes sincréticas eligen a Federico II «rey del mundo» con la finalidad de crear un imperio universal bajo su cetro, que responda a los ideales templarios. Nada hay de seguro en ello, pero lo cierto es que al año siguiente Federico es coronado rey de Jerusalén, título que todavía llevará Conradino en 1268. Pese a todo y a la hostilidad del emperador para con sus antiguos protectores, a su muerte, en 1250, sorprendentemente les lega en su testamento incontables bienes y les devuelve mucho de lo que en otros tiempos les confiscara.

La cuestión es que Federico lucha, durante toda su vida, por abanderar la causa imperial y desde una posición templaria. Esto le costará la excomunión por dos veces consecutivas: en 1227, cuando Gregorio IX no puede sufrir sus ataques a la liga lombarda y en 1239, por el mismo motivo, pues Federico derrota de nuevo a la liga en Cortenuova. En esta ocasión, Gregorio IX llega incluso a solicitar la creación de un ejército de *cruzados* contra el emperador. Pero ya Federico se había apresurado a organizar él mismo una auténtica cruzada a Tierra Santa (VI Cruzada, 1228), adonde llega y, tras sorprendentes negociaciones con el sultán de Egipto, resueltas quizá gracias a la intermediación templaria, consigue, sin derramar una gota de sangre, recuperar Jerusalén para la cristiandad, la ciudad tres veces santa, de la que

Federico es proclamado rey gracias a su matrimonio con Isabel, hija de Juan de Brienne. Su oposición al papado es un asunto de toda una vida y Gregorio IX es su principal oponente, quizá también un importante rival ideológico. Federico es un hombre lúcido y culto, habla a la perfección el latín, el griego y el árabe, no así el alemán y el francés, lenguas en las que se expresa con dificultad. Ha asimilado las tradiciones orientales y las incluye en su propio acervo cultural, llegando a *«hacer vida en la que no rechaza los modos y las usanzas musulmanas»*, para escándalo de sus enemigos, para los que la recta vía empieza y acaba en las enseñanzas de la Iglesia romana. Por todo ello fue llamado el *«Anticristo»*, pues Federico cuestionó el poder papal de *«atar y desatar»* y de inmiscuirse en lo temporal, ya que creía que la cátedra de Pedro no tenía más misión que la de servir de guía a las conciencias y no a las naciones ni a sus patrimonios. El emperador poseía una propia visión del mundo, apartada de las enseñanzas y los dictados eclesiásticos, y creía en supuestos espirituales que entraban en contradicción con los postulados católicos. Y todo ello coincide quizá excesivamente con la ideología templaria.



Cuando en 1241 Gregorio IX predica su cruzada contra el emperador y convoca un concilio para darle un escarmiento, Federico II hace cercar las naves que conducen a los purpurados a Roma y los aísla en plena mar. Los cardenales no pueden reunirse para dictar su anatema contra el príncipe alemán. Celestino IV, Inocencio IV y Clemente IV son los siguientes papas que se oponen a su poder. Pero Federico II Staufen no deja nunca de seguir su particular ideario: un imperio universalista, una organización racional y moderna de los sistemas de gobierno en sus Estados (constituciones de Melfi de 1231), una mayor apertura hacia las culturas extranjeras y orientales, ecumenismo de sus pautas sociológicas y políticas y separación de poderes en lo religioso y en lo temporal. No obstante, esta fidelidad a una ideología de renovación llega, como la propia idea templaria, antes de lo previsto en el

programa de evolución ideológico de la humanidad. Y es la causa de la ruina de su Casa Imperial y de su estirpe. El 13 de diciembre de 1250, el sacro emperador romano-germánico Federico II Hohenstaufen, espejo de caballeros alemanes y cristianos, que en su persona y conducta había aunado el ideal gótico del paladín medieval a la amplitud de miras del gentilhomme renacentista italiano y a la erudición del noble árabe de Córdoba o de Damasco, muere en su castillo de Fiorentino, en Apulia, a caballo entre dos mundos, como había vivido. Y su guardia de corps, compuesta de soldados sarracenos, acompaña sus restos mortales a Palermo, en cuya catedral descansarán. Muy cerca, la fortaleza de Castel del Monte, que el emperador mandara construir en 1233 a Philippe Chivard, muestra todavía su arquitectura octogonal propia de un templo solar y su curiosa distribución donde, a decir de muchos, se reunían los enviados de aquellas órdenes esotéricas y proscritas que, al paio de los dictámenes romanos, pretendían erigir al gran Staufen en *imperator mundi*.

En 1265, el papa Clemente IV, que no ha conseguido que el rey Manfredo de las Dos Sicilias, hijo natural del emperador Federico II Staufen, lo reconozca como señor feudal, llama en su ayuda al rey de Francia, Luis IX *el Santo*. Manfredo Staufen ocupa Toscana y pretende sitiar Roma. Pero Carlos de Anjou, conde de Provenza y hermano del rey de Francia, conduce su ejército victorioso de *cruzados* contra Nápoles y presenta batalla a Manfredo, quien muere en la refriega (Benevento, 1266). Por orden expresa del papa, Carlos de Anjou se esfuerza por «*extirpar la semilla del hereje*». Este «hereje» no es otro que «*Federico el Babilonio*», a decir del pontífice: el emperador Federico II Staufen. Tras la fulminante conquista del reino de las Dos Sicilias, la reina Elena, princesa griega de Spira y esposa de Manfredo, y sus tres hijos son perseguidos hasta Apulia, apresados y conducidos a una fortaleza de la que no volverán a salir; Enzo, rey de Italia, hijo del emperador Federico, es detenido en Bolonia y aislado en su castillo para el resto de sus días. La princesa Beatriz es arrojada a una prisión durante veintidós años. Tras la derrota de Tagliacozzo, el duque Conrado de Suabia, hijo del rey Conrado IV de Alemania y, por tanto, nieto del emperador Federico, sube al cadalso. A sus espaldas

el *Mercato Vecchio* y las *loggie*, y más allá el mar que baña un territorio eternamente disputado a lo largo de la historia por franco-normandos, alemanes, catalano-aragoneses y más tarde franceses y españoles: el *reino de las Dos Sicilias*. formado por la isla de Sicilia y el reino de Nápoles. Sobre la tribuna real ondean las banderas con la flor de lis y los estandartes papales. Carlos de Anjou certifica con su presencia la legitimidad del acto y con su triunfo militar la hegemonía angevina en el reino meridional. El duque de Suabia, Conradino, como lo llaman los italianos, de apenas dieciséis años, es decapitado junto al margrave Federico de Badén y mil caballeros alemanes. La sangre de los Staufen no volverá a resurgir en el escenario de la política europea y los descendientes de Federico II serán aniquilados uno por uno, a tenor de los dictados del romano pontífice y los intereses políticos de Luis IX, rey de Francia, a quien la Iglesia católica paga sus servicios *post mortem* habilitando su escandalosa canonización en 1296. Las *Dos Sicilias* pasan a poder de los reyes de Francia y la titularidad del Sacro Imperio Romano Germánico a la Casa de Habsburgo durante los seis siglos siguientes.



Estos dos personajes paradigmáticos, el devoto rey de Francia y Federico II, el emperador más ilustrado y humanista de la Edad Media, son precisamente representativos de la nobleza medieval. Luis IX, porque su vida fue un modelo de virtudes cristianas, plena de actos de caridad y devoción,

aunque luego actúa con crueldad con los familiares de Federico. Éste, porque sus miras políticas, culturales y sociales trascendieron con mucho el marco histórico en el que vivió. Quizá se atisba en Federico la educación templaria y su ánimo de transcendencia alejado de unos postulados eminentemente piadosos, pero restrictivos de la libertad de conciencia y actuación, propios del hombre medieval. El ideal templario, sin embargo, y su visión cósmica del mundo afloran en el emperador Staufen y lo hacen partícipe de la sabiduría de otras

civilizaciones, de sus costumbres y modos, algo que sólo los monarcas castellanos y catalano-aragoneses llegan a vislumbrar en una España incipiente y todavía dividida, pues sólo ellos son capaces de luchar contra el imperio musulmán y adecuarse, a la vez, a sus costumbres, abrirse a su pensamiento e incluso mezclar sus sangres con las dinastías damascenas, con los reyes moros de Valencia o Zaragoza. Esta tarea, propia de mentalidades posteriores a las medievales, es precisamente la intención templaria, más afín al universalismo y al ecumenismo religioso que la doctrina de la propia Iglesia católica, que ha creado la orden.

Sin embargo, aunque en la superficie de los hechos, los templarios luchan a muerte contra la hegemonía musulmana, en las profundidades de las líneas maestras de la actuación social y política de la orden, los grandes iniciados o, por lo menos, los hombres educados en sus presupuestos, vuelan con gran amplitud de criterio, como el emperador Federico, por encima de fronteras y credos y comparten, aunque sea secretamente, un único ideal espiritual y propugnan su triunfo en todo el universo civilizado, basado en la idea sinárquica de gobierno del mundo. Quizá se trata de un ideal paralelo al que persigue la Iglesia católica, que se ve obligada a actuar cuando sus jerarcas advierten que la Orden del Temple ha superado los presupuestos para los que fue creada y que, como un hijo díscolo y demasiado crecido, detenta un poder colosal, pues la orden resulta fiadora económicamente en numerosas ocasiones de los propios pontífices romanos. Y con las suspicacias llega el fin. En los próximos siglos, la Iglesia romana confiará su brazo ejecutor a la orden de los dominicos, quienes se encargarán de los procesos inquisitoriales contra toda desviación dogmática. Durante su proceso, los templarios, otrora dueños y señores de Tierra Santa y de gran parte de Europa, tendrán que sufrir los contundentes y crueles interrogatorios de estos monjes, que se han erigido en la mano derecha del Papa y a los que el vulgo da el apelativo de *Domini canes*: «los perros del Señor».



En el siglo XII surge en el Mediodía francés la herejía denominada «*de los albigenses*», por tener sus raíces en la ciudad occitana de Albi. Los albigenses predicán la realización de un sistema de vida puro (en griego *catharos*, de donde proviene su otra denominación), alejado de toda relación con la

carne, que entronca con antiguos principios maniqueístas sobre el bien y el mal. No creen en la divinidad de Jesucristo y practican una especie de cristianismo primitivo; visten de blanco y realizan ceremonias de iniciación en las que los fieles reciben el *consolamentum*. Los albigenses o cataros, también llamados «perfectos» o «puros», *popelicans* en occitano (pelícanos), por corresponder esta ave con significados esotéricos profundos de sus creencias, son llamados muy pronto al orden por la Iglesia de Roma. Apoyados por el conde de Tolosa Raimundo VI, por el conde de Foix y el vizconde de Béziers, su expansión religiosa alcanza enseguida Provenza y Aragón-Catalunya y encuentra numerosos seguidores entre la alta nobleza de estos Estados. Pero los enfrentamientos con los enviados de la Santa Sede y los dominicos degeneran en el asesinato del legado pontificio Pedro de Castelnau (1208), lo que empuja a Inocencio III predicar la sangrienta *cruzada contra los albigenses*. Durante las persecuciones, los templarios abren a los cataros las puertas de sus castillos, con lo que muchos salvan la vida. Así, existe la duda de si la orden intentó proteger la herejía en secreto y si estaba vinculada a estos grupos en contra de la voluntad del Papa. Simón de Montfort se puso al frente de los *cruzados* y atacó Béziers (1209), donde se pasó a cuchillo a 20,000 personas. El catarismo se extinguió tras el asedio de diversas fortalezas en las que los albigenses se habían hecho fuertes y, sobre todo, de Montségur (1244), durante cuyo sitio los asediados *esperaban «quizá la llegada de las tropas de Federico II como último recurso»*. Tras la rendición de los cataros, entre los que se contaban el señor feudal y sus familiares, subieron a la hoguera doscientas personas, mujeres y niños incluidos, que se sumaron a los condenados en 1211 en Lavaux (400 personas), en Montwimer (188 personas) y otros lugares.

La leyenda cuenta que Montségur era el *Montsalvat* legendario y que los cataros eran depositarios del santo Grial. Lo cierto es que se encaminaban a las piras cantando, en grupos, vestidos de blanco y sonrientes. Hay un cierto paralelismo con los mártires del cristianismo primitivo, cuando éstos se dirigían, ante los atónitos ojos de la multitud, al encuentro de los leones y las fieras de los circos romanos. Sólo que ahora los verdugos son los inquisidores que envían a los *perfectos* a las llamas. Mientras toda la cristiandad se bate en luchas internas y los cruzados llevan el católico estandarte a una Tierra Santa regada por la sangre de los infieles, sólo los cataros parecen seguir el ejemplo de los cristianos primitivos que se niegan a recurrir a la violencia de la espada: a la hora de la muerte los perfectos de Albi y Montségur se encaminan a la pira con las manos desnudas. Pese a todo, los templarios recorrerán también tarde o temprano este camino de martirio y de ignominia y ascenderán a las hogueras que habrá encendido la voluntad del papa. Tras el maestrazgo de Tomás de Bérard, es elegido gran maestro de la Orden *Guillermo de Beaujeu* (1273-1291), que encontrará la muerte en el sitio de Acre, sede de la casa presbiterial desde la pérdida definitiva de Jerusalén. En 1291, el sultán de Egipto ataca en primer lugar Trípoli, arrasa la ciudad y da muerte a sus moradores. A continuación, asedia Acre y, tras una esforzada defensa de la guarnición y de los caballeros de las órdenes, la ciudadela se rinde. El gran maestro muere en la refriega y parte de la población consigue huir precipitadamente a Chipre. Pero ya todo está perdido para la causa cristiana en Tierra Santa. A los pocos días caen Tiro, Sidón y Beirut. Beaufort está en poder de los musulmanes desde 1268 y los templarios supervivientes se embarcan hacia Château-Pélerin, pero el castillo es evacuado a los pocos meses. Los caballeros renuncian a defender su fortaleza más preciada y se retiran a Chipre.



En este pequeño reino que es casi completamente feudo del Temple, morirá al poco tiempo *Teobaldo Gaudin* (1291-1293), el recién elegido gran maestro de la orden. Los hermanos designan entonces a *Jacobo de Molay* (1293-1314) como sucesor, quien será el último gran maestro

conocido y que morirá en la hoguera en París (1314). En Chipre, Molay pasa algunos años, hasta que surge la cuestión de la fusión de las órdenes templaria y hospitalaria, que parece convenir más a la Santa Sede, quizá para evitar las continuas discordias a las que se entregan los caballeros de una y otra. Bien es verdad que la unión de las órdenes en una sola equivale a crear una institución quizá demasiado poderosa, lo que en ningún momento conviene a ciertos príncipes, incluido el rey de Francia. Pero Clemente V desea consultar a los grandes maestros su opinión al respecto y en 1306 convoca en París, ya que el papado tiene ahora su sede en Aviñón, a ambos dignatarios: Jacobo de Molay, por el Temple, y Fulco de Villaret, por el Hospital, que emprenden viaje a Francia. Jacobo de Molay no sospecha que jamás regresará a Chipre y que, en esos momentos, la orden está viviendo sus últimos días. Clemente V es el primer pontífice que fija la sede apostólica en Aviñón, donde permanecerá de 1309 a 1377 por intereses no sólo religiosos sino descaradamente políticos, aunque en un principio fuera con carácter provisional. Clemente, con anterioridad obispo de Comminges y arzobispo de Burdeos, no supo resistirse a las pretensiones de Felipe IV de Francia, que ya había actuado duramente con sus predecesores. Temiendo la reacción del rey, a cuya política de mano dura se achacaba la desgracia y muerte de Bonifacio VIII, y después de verse sometido a grandes tensiones, accede a los deseos de Felipe el Hermoso, que dice tener pruebas seguras en contra de los templarios, y se aviene a abrir una investigación en 1307. En 1311 convoca el concilio de Vienne, que disolverá la Orden del Temple.

Felipe IV. rey de Francia, llamado el Hermoso (1285-1314), es un rey autoritario y ya ha dado bastantes pruebas a sus súbditos de su férreo

temperamento, sobre todo durante el episodio de la *Torre de Nesle*, en el que se ven involucradas las esposas de sus hijos, príncipes que luego reinarán en Francia tras él, pero que, como a él, les perseguirá la maldición del último templario y morirán muy jóvenes y sin descendencia, por lo que la Corona pasará a la Casa de Valois (1328). Este monarca ya ha comprendido hace tiempo la actuación soterrada del Temple y sus particulares intereses, pues si bien el reino de Chipre no acaba de resultar empresa fácil para la todopoderosa orden, el de Francia puede convertirse en el feudo templario por excelencia, ya que su economía empieza a depender en parte del Temple, de sus subvenciones y préstamos y de sus créditos, ya que la orden había prestado grandes sumas al rey en 1297, 1298 y 1300. El real Tesoro de Francia, sin ir más lejos, se halla en la fortaleza del Temple de París, pues se considera a la orden depositaria de la riqueza de la nación. Todo ello, además de la posibilidad de que el Estado francés obtuviera gran parte de los bienes de la orden o el despecho del rey por no haber sido admitido en la misma, como presuponen algunos, al prohibir la regla a los príncipes soberanos ocupar un cargo preeminente, lleva a Felipe IV a iniciar una decisiva operación contra los templarios. Con este fin se presta atención a los rumores y se organiza una investigación en regla (1305) dirigida por Guillermo de Nogaret, guardasellos del rey, que ya actuó con contundencia durante la expedición a Anagni. Así, se fabrica una lista de atrocidades: idolatría, sodomía, herejía, magia. Se aprovecha que el gran maestro del Temple y el del Hospital visitan Francia (1306), acudiendo al llamamiento de Clemente V, y se tiende una trampa policial perfectamente preparada. El rey de Francia presiona al papa y le advierte de la corrupción en el seno de la orden; el papa ordena una investigación.



En París, 13 de octubre de 1307, la policía de Nogaret detiene a todos los templarios de Francia en una operación relámpago calculada con antelación. En París se arresta a los grandes dignatarios y al gran maestro, Jacobo de Molay, en total 138

hermanos, que pasan a disposición del brazo secular en algunos lugares y en otros quedan bajo la custodia de la Inquisición, que procede a los interrogatorios, acompañados en muchas ocasiones de la tortura. El pergamino que contiene las transcripciones de los interrogatorios mide veintidós metros con veinte centímetros. En toda Francia se detiene a 546 templarios, es decir, casi todos. Sólo unos pocos consiguen escapar (unos treinta), entre ellos el preceptor de Francia, Gerardo de Villers.

Los hermanos son conducidos a la fortaleza del Temple o a otros conventos o casas de religiosos. La persecución se extenderá después a otros reinos, pero la orden encontrará defensores y apoyos inesperados: en Aragón-Catalunya, en Castilla y León, en Portugal, en Inglaterra, Flandes o Chipre, donde no son perseguidos hasta que los soberanos no reciben el ultimátum papal, las bulas de 1308 (*Pastoralis praeeminentiae* y *Faciens misericordiam*). La policía de Felipe IV reúne testimonios y «pruebas» escandalosas que proceden de todas partes, pero sobre todo de su propio reino. Los funcionarios reales poseen informes de la conducta secreta de los templarios, sobre los que se cierne «la sospecha más vehemente». Esta sospecha está, al parecer, fundamentada sobre hechos cuya sola mención horroriza al propio rey: la acusación incluye idolatría, herejía y sodomía principalmente y en 1308 los cargos constarán de 127 artículos en los que se resumen los nefandos crímenes. Se afirma que los templarios niegan a Cristo, abjuran en secreto de su nombre y celebran reuniones secretas en las que adoran ídolos, tales como una cabeza de dos rostros denominada *Bafomet*, ídolos en forma de gato negro y otros. También se dice que poseen una regla secreta en la que se exige al aspirante, al ser recibido en la orden, que reniegue de Cristo, que escupa sobre la cruz cristiana, que pisotee el sagrado símbolo e incluso que orine sobre él.

Entre las acusaciones se dice que durante las celebraciones de la misa prescinden de la consagración de la Sagrada Forma, lo que deja al sacramento sin validez. Los grandes maestros y otros dignatarios absuelven a los hermanos de sus pecados, sin recurrir a los oficios de los sacerdotes o los capellanes de la orden. Se afirma que practican entre ellos la homosexualidad ritual, que incluye la sodomía y los besos en partes íntimas de los maestros, pues lo exige así el ritual de

admisión. Además, se exige de los neófitos la disposición total en este sentido si son requeridos para ello por un superior. También se dice que existe amenaza de muerte contra todos aquellos que revelen cualquier secreto de la orden. A este respecto hay que saber que el templario no es sólo un fraile recoleto, sumido siempre en la oración y la penitencia de los sentidos y del cuerpo, cosa que ocurría con frecuencia, por lo que se llegó a prohibir el excesivo uso de las disciplinas y la mortificación y el ayuno, pues los soldados de Cristo no podían entrar luego en batalla con el valor y los arrestos adecuados. El templario era también, y en primer lugar, un guerrero y, como tal, fiero y luchador, que está en contacto continuo con las gentes del mundo y con todas las ocasiones que incitan a la llaneza de costumbres y a la relajación. Su hábito no le defiende como a un benedictino, porque su misión es galopar a caballo para liberar a los peregrinos expuestos a los abusos de los sarracenos; en definitiva, un lugar común en la caballería medieval, repleta de leyendas de doncellas y viudas en peligro que, pese a la sensibilidad de la que hace gala el amor cortés, no propicia un clima de alejamiento del mundo cuando se vive en el frente de batalla, se trajina con genios de armas, se cabalga de continuo, se desenvaina la espada y se asiste a continuas refriegas con el adversario. Después de esto, el templario, admirado u odiado, cabalga triunfante por entre los puestos del mercado de Jerusalén, por las calles de Tiro o de Acre, objeto de las miradas de las mujeres y los hombres, que o lo desean o lo envidian, o ambas cosas, como se verá en el proceso de 1307.



En este contexto no se puede exigir al templario *«que no bese hembra, ni viuda ni doncella»*, como dicta la regla de 1128, sin exponerse a que surjan ocasiones de relajación de costumbres, tanto con jóvenes sarracenos, cosa frecuente en la época y en el contexto de Tierra Santa, rela-

ciones por otra parte nada censuradas socialmente, como entre los propios hermanos. *«Será mejor que los hermanos tengan desahogo*

*entre sí que con mujeres», parece ser la norma, pues ya era sabido que los soldados «no deben estar en compañía de hembras», pues se debilitan y serelajan, «sino de varones», cuya necesidad de competición azuce al comportamiento heroico. Pese a todo, los testimonios son muchos, desde el propio Federico II, que tampoco desdeña ninguna de las costumbres árabes, al sultán Saladino, que acusa sin ambages a los templarios de «complacerse en el vicio de la sodomía», palabras que resultan sorprendentes en un sarraceno de la alta nobleza, en cuyos palacios esta costumbre está a la orden del día. Aun así, si existe sodomía o no, en la proporción que fuere, se trata de una actividad que en numerosas ocasiones aparece encubierta en muchas comunidades religiosas o militares, en donde el adepto se halla sometido a la soledad y a las tensiones internas, enfrentándose con la clausura, con la muerte y con la batalla. Lo sorprendente en el caso templario no es la existencia de relaciones homosexuales en una proporción determinada, mayor o menor, conducta siempre punible en un contexto religioso o militar hasta nuestros días, sino que, según las confesiones de 1307, ya las ceremonias de iniciación de los monjes-soldados *preveían* ritos de iniciación homosexual. Éstos, aunque sin llegar a la sodomía pública y consentida, parecían ser el camino para la admisión y la permisividad tácita de tales prácticas: Charney declara en 1307 que «los hermanos declararon en el capítulo que era preferible unirse a otros hermanos que a mujeres, pero que él nunca lo hizo».*

Nunca se sabrá lo que los templarios pueden haber confesado bajo la tortura o a la vista de los instrumentos del suplicio. Puede tratarse de una declaración completamente falsa. Sin embargo, los besos rituales en los labios que se dan al gran maestro y luego a los caballeros que reciben al postulante durante la ceremonia van más allá, a decir de algunos hermanos en sus declaraciones. Besos al maestro en las nalgas, en el ombligo y en zonas más íntimas. Todo esto queda confirmado por las declaraciones de muchos, pero sobre todo por los testimonios de Godofredo de Charney y de Hugo de Pairaud, que son nada menos que el preceptor de Normandía y el visitador general de la orden. Sin embargo, en opinión de ciertos historiadores, se trata de auténticas falsedades o también de simples *novatadas*, corrientes en las

ceremonias de recepción del postulante. Pero de ser así resulta impensable creer que se presten a ellas el gran maestro y otros altos dignatarios. Quizá se pretende probar a los caballeros, poner a prueba su valor y su fe, ver hasta dónde son capaces de llegar, en una especie de zafia pantomima cuartelaría, cuando se los violenta y se les obliga a cometer actos que van en contra de la moral cristiana o incluso se les fuerza a rechazar a Cristo, lo que raya con la apostasía, y escupir y renegar del símbolo de la cruz. Porque, ¿de caer prisioneros en el campo de batalla, los sarracenos les obligarían a abjurar, les harían escupir sobre una cruz, pisotear el nombre de Cristo? Nada de eso; los guerreros musulmanes se limitan a preguntar quién está dispuesto a abjurar y convertirse a la *verdadera fe*. Los que no *levantaban el dedo* eran arrojados al santo suelo, donde se les decapitaba sin contemplaciones y sin mediar palabra. Y también sin ritos ni maniobras disuasorias de ningún tipo. Ésta era la muerte reservada al templario, la degollación ritual.



La ceremonia de los besos y las acusaciones de sodomía, ¿tienen su origen en el trato que los sarracenos daban a los prisioneros? ¿Se ven éstos obligados acaso a soportar la sodomización ritual, destino que los egipcios, los griegos y otros pueblos mesopotámicos

reservaban a las tropas derrotadas, y que por eso se entregaban a tal conducta? Es más coherente creer que existió contaminación de los modos habituales de los sarracenos y otras civilizaciones de Asia Menor, poco influidas tradicionalmente por los conceptos judeocristianos condenatorios de la promiscuidad sexual y sus variantes. En cuanto a la negación de Cristo y de su nombre y el resto de prácticas obscenas sobre la cruz, la adoración ritual de una cabeza de doble rostro o un gato, las acusaciones aparecen tan exageradas que es difícil creer que una orden religiosa, fundada expresamente para la defensa de la cristiandad, pueda llegar a las antípodas de aquellos presupuestos para los que fuera creada. Sin embargo, las declaraciones son tajantes: se

mancilla el nombre de Cristo, se reniega de él expresamente en las ceremonias de admisión a la orden. Ante tales requerimientos, el sorprendido postulante, una vez rehecho de la estupefacción inicial, se niega a incurrir en blasfemia, por lo que entonces suele ser *«amenazado por uno o varios de los hermanos que lo reciben, que empuñan sendas espadas y que lo conminan a negar a Cristo bajo amenaza de muerte»*, según confesiones de un templario que acusa de esto a Hugo de Pairaud. Pese a todos esos testimonios, arrancados mediante la tortura en numerosos casos, hay muchos hermanos que después se retractarán de sus confesiones y que, declarados relapsos, serán conducidos a la hoguera.

En todas las acusaciones subyace una voluntad definida de minar el crédito moral que la orden tiene en todo el orbe, terminar con ella desde dentro, aniquilarla en nombre de la pureza de la fe y de la defensa de la religión, precisamente los fines para los que había sido creada. Pues no se trata de si los templarios han mantenido, aquí o allá, en Tierra Santa o allende los mares, relaciones ilícitas con mujeres o con hombres, siendo éstos hermanos de la orden o jovencitos imberbes como era moda en Asia Menor, faltando con ello a su voto de castidad. Por ello nadie les mirará peor u mejor, pues tienen fama de grandes guerreros, defensores de la fe, arriesgados combatientes. La cristiandad toda los han visto luchar contra los sarracenos, con mayor o menor convencimiento doctrinario, pero siempre con ahínco y valentía: a las puertas de Ascalón, de Gaza, han perecido a cientos y han dado su vida por exportar más allá de los confines de Europa la causa católica por excelencia: la *Reconquista* y la cruzada. ¿Se les va a reprochar ahora por su venalidad? Lo que no les perdona la realeza no son faltas que resultan menores para la mentalidad de todos, aunque severamente castigadas por las religiones, siempre intransigentes con la libertad sexual de los pueblos. Lo que no se les perdona es su poder. El orgullo y la prepotencia templarias que en más de una ocasión han sido causa de muerte y desolación, como en Hattin y Damasco. El ansia de riquezas y la acumulación de tesoros. En definitiva, el desmedido poder del que hace gala la orden, una ofensa pública a las prerrogativas de los príncipes y un peligro definitivo para la seguridad de un Estado basado todavía en estructuras feudales de

gobierno. Así lo piensa no solamente Felipe el Hermoso, sino también Eduardo II de Inglaterra o Jaime II de Aragón, entre otros, ansiosos todos ellos de conservar la solidez de las estructuras monárquicas y dinásticas, de no ceder ni un ápice en el poder que detentan. Los reyes de Aragón e Inglaterra para no convertirse en títeres de una poderosa orden que amenaza con infiltrarse excesivamente en los entresijos del poder real. Los Anjou para campar a sus anchas en Tierra Santa, carente ahora de sus monarcas legítimos.



Felipe el Hermoso porque observa cómo crece dentro del Estado otro Estado más poderoso, pues su aparato utiliza la sutileza y el sigilo en su estrategia y se desliza reptante aferrándose a las claves del poder dentro de las instituciones de Francia, amenazando así con

socavar la propia Monarquía. El rey les debe dinero y en grandes cantidades. Dentro de poco el Estado será el propio Temple, como está a punto de ocurrir en Chipre, donde ya casi la orden ha devorado al pequeño reino, y en las sienes de Felipe IV oscila peligrosamente la Corona de Francia. Pero el voluntarioso monarca tiene una baza que no va a desperdiciar. Ha agarrado al Papa por el cuello y el pontífice, aterrorizado, pues teme correr la suerte de su predecesor Bonifacio VIII, baila al son que quiere el Capeto. Desde su falso trono de Aviñón, ya que éste no es el *legítimo* solio papal, tiembla y espera, se refugia en sus cardenales, aguarda al cónclave cardenalicio que dará paso al concilio y está dispuesto a oír a los templarios en última instancia, ya que es su supremo y último valedor. Pero al fin y a la postre, no es más que un títere en manos del rey de Francia y los templarios están irremisiblemente condenados. En 1232 Gregorio IX publica la bula *Declinante*, por la que faculta al arzobispo de Tarragona para la persecución y prendimiento de herejes en su diócesis y su posterior ajusticiamiento en la hoguera. Y, al parecer, la actitud papal responde a las iniciativas del intransigente Raimundo de Peñafort, dominico, verdadero creador de la Inquisición en Europa cuyos esfuerzos por

extender la actuación del Santo Oficio a todos los países de la cristiandad dieron resultados sorprendentes, pues la Orden de Santo Domingo persiguió infatigablemente la herejía. Tanto es así que, en 1254, Inocencio IV hizo recaer sobre esta orden la exclusiva tarea de la persecución de herejes, que acababan sus días en la hoguera, como los reos de homicidio o los ladrones comunes y otros rufianes, sólo por meras cuestiones ideológicas o de fe. Los acusados eran interrogados, para lo que sufrían tortura, antes o después. Antes, si eran reacios a la confesión que se esperaba de ellos, y después, cuando los inquisidores sospechaban que su confesión no había sido completa.

En el caso de los templarios, en muchas ocasiones no hubo necesidad de llegar a la tortura física, pues muchos de ellos confesaban de manera espontánea con sólo serles mostrados los instrumentos, cosa inexplicable si se tiene en cuenta su preparación militar. Otros, y según las actas del proceso, hacían una declaración por la mañana y otra completamente distinta después de haber suspendido el interrogatorio para comer u otros menesteres, lapso de tiempo en que presumiblemente les era aplicada la tortura, que variaba de formas simples y menos humillantes a auténticas atrocidades, como en los casos de Raimbaud de Carón o Itier de Rochefort. El procedimiento regular era convincente en la mayoría de los casos, pues los hermanos, que se suponían hombres avezados y curtidos en las refriegas de las batallas en Tierra Santa contra los sarracenos, que no perdonaban a sus víctimas, expuestos a numerosos peligros y acostumbrados al horror y la crudeza de la lucha cuerpo a cuerpo, de la que no todos volvían ni incólumes ni impasibles la mayoría de las veces, no tienen reparo en confesar luego a la mínima presión de los funcionarios de Felipe IV o de los clérigos encargados de los interrogatorios, dirigidos principalmente por Guillermo de París y Nicolás de Enmezat. En su descargo hay que señalar que no todos confesaron aun después de haberles sido aplicada la tortura, que consistía comúnmente en el potro, la rueda, el flagelo, los borceguíes u otras formas más refinadas, que la Inquisición daba a estos procedimientos considerados moneda corriente durante la Edad Media, pues cualquier persona sometida a una persecución policial esperaba, de entrada, que se aplicase la tortura en mayor o menor grado, ya fuera de condición religiosa,

campesina o burguesa. Los procedimientos variaban según los Estados, desde las prácticas por las que se suspendía a los acusados de pies o manos, boca abajo, y se les alzaba hasta el techo de la cámara mediante cadenas para luego dejarlos caer violentamente o colgar de sus miembros objetos de gran peso, cosa común en Catalunya. También se solía hacerles tragar grandes cantidades de agua que acababa sofocándolos, o someterles a los borceguíes, suplicio conocido en Francia como la *question*, que se aplicó en numerosos casos y que consistía en sujetar las piernas del reo entre dos planchas y luego introducir cuñas de madera (*coins*) a fuerza de golpes de martillo, lo que fracturaba los huesos de las extremidades, que el condenado no podía volver a utilizar.



La *cuestión* podía ser de diferentes grados y el máximo de ellos era con frecuencia irreparable y conllevaba la muerte del torturado. En el caso de los herejes que confesaban durante la tortura culpas reales o imaginarias y eran condenados a diversas penas, la Inquisición

se mostraba clemente. Pero si recaían en el error y se retractaban, como hicieron muchos templarios que fueron sometidos a tortura, entre ellos Molay y Godofredo de Charney, eran considerados automáticamente relapsos y condenados a la pena máxima que, en el caso de herejía, era la hoguera, como instrumento de purificación «*no sólo del cuerpo sino también del alma*». El fuego fue el suplicio preferido en el caso de los cataros, los templarios y, a mediados del siglo XV, los valdenses, quienes subieron a las piras, por lo general, con bastante entereza, confortándose unos a otros, como fue el caso de los 54 templarios quemados en París en 1310, que, al contrario de cataros y valdenses, no renegaron del catolicismo y murieron asistidos por sacerdotes católicos. No obstante, la tortura no se aplicó, en el caso de los templarios, con el rigor que se hubiera podido esperar y no en todas partes. En Francia los clérigos son reacios a emplearla contra hermanos en la fe y los procesos no avanzan. En Catalunya se niegan

en redondo; lo mismo ocurre en Castilla y otros reinos de la península Ibérica. Se aplica mayor rigor en los Estados sometidos directamente a la jurisdicción papal, los feudatarios de la Santa Sede, en Francia y sus Estados satélites, como Provenza, sometida por la fuerza de las armas) y Tolosa, y la Sicilia angevina. En 1307 ya habían declarado en París 138 templarios y las confesiones eran de todos los tipos. Pero ante la tortura los hermanos confiesan todo lo que se les pide. El gran maestre Jacobo de Molay y Hugo de Pairaud, visitador general de la orden, personajes de altísima categoría tanto en la orden como fuera de ella, confiesan todo tipo de aberraciones. Lo confiesan todo: negación de Jesucristo, besos impuros, sodomía, idolatría, el diablo mismo que recibían en sus celdas, si se apura, pues «*solo hay algo que excita a los animales más que el placer, y es el dolor*». Es obvio que ambos han sido torturados, aunque muchos autores persisten en negarlo. Sin embargo, de no ser así, ¿por qué esas declaraciones tremendas de Jacobo de Molay *ante los maestros de la universidad de París* en octubre de 1307, para luego retractarse en diciembre del mismo año ante dos cardenales enviados por el papa?

En 1130 suben a la hoguera 54 templarios, que ni por un momento piensan en abjurar, como harían los herejes, ni en ceder ante la tortura y confesar hipotéticas faltas. Algunos de ellos se han retractado de lo que confesaron durante la tortura. Hay testimonios de otros templarios que denotan una gran presencia de ánimo. Alguno declara que está dispuesto a soportar la hoguera o la decapitación, pero no «*el ser quemado a fuego lento*», declaración inaudita que en una sociedad moderna parece incomprensible cuando es fruto de una perquisición estatal. Por lo cual muchos de ellos confiesan cuantas abominaciones deseen los inquisidores. Los que, después, tienen fuerzas para retractarse, acaban en la hoguera. Estas continuas contradicciones no han sido resueltas por los historiadores. De un lado los templarios, hombres avezados a la guerra, que confiesan monstruosidad ante el temor a la tortura; por el otro, templarios que se retractan y arrostran la muerte en la hoguera, siempre terrible, con gran entereza y valentía. Quizá la respuesta está simplemente en que, dentro de la orden, que está repartida por toda Europa, hay distintas formas de espiritualidad y religiosidad. Y lo que es una abominación para

caballeros de grandes valores espirituales es practicado por otros en comunidades distantes de éstos, donde las costumbres sociales son distintas o en comunidades que, por motivos diversos que nos son desconocidos, han terminado por entrar en contacto con ritos oscurantistas o ideologías heréticas que han mantenido en secreto ante otros hermanos de la orden. En 1312 Jacobo de Molay lleva ya seis años sometido a interrogatorios varios, a malos tratos y vejaciones. Él es la cabeza visible de la orden e interesa a Felipe IV acabar cuanto antes con el Temple, para lo que debe terminar también con Molay. El gran maestre ha confesado, pero también se ha retractado. Abandonado de todos, sólo espera ser escuchado por el papa, el único en quien confía. Pero Clemente V, que no hace honor a su nombre, está más decidido a suprimir la orden que absolverla, pues así lo espera el rey de Francia. Por ello se ha convocado el concilio de Vienne, sin duda con la secreta mira de la disolución de la orden.



Como ocurre con todos los procesos jurídicos que duran demasiado, la espera fatiga tanto a los acusados como a los acusadores, y en 1312 los templarios confinados en las diferentes prisiones de Estado ya no tienen fuerzas para seguir defendiendo a la orden y ni

siquiera para intentarlo. Renuncian, pues, a sus defensas. Es un gesto vano, pues ya el papa ha publicado la bula *Vox in excelso*, por la que suprime la Orden del Temple de un plumazo. Quedan Molay y algunos dignatarios en París, encerrados en la fortaleza que fuera la casa matriz, el torreón del Temple, donde en 1794 serán también confinados Luis XVI y la familia real antes de subir al cadalso. ¿Qué espera ya el gran maestre, un hombre derrotado y envejecido por los años de privación, los malos tratos y las torturas, para confesar o entrar en rebeldía? Molay espera quizá el perdón del papa. Según el ritual masónico: «*el Tiempo altera y borra la palabra del hombre, pero lo que se confía al fuego perdura indefinidamente...*». Estamos en el 11 de marzo de 1314, y es lunes. Hace ya muchos meses que en Francia

se han ido encendiendo las hogueras por todas partes. Bien mediante torturas, presiones psicológicas, mazmorras y cadenas o bien por la amenaza del fuego eterno, lo cierto es que los inquisidores han obtenido 207 confesiones formales. Ahora no queda ya por decidir sino la suerte del gran maestro y de los principales oficiales mayores. La mañana de ese día, en París, Jacques de Molay, gran maestro del Temple, Godofredo de Gonaville, comendador de Poitou y de Aquitania, Godofredo de Chamay, comendador de Normandía, y Hugo de Payrando, gran visitador de la Orden, son sacados de sus calabozos de la fortaleza del Temple y conducidos a la Cité. Allí, la comisión cardenalicia, compuesta por Arnaldo de Farges, sobrino de Clemente V, Amaldo Novelli, monje de Citeaux, Nicolás de Fréauville, hermano predicador, antaño confesor y consejero del rey, Felipe de Marigny, familiar suyo, arzobispo de Sens, con algunos otros obispos y decretistas, habían hecho levantar una tarima delante del atrio de Notre-Dame, a fin de dar lectura pública a las confesiones y a la sentencia final.

Hacen subir a ella a los templarios, y se les manda arrodillarse. Uno de los cardenales toma la palabra y empieza la lectura. Cuando pronuncia la sentencia, que condena a Molay y a sus hermanos a cadena perpetua, es decir, a ser «*encerrados a perpetuidad*», teniendo como único alimento «*el pan de dolor y el agua de tribulación*», los representantes de Felipe el Hermoso se sobresaltan. Se había precisado que dicha gracia era consecutiva al hecho de haber «*confesado ingenuamente sus faltas*». Pero en ese instante, y cuando menos se lo esperaban los jueces, el gran maestro y el comendador de Normandía se levantaron, y, cortándole la palabra al cardenal, y dirigiéndose tanto a la comisión inquisitorial como a la multitud, declararon que todo lo que habían confesado en sus interrogatorios era falso. Sostuvieron que habían admitido dichas confesiones tan sólo por deferencia y confianza hacia el Papa y el rey, quienes, a cambio de esas confesiones, les habían prometido la libertad. Y protestaron enérgicamente contra la sentencia de los cardenales, principalmente contra el arzobispo de Sens, Felipe de Marigny, y los acusaron a todos de hacer caso omiso de la palabra del Papa y del rey. Es fácil comprender los motivos del cambio de opinión de Molay y de Charnay. Las confesiones no les

costaban nada, en cambio la libertad lo era todo. La libertad representaba, primero, la reanudación, luego la prosecución, y, quién sabe, quizás la realización de la gran empresa templaria. Y ahora, no quedaba nada de la libertad. Y en su lugar había algo mucho peor que la muerte: la lenta descomposición, física y moral, en una mazmorra, encadenado a un muro a veces chorreante, solos, en semioscuridad, y en medio de un silencio más pesado que el de una tumba. Y sólo quedaba una esperanza: una muerte liberadora, precipitada por la desnutrición y la disentería crónica. Para ese anciano que era Molay, que contaba ochenta y un años, que no esperaba ya nada de la vida, lo mismo que para Charnay, que se le acercaba mucho en edad, la elección estaba hecha. La mazmorra podía durar años. En cambio, los ejemplos y la costumbre demostraban que el hecho de desmentir las confesiones y retractarse acarrearía *ipso facto* la muerte en la hoguera. Dolorosa, cierto, pero breve a pesar de todo. Y, a fin de cuentas, mucho menos terrible que irse pudriendo lentamente en el secreto de un calabozo tenebroso, cuando fuera la vida se exalta llena de luz para tantos otros seres.



Para Molay y para Charnay la decisión está ya tomada. Sus miradas se han cruzado cuando ha sido pronunciada la frase fatídica, y se han comprendido. Y es la voz del gran maestro la que se eleva: «*Monseñores, mi hermano y yo protestamos contra el uso que se hace aquí de*

mis palabras de ayer, las cuales no tuvieron otro objeto que el de dar satisfacción al rey de Francia y al Papa, nuestro señor. Y si por esas cosas, reconocidas por todos nosotros para su placer y nuestra obediencia, debemos ir a consumirnos en alguna prisión, entonces declaramos enérgicamente que los citados rey y papa nos habían asegurado de antemano, y casi jurado, que ningún daño, fraude o violencia nos resultaría de ello. Siendo así que esto no se ha cumplido, declaramos entonces que nuestras confesiones, obtenidas tanto por tortura como por astucia y engaño, son nulas y no válidas, y no las

reconocemos ya como verídicas...». Reina el estupor. De inmediato los cardenales entregan de nuevo a los prisioneros al prevoste de París, que está allí presente para representarlos al día siguiente. Se conduce, por lo tanto, de nuevo a los cuatro condenados a sus calabozos del Temple. Al mismo tiempo se lleva la noticia a Felipe el Hermoso, quien inmediatamente reúne a su consejo, sin llamar a ningún eclesiástico. Deciden que, al atardecer, el gran maestre y el comendador de Normandía serán quemados en la isla del Palacio, entre el jardín del rey y los Agustinos. Lívido de furor, el rey precisa que serán quemados «*a fuego lento*». Quizás ha adivinado la razón de su retractación. Inmediatamente, llevan y amontonan la leña necesaria para hacer dos piras idénticas en la isla de los judíos, llamada así porque allí habían quemado ya a varios rabinos y talmudistas testarudos, que se obstinaban en negar la divinidad de Jesús. Las cantidades que se quemarán serán relativamente mínimas, a fin de hacer durar el suplicio, conforme a «*los deseos del rey, nuestro señor*». Se clavan en tierra dos sólidas vigas de encina. Estos maderos han sido sacados de las empalizadas de amarre sumergidas en el agua del río. Al estar embebidos de agua desde hace muchos meses, no se corría el riesgo de que se encendieran, y los condenados, estrechamente sujetos a ellas por cadenas, no podrán desatarse en el curso de la combustión.

A las nonas, todo está a punto. Las campanas de Notre-Dame tocan lentamente a muerto. A la hora de las vísperas, el cielo, ya gris, se ensombrece todavía más; unas nubes cargadas de lluvia pasan rápidamente sobre la ciudad, empujadas por un viento frío que viene de Normandía. Las orillas del Sena están repletas de gente. Un rumor ininterrumpido, como el zumbido de un monstruoso insecto, se eleva hasta los centinelas que vigilan de pie en las atalayas del viejo Louvre. De pronto el rumor se acrecienta; bordeando la orilla izquierda de la isla de La Cité, acaba de aparecer un cortejo. El gran prevoste, precedido por sargentos a caballo, viene seguido por un fuerte destacamento de hombres armados a pie, que rodean una carreta de heno tirada por un caballo. Apenas se distinguen vagamente las siluetas de dos hombres, tendidos y atados en el suelo de la carreta. Detrás de los últimos arqueros, y cerrando la marcha, hay un último destacamento de sargentos a caballo. Bajan a los condenados y los

trasladan en barca al islote, donde les espera ya el verdugo y sus ayudantes. Éstos atan fuertemente a Molay y a Charnay con largas cadenas a cada una de las vigas, y a su alrededor amontonan los leños, hasta la altura de las rodillas. Después de haber echado una última mirada hacia la ventana donde sabe que el rey Felipe está mirando, el gran prevoste se gira y hace una señal al verdugo; al mismo tiempo, un trompeta a caballo, a su lado, toca «fuego». Tanto en la isla como en las orillas del río, todos han comprendido, y los ejecutores, antorcha en mano, han prendido ruego a los ángulos de cada una de las piras. Como habían tomado la precaución de untar con aceite algunos de los maderos, el fuego prende rápidamente. Se eleva el humo, y, con él, un olor penetrante se va extendiendo poco a poco, primero sobre la isla, luego sobre el río, hasta llegar a las orillas. Es entonces cuando, en medio del crepúsculo que ya oscurece insidiosamente La Cité, un clamor se eleva. En un primer momento se cree que las llamas que brotan de los vestidos encendidos de los dos supliciados son la causa; pero no, no son gritos de dolor lo que sale de las hogueras. ¡Es la voz del héroe de San Juan de Acre, la voz que, erigiéndose en estandarte de batalla, veintitrés años antes, el atardecer del 5 de abril de 1291, arrastraba a la carga templaría en el estruendo de los cascos de sus corceles! Y, *trescientos contra diez mil*, el escuadrón blanco y negro, con el gonfalon «*plata y sable*» en cabeza, arrollaba las líneas egipcias.



Pero en este momento no es ya sino la voz de un hombre que va a morir, la voz de Jacques de Molay, último gran maestro de los templarios. Instantáneamente, el rumor popular ha enmudecido. El pueblo contiene la respiración, porque lo que clama esa voz es algo terrible, inesperado,

imprevisible para esas almas sencillas, doblegadas por el temor al báculo y al cetro. Y el verbo sacrílego acaba de percutir contra las murallas del Palacio, abofeteando a este rey Capeto rencoroso, agazapado en la tronera de aquella estrecha ventana. Y la voz truena: «*Clemente, y tú también Felipe, traidores a la palabra dada, ¡os*

*emplazo a los dos ante el Tribunal de Dios!... A ti, Clemente, antes de cuarenta días, y a ti, Felipe, dentro de este año...». Reina un silencio de muerte, no se oye sino el crepitar de las hogueras. Y esta maldición se cumplirá. El papa morirá de disentería y de vómitos en Roquemaure, en el valle del Ródano, el 9 de abril de 1314, veintiocho días más tarde. Y Felipe el Hermoso morirá el 29 de noviembre de 1314 en Fontainebleau, arrojado de su caballo, como sucede en la degradación de los caballeros traidores, ocho meses más tarde. Parece ser que la maldición incluía también a Guillermo de Nogaret, el principal instigador de la inquina real contra los templarios. Y en menos de dos años muchos de los ejecutores del proceso fueron asesinados, juzgados y condenados a la pena capital por delitos comunes o, simplemente, muertos en extrañas circunstancias. Entre éstos parece que se hallaba también Nogaret. El verbo y la llama dieron a conocer de qué lado estaba la razón. Ya tarde, cuando los cuerpos no eran más que pobres restos lentamente carbonizados, el pueblo «se abalanzó hacia las hogueras», a pesar de algunos guardias que se habían quedado allí, según nos dice el abad Velly en su *Historia de Francia*, «y recogió ceniza de los mártires para llevársela como una preciosa reliquia. Todos se persignaban y no querían oír nada más. Su muerte fue bella, y tan admirable e inaudita, que todavía hizo más sospechosa la causa de Felipe el Hermoso...».*

Los compañeros, carpinteros y talladores de piedra, especie de tercera orden corporativa protegida por los Caballeros del Templo, que se habían introducido entre la muchedumbre en grupos de tres o cuatro, oyeron la voz de Molay como una sentencia. Eso significaba para ellos a la vez una orden para avanzar y una esperanza. Por eso las catedrales de Francia se quedarían como estaban, y sus torres inacabadas. Pero el pensamiento vengativo se abriría camino pacientemente, de siglo en siglo. Por tres veces la descendencia del rey se extinguiría *con tres hermanos*. Los Capetos, con Luis X el Obstinado, Felipe V el Largo y Carlos IV el Hermoso. Los Valois con Francisco II, Carlos IX y Enrique III. Los Borbones con Luis XVI, Luis XVIII y Carlos X. La *Jacquerie* de 1358 preludiaría la Revolución *jacobina* de 1789. Los *Jacques* (Jaimes), conducidos por *Jacques Bonhomme*, vengarían un día a Jaime (*Jacques*) de Molay. Y de esa *torre del Templo* donde fueron

«interrogados» los jefes de la Orden, es de donde, una mañana de enero de 1793, partiría el vigésimo segundo sucesor de Felipe el Hermoso hacia su último viaje. Y así, por un extraño misterio del verbo, el destino, obsesivo y monótono, hizo resonar incesantemente a lo largo de la historia de Francia el nombre del último gran maestro de los Templarios. La abolición de la Orden fue decidida por el Concilio de Vienne, en el valle del Ródano, en el año 1311. Y exactamente cinco siglos más tarde, en 1811, la fortaleza del Temple, en París, fue arrasada. ¿De qué habría sido ésta testigo? ¿Había caído un nuevo velo sobre el mortal secreto que guardaba desde el 11 de marzo de 1314? Durante mucho tiempo se contó una leyenda. Decía que cada año, en la noche en que había sido decretada la abolición de la Orden, un espectro vestido con el manto blanco que llevaba la cruz roja grabada, armado con su escudo «*plata y sable*» y con su lanza, se aparecía a medianoche en la cripta del Templo, en París. Y entonces se oía una voz sepulcral que preguntaba: «*¿Quién quiere liberar Jerusalén? Nadie, respondía el eco a través de las columnas de la cripta. Porque el Templo ha sido destruido...*».



A partir de la disolución de la orden, se dispone que sus bienes y posesiones pasen a la orden del Hospital, lo que en todas partes se realiza con gran lentitud, sin que parezca importarle nada a nadie. En Francia ocurre lo propio, lo que hace suponer que Felipe IV no deseaba tanto apoderarse de las

riquezas del Temple sino solamente deshacerse de un enemigo molesto. En España y Portugal los bienes muebles e inmuebles se transmiten al Hospital o a otras órdenes, fundadas expresamente, cosa sorprendente, para dar cabida a los templarios declarados inocentes o que superan el período de confinamiento. Así ocurre también con los huidos, aunque muchos son apresados y llevados a los tribunales. Pero en ninguna parte, excepto en Francia son condenados ni considerados culpables ni de herejía ni de otros cargos. En España y con este motivo los hermanos son admitidos en las Ordenes de Calatrava, localidad que

había sido feudo templario y que conserva una cruz patriarcal muy utilizada por la orden en 1158; Montesa, creada exprofeso en Aragón-Catalunya en 1317 para evitar que los bienes del Temple pasaran al Hospital; Alcántara (1213) y Santiago (1162). Todas ellas reciben en sus comunidades a numerosos templarios, igual que la Orden de Cristo (1319), en Portugal, fundada con los mismos fines que la de Montesa. Como último baluarte de la orden queda en París la fortaleza del Temple, sede de la casa central de Francia, donde de Molay había sido confinado. El impresionante edificio será entregado al Hospital y permanecerá en pie hasta 1811, fecha en que será derruido. Su alto torreón recordará a Francia la gesta de los templarios y su derrota final.

A partir de la disolución de la orden, parece haber datos para poder afirmar que el Temple «*resurgió secretamente en el mismo momento de la muerte de Molay*», que se eligió un nuevo maestro y que todo siguió su curso, subterráneamente. En los siglos posteriores, bien es cierto, se crearon órdenes, logias y sociedades secretas relacionadas con otras ya existentes de trayectoria esotérico-mística (rosacruces, gnósticos, cataros) y con la francmasonería, que han recurrido en mayor o menor medida al mito templario, en su denominación, formas, ideales o presupuestos ideológicos y base doctrinal, y que van desde las que se contentan con la simple imitación hasta las que, arrogándose el derecho de ser las auténticas sucesoras de la Orden del Templo de Salomón, resultan en su trayectoria ideológica completamente opuestas a lo que los historiadores y estudiosos consideran templarismo. Según parece, el Temple pervivió desde la muerte de Molay hasta el siglo XVIII, aunque como sociedad secreta, pues se conocen los nombres de los grandes maestros. Según M. Druon, los templarios fueron los promotores en Francia de las cofradías, que a su vez dieron origen a la francmasonería. Los cofrades dominaron los secretos de la construcción y edificaron en Tierra Santa las grandes fortalezas mediante el denominado «*aparejo de los cruzados*» y en Europa las catedrales góticas, utilizando métodos procedentes de la más remota Antigüedad, que obraban en conocimiento de los templarios, conocedores al parecer de los secretos de la arquitectura funeraria egipcia. A partir del siglo XVIII y hasta nuestros días surgen,

en Europa y Estados Unidos principalmente, diversas órdenes secretas de orientación esotérica y ocultista como las de la Estricta Observancia Templaria (1756) y la de los Caballeros Bienhechores de la Ciudad Santa (1778), por citar sólo dos en un panorama amplio que no siempre se ciñe a las denominaciones templarias tradicionales. Y en este sentido no está nunca de más recordar la curiosa afirmación de Umberto Eco en su novela *El péndulo de Foucault*, que sirve tanto de reflexión como de advertencia: «Los templarios andan siempre por en medio».

Sin embargo y tras escudriñar de un modo más atento la trayectoria histórica de la orden y las actitudes de los hermanos, tanto en lo referente a la alta política internacional en la que estuvieron inmersos como a reacciones más discretas y particulares y, por tanto, menos notorias para la generalidad de los investigadores, el historiador no puede por menos de preguntarse: ¿A quién sirvió esta Orden? Al Papa, es la respuesta más sencilla, pero no la más completa. Quizá la respuesta deba ser más audaz. Al hacer balance de su actividad en Tierra Santa, de sus supuestos contactos con las religiones de Asia Menor y del próximo Oriente; al observar sus movimientos en pro y en favor del papado y de la Iglesia católica, de su obediencia y resistencia alternativas a los dictados de la Santa Sede; de sus movimientos variantes frente al Imperio, surge de nuevo el interrogante: ¿Qué pretendía realmente esta orden? La orden no parece tener más dueña que ella misma, no da la impresión de seguir los dictados de nadie sino sólo los que establecen sus propios intereses. Pero los templarios, que saben tantas cosas, saben también que «no se puede servir a dos señores», como son el rey o el Papa. ¿Entonces a quién sirven? Son acusados por muchos de estar secretamente del lado de los cataros, pero no mueven un dedo para salvarlos de la hoguera, aunque en Provenza y el Languedoc muchos albigenses se refugiaron en los castillos templarios y salvaron sus vidas. Son acusados de entrar en connivencia con el infiel y practicar en secreto sus ritos y comulgar con la herejía, pero luego su terrible brazo ejecutor aniquila y diezma las tropas sarracenas en Tierra Santa, erigiéndose en flagelo temible de moros e infieles en España. La orden presume de pobreza y es

inmensamente rica. Se vanagloria de su humilde servicio a la cristiandad y es terriblemente poderosa.



Entonces, ¿por qué cae tan rápidamente? En principio parece que cae porque la han abandonado sus aliados, el Papa y el rey de Francia. Pero una mirada perspicaz basta para comprender enseguida que el Papa, el rey de Francia o el emperador nunca fueron, en verdad, sus aliados.

Quizá eran, en todo caso, sus enemigos, aunque la orden tuvo siempre la precaución de mantenerlos a raya y no dejar que ese terrible secreto trascendiera a una humanidad como la medieval, necesitada de bálsamos espirituales y grandes verdades humanitarias. Hemos visto a sus miembros ir de aquí para allá, de Tierra Santa a Inglaterra, de allí a los confines de España o de Hungría. Hemos asistido a sus negociaciones con cabalistas y *ashashins*, a sus complots con cataros y teutónicos, a su rivalidad, extraño comportamiento para órdenes religiosas que se deben respeto y caridad, con los hermanos del Hospital y con los de otras órdenes. Y sin embargo, da la sensación de que se ha pretendido cambiarlo todo para que todo quede igual. ¿Acaso esa actividad frenética en el mundo y en la Europa de los siglos XII y XIII tiene algún sentido? ¿Acaso no se vislumbra algo más, agazapado debajo de tanto movimiento? Los interrogantes se agolpan. Y cuando más encumbrada está, cuando más poder ostenta, se produce algo sorprendente: los hermanos son perseguidos, detenidos y confinados en fortalezas, interrogados, torturados y conducidos a la hoguera. Después la orden desaparece aparentemente de la superficie de la Tierra. ¿Por qué esa caída irremisible y definitiva? ¿Qué poder ha abandonado a la todopoderosa Orden del Templo de Salomón, en Jerusalén? Ése será siempre el verdadero enigma de los templarios, que tantos historiadores y eruditos han pretendido descifrar desde que el Temple se convirtió en cenizas y sus hermanos se dispersaron y desaparecieron en el anonimato de otras órdenes. Y pese a todo, aparentemente no hay respuestas.